



**CUBA  
POSIBLE**

Un laboratorio de Ideas

**PUBLICACIÓN**  
*Julio 2017* **46**

**PÁGINAS REVISITADAS**



**PÁGINAS REVISITADAS**

**[www.cubaposible.com](http://www.cubaposible.com)**

**JUNTA DIRECTIVA:**

**Roberto Veiga González**, Director General y Miembro del Diálogo Interamericano.

**Lenier González**, Subdirector General y Director de Comunicación y Extensión.

**Pedro Monreal**, Director Académico.

**Pavel Vidal Alejandro**, Director del Consejo Asesor Internacional.

**Juan Valera Álvares**, Director de Administración y Secretaría.

**COMITÉ COORDINADOR:**

**Roberto Veiga González**, Director General.

**Lenier González**, Subdirector General y Director de Comunicación y Extensión.

**Pedro Monreal**, Director Académico y Coordinador del Programa “Pobreza Cero”.

**María Isabel Alfonso**, Editora Principal y Coordinadora de la Casa Editorial “e-Libros CP”.

**Alexei Padilla**, Coordinador del Programa “Fraternidad” (sobre temas socio-culturales).

**Raudiel Peña**, Coordinador del Programa “Ágora” (sobre temas socio-políticos).

**Luis Carlos Battista**, Coordinador del Programa “Orbe” (sobre temas internacionales).



**PÁGINAS REVISITADAS**

A cargo de Walter Espronceda Govantes

---

**01**

**LA PATRIA REVISITADA**

Por Walter Espronceda Govantes

**02**

**CÉSPEDES Y MARTÍ**

Por Manuel Sanguily

**05**

**DISCURSO DEL SENADOR JUAN CABRERA  
EN UNA DE LAS SESIONES DE LA ASAMBLEA  
CONSTITUYENTE DE 1940**

**08**

**POLÍTICA INSUFICIENTE**

Por José Martí

**10**

**EL FUNDAMENTO DE LA REPÚBLICA**

Por Francisco Rodríguez Mojena

**18**

**ETAPAS REVOLUCIONARIAS**

Por Juan M. Chaiyoux

**20**

**CARTA ABIERTA AL CORONEL FULGENCIO  
BATISTA Y ZALDÍVAR**

Por Julio César Fernández

**22**

**ANTE LA TUMBA DEL PADRE VARELA**

Por José Martí

**24**

**SEPARATISMO Y REPÚBLICA**

Por Manuel Márquez Sterling

**27**

**LA INDEPENDENCIA DE CUBA Y LA PRENSA DE  
LOS ESTADOS UNIDOS**

Por José Martí

**29**

**PRÓLOGO AL LIBRO *CUBA: TIERRA INDEFENSA*, DE ALBERTO ARREDONDO**

Por Ramiro Guerra

**37**

**DISCURSO DE LA DRA. SARAH YSALGUÉ DE MASSIP, PROFESORA FUNDADORA DE LA ESCUELA NORMAL DE MATANZAS, EN “POR LA ESCUELA CUBANA EN CUBA LIBRE. TRABAJOS, ACUERDOS Y ADHESIONES DE UNA CAMPAÑA CÍVICA Y CULTURAL”, CELEBRADO EN LA HABANA, EN EL AÑO 1941.**

**39**

**EL “EVENING TELEGRAPH” DE FILADELFIA. UNA ENTREVISTA SOBRE CUBA**

Por José Martí

**43**

**IMPULSORES, OPOSITORES Y MIXTIFICADORES DE LA REVOLUCIÓN**

Por Oscar Soto

**46**

**LOS CUBANOS EN EL CENTENARIO AMERICANO**

Por José Martí

**48**

**CARTA A LA CÁMARA DE REPRESENTANTES**

Por Ignacio Agramonte y Loynaz

**51**

**INDEPENDENCIA DE CUBA**

Por José Martí

**53**

**LA PRENSA EN EL PROCESO HISTÓRICO**

Por Ramón Becali

**57**

**ESCENARIO HISTÓRICO**

Por José López Sánchez

**62**

**MARCOS MACEO. FRAGUA Y CRISOL DE UN DESTINO**

Por Eudes Navas Soto

**66**

**PRÓLOGO DEL LIBRO “PSICOLOGÍA DEL ESTADO CUBANO. CUBA POR DENTRO”**

Por José Salom Solbes

**69**

**A LA RAÍZ**

Por José Martí

**72**

**EL ALMA CUBANA**

Por José Martí

**74**

**EL ARTE DE PELEAR**

Por José Martí

**75**

**EL LAICISMO EN LA HISTORIA DE LA REPÚBLICA**

Por Emilio Roig de Leuchsenring

**79**

**EL PROBLEMA**

Por Rafael Gutiérrez

**82**

**POBRES Y RICOS**

Por Manuel de la Cruz

**85**

**DISCURSO PRONUNCIADO POR EL DR. ELÍAS ENTRALGO EN EL EVENTO NACIONAL “POR LA ESCUELA CUBANA EN CUBA LIBRE”**

**87**

**REFLEXIONES POLÍTICAS: LOS PARTIDOS DE RAZAS**

Por Juan Gualberto Gómez





La presente compilación es el resultado de más de dos años de incesantes búsquedas y hallazgos cuyo medidor ha sido la máxima de José de la Luz y Caballero que reza de la siguiente manera: “Todo es en mí fue, en mi patria será”. Así ha conseguido andar la sección Páginas Revisitadas, del “Laboratorio de Ideas *Cuba Posible*”: siempre sobre la base de no tomar distancia de prédica de tan majestuoso y revolucionario compromiso con la gracia que constituye la pertenencia a la Patria cubana y el consecuente enaltecimiento de la identidad nacional.

Las claves para tal empeño han sido la periodicidad quincenal en la reedición de obras de las ciencias sociales y humanísticas que ya habían visto la luz en sus respectivos contextos. Las breves obras que aquí se recogen –salvo una– pertenecen a autores cubanos. Todos ellos, más el escritor venezolano, único extranjero en el volumen, exhiben, como denominador común, lucidez en el contenido y un apreciable realce literario.

En torno a lo segundo, se aquilatan los destellos de genialidad en el periodismo de José Martí publicado inicialmente en *Patria*. Entre los autores, lógicamente, es posible apreciar la separación en el tiempo y, por consiguiente, la pertenencia a una especificidad en la relación espacio-tiempo en la cual se puede tocar la búsqueda emancipadora de la cubanidad; siempre sobre la base de la adhesión convencida a la soberanía nacional, al robustecimiento de la institucionalidad y al devenir revolucionario que en todo momento ha circunvalado al republicanismo cubano. Y todo lo anterior, para que la cubanidad continúe siendo, erguidamente, sombra protectora y arropamiento frente a la exclusión y la pobreza de espíritu. Este elenco de autores quiere comunicarnos que Cuba es casa proyectada y edificada desde la autodeterminación y la decencia para la hospitalidad y el confort de nacionales y extranjeros.

Si se tomará en cuenta estrictamente el inventario de las páginas que siguen, pudiera concluirse que para lo anterior se ha luchado denodadamente a partir de las voluntades patrióticas de los próceres de 1868. Pero ello es únicamente el punto de inicio desde el cual brindar, también detenidamente, las perspectivas de la Ilustración Reformista Cubana, así como la de los jóvenes intelectuales de la Generación del Centenario que poco después lideraron la construcción de una Revolución política, social y económica que ha marcado un hito duradero en la historia de América Latina.

Walter Espronceda Govantes

La Habana, 9 de julio de 2017.

Sin precisar día y hora, el prócer Manuel Sanguily, para nada improvisado y sí tocado por la pasión ordenada a través de la recta razón, se adentra en un discurso cuyos destinatarios eran hombres como él: entusiasmados con el afán de una Cuba independiente y soberana. Estas palabras fueron dichas, todo parece indicar, el 10 de octubre de 1895. En ellas Sanguily fundamenta el peso específico que proclama la continuidad generacional en la búsqueda de la emancipación y la soberanía políticas, ambas son el contenido de la condición revolucionaria.

En estos tiempos de emigración de jóvenes de forma continua, esta evocación lírica de la obra de los patriotas del 68, a propósito de la asonada libertaria del 95, es hoy un testimonio fehaciente de la responsabilidad permanente que las generaciones sucesivas han de desempeñar para con la patria cubana.

### **Céspedes y Martí\***

Por Manuel Sanguily

Difícilmente logro dominar la profunda emoción que a punto está de anublar mi espíritu y casi me apaga la voz que desfallece en este momento tan solemne y para mí tan grave. Vuelvo la vista a todos lados, reconozco por el recogimiento del numeroso y excelente concurso la grandeza de este acto de conmemoración sagrada; sé, por lo mismo, que estoy despierto, y sin embargo me figuro que aún no ha pasado la reciente pesadilla, que apenas si acabo de salir de un sueño de dieciocho años, como si hubiese sido yo el durmiente del cuento maravilloso, y que persiste en mí la extraña ilusión de que a mi alrededor nada ha cambiado en tan largo espacio de vida; sino que las circunstancias y los hombres son los mismos ahora que cuando se cerraban a la luz mis párpados y perdía en letárgico encantamiento la conciencia. Porque me estoy viendo ahora mismo, de pie, lejos de la tierra querida, en medio de compatriotas emigrados, como cuando al volver del campo de batalla, en 1877, cumpliendo honorífica y muy ardua comisión oficial, solicitaba yo para las necesitadas huestes insurrectas el óbolo de generoso desprendimiento, e invocando la patria comprometida pretendía aunar la abnegación y la magnanimidad para que resueltamente apagasen la antorcha de la discordia en el dintel de nuestros hogares. Entonces, si desconfiaba ya del éxito, era en cambio demasiado joven e inexperto aún, y creía que el mundo, como yo, reverenciaba de veras la justicia, amaba la libertad a extremo de sostenerla y ampararla, y que no era procedente, que bien era un sacrilegio, dudar siquiera que fuesen algo más que accidentes pasajeros los triunfos ilegítimos y brutales de la fuerza. Entonces también debía sentirme y –¿por qué no?– me sentía satisfecho. Había cumplido con mi país y con mi conciencia, y al salir del campamento creyendo regresar a él muy pronto, me había sido otorgado el privilegio de derramar mi sangre y conservar la vida, de sobredurar a las privaciones y los peligros de una década terrible, sin que la guerra se llevara al fin con sus horrores pedazos palpitantes de mi corazón. ¡Ah! sí, porque él había estado y estaba entonces todavía junto a mí, como nuncio de esperanza consoladora y testimonio de merecida victoria, que por su aspecto delicado y juvenil, su rostro risueño, su belleza romántica, a la manera de los típicos donceles de los tiempos feudales, y sobre todo por sus hazañas recientes, sus miembros rotos y atrofiados por el plomo de los combates; por el recuerdo vivaz de las fantásticas cargas en que iba delantero siempre, aunque sólo tenía un brazo para dictar a los suyos la arremetida incontrastable; por el prestigio que circundaba tan noble mocedad y tan estoico sufrimiento alegremente consagrados a las más atrevidas y

temerosas empresas, aquel ilustre inválido parecía a la contemplación enternecida y asombrada de propios y extraños la encarnación angélica de la virtud cubana, la imagen luminosa del heroísmo revolucionario. Y como si a pesar de tantas analogías entre ésta y la edad pasada debiera yo disipar las ilusiones de un instante para volver a la realidad amarga y trágica, en vano le busco angustiado, porque él no está aquí, ni la trompa de la Fama, al pregonar ahora el nombre de los héroes de la guerra, tampoco resuena anunciando sus proezas en el llano, otra vez estremecido por el galope marcial de los corceles. Detrás de los hierros de un calabozo no veo desde aquí, como león enjaulado al guerrero encanecido que triste suspira al rumor de la creciente lucha, sumido en melancólicos ensueños, a la revivir desesperado la epopeya de su gloria de patriota, enfrente de las humanas ingratitudes e iniquidades, y ante el vario girar de la fortuna, alza al cielo la misma mano destrozada que un día se extendió para recibir una limosna con que socorrer a la República agonizante, pidiendo en su actual inmerecido infortunio, a sus enemigos respeto y a sus compatriotas amor.

Empero han pasado dieciocho años: el mundo nos había olvidado, había olvidado nuestro largo martirio, nuestro épico luchar por la emancipación del esclavo y la redención de la patria, y acaso no quedaba ya de nosotros sino la vaga y desdeñosa reminiscencia de una lucha estéril. Un período de calma aparente y de reacción escéptica había sucedido a la guerra desoladora. La sociedad inmediatamente aparecía distinta: en la primera hora de esa renovación inesperada, aún se celebra el valor con que los insurrectos combatieron, su resistencia asombrosa a la fatiga, su inmensa resignación en la miseria; pero al cabo se consideraba funesta la Revolución y cuando ocurrió después, las transformaciones de mera forma, y aún la grande y única transformación fundamental de la condición más íntima del país, se atribuyeron a los españoles, cuando cabalmente contra su resistencia a realizarlas se había alzado casi inerme el pueblo cubano.

No ha habido motivo más hondo de legítimo abatimiento y de pesar para un pueblo generoso que ese espectáculo de su vilipendio, que ver cómo se le declaraba insensato o estúpido, pues que por todas partes oía decir que había sido impaciente y violento, sin reflexionar que se sacrificaba por lo mismo que le hubieran otorgado graciosamente. De esa manera el heroísmo resultaba una enfermedad lastimosa, la virtud un desatino, la aspiración un crimen. ¿Quién podía pensar en el pasado sin confusión, en el porvenir sin incertidumbre? ¿Quién habría de pedir al país desconcertado que volviese a sacrificarse por lo incierto y lo desconocido, si, a su vista, sus mismas todavía frescas cicatrices no merecían sino el desdén aristocrático de la grave sabiduría, la compasión de sus nuevos mentores, si ya estos proclamaban sin miramientos —y como si a virtud de muy serios y especiales estudios pudiesen estar absolutamente convencidos— que el revolucionario que sacrifica por el ideal sus intereses, y el reaccionario que sacrifica a sus intereses el ideal, eran dos gemelos satánicos engendrados en la perversión de la conciencia social, dos especies afines de criminales o enfermos, dignos, por ende, del hospital o de la horca?

La paz impuesta por la razón, el orden impuesto por la ciencia debían reinar y reinaban en todos los ámbitos del país. El pueblo estaba sujeto, acaso domado; el gobierno lo vigilaba con sus tropas; los conservadores lo acorralaban desconfiados con sus huestes en acecho; los autonomistas lo adormecían entre endechas y barcarolas de esperanzas mentirosas con el miraje deslumbrante del oasis siempre fugitivo y lejano; pero de repente, ante el mundo atónito, se renuevan y reproducen, en una resurrección cuasi milagrosa, los tiempos abominados y augustos, como si la lucha no hubiera cesado, o como si lo que creíamos la derrota no fuese sino el descanso necesario y reparador, y tras receso tan prolongado, los ecos de la tierra repiten en un clamor inmenso de vida las memorias gloriosas y las soberbias esperanzas del pueblo cubano. ¡Ah! sí, descansaba no más; descansaba de sobrehumana fatiga de matar y de morir por la honra, por la libertad y por la justicia; descansaba de medio siglo de trabajos siempre estériles, mas siempre proseguídos; restañaba dolorido y silencioso las mil fuentes por donde perdió un raudal de sangre generosa con que lavó todas las impurezas de

su historia y, como en Jordán sagrado, se purificó del contagio de crímenes ajenos perpetrados en su nombre; se restauraba despacio de diez años de mucha hambre, de absoluta desnudez, de miseria incomparable y sublime; y depauperado, extenuado, caído en la gran encrucijada del mundo nuevo por haber pretendido completarlo y enaltecerlo, solitario en su soberana quimera, resignado en desalentador abandono e inmerecido vencimiento, parecía haber muerto: sus falsos amigos lo menospreciaban, sus vencedores apuraban, despreocupados ya, la copa espumante del festín de sangre, cuando vieron de improviso que aquel de quien creyeron que había concluido de una vez volvía indomable a la tarea interrumpida, que en el estercolero del despreciado leproso se alzaba repuesto titán y, vengador celeste, recogía el terrible acero medio oculto y abandonado hasta entonces entre las frías cenizas, para hacerlo centellar en el horizonte americano como un cometa de apocalípticos presagios.

Y he aquí cómo la obra colosal a que uniera su nombre Carlos Manuel de Céspedes, que el comenzara un día como hoy, glorioso e inmortal, no quedó paralizada; sino que era empeño demasiado vasto, complicado y difícil para que hubiera podido realizarlo una sola generación. Abrió él un nuevo grandioso horizonte, inició una empresa estupenda; los que se le unieron o acudieron en su ayuda tuvieron a la postre que ceder dejándola incompleta; pero dejando también, como herencia santa, a las generaciones sucesivas, el deber ineludible de continuarla y rematarla. Los émulos del resuelto caudillo, los restos del gran naufragio, desparramados por todos los rumbos del planeta, una vez más se conciertan y reúnen agrupando en torno suyo a las generaciones nuevas, y este concurso sorprendente de la experiencia de la fe y del entusiasmo realiza y confirma la unidad de nuestro espíritu y nuestra historia, revelando la poderosa alma del pueblo cubano que a través de vicisitudes tan extremas como misteriosas prepara su advenimiento a la nacionalidad y a la vida universal.

Por eso al invocar con reverencia y con orgullo el nombre venerado de ese varón que tan profunda huella imprimiera en nuestro corazón y nuestra memoria, recuerdo por fuerza, con el pesar que despierta la contemplación del vario y comúnmente infortunado destino de los hombres superiores, que en aquella época de relativa despreocupación moral, cuando la conciencia cubana había renunciado en apariencia a un ideal que se condenaba con insidia a todas horas como utopía calenturienta y enfermiza, los que sin embargo le rendíamos –bien que atribulados– secreto culto, oíamos confusamente, al llegar este día, cual vano e indefinible murmullo, las promesas y las amenazas de grupos aislados de cubanos pobres que muy a lo lejos invocaban la antigua gloria y confiaban todavía en su renovación y su eficacia redentora. El mar, de vez en cuando, sosegaba su sordina melodiosa la hirviente palpitación de su oleaje, como si quisiera dejarnos oír juramentos que se tenían por inútiles y votos que se creían perdidos, y alguna vez también la gente conforme y satisfecha a quien irritaba la importuna repetición, año tras año, de esa protesta baldía y tenaz de la quimera, solía volver los ojos hacia acá preguntando quién era el insensato que se afanaba por resucitar los muertos y no se avergonzaba de anunciar como un profeta el triunfo de la República en una colonia monárquica de España. Yo le busqué también entonces, no era para maldecir su nombre y sus intentos, sino para lamentar compadecido su infortunio, cuya amargura había a mi turno saboreado sin consuelo: el infortunio de esos hombres que sus contemporáneos desdeñan a menudo por delirantes o ilusos, pero que luego, si caen empuñando la enseña salvadora, que es cuando suelen triunfar, reciben el póstumo tributo de la admiración humana, las aclamaciones de los pueblos, que al fin reconocen su grandeza...

(\*Fragmento de este artículo tomado del libro *La voz múltiple de Manuel Sanguily*. Selección e introducción de Rafael Cepeda. Colección Palabra de Cuba, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1988.)

## Páginas Revisitadas

A cargo de Walter Espronceda Govantes

En una de las sesiones de la Asamblea Constituyente de 1940, el señor Juan Cabrera pronunció el discurso que aparece debajo de estas líneas. Cabrera, mambí desde que comenzaba a salir de la niñez, experimentó siempre un inagotable patriotismo a través del influjo de los grandes hombres de la Guerra de los Diez Años y, sobre todo, de aquellos que gestaron y firmaron la Constitución de Guáimaro.

Juan Cabrera reconoce en Cuba una tierra de civilidad y en los cubanos personas capaces de ejercer el republicanismo con la más absoluta responsabilidad. Para Cabrera, ese grado de integridad patriótica el cubano no lo inaugura con la avanzada meticulosidad jurídica de 1940 sino en 1869, en la manigua camagüeyana, cuando las fuerzas del brazo y de la mente de los criollos destronaron la esclavitud y emanciparon las ansias de todas las libertades enaltecidas por la Modernidad. Aquella gesta es a la vez evaluada por Cabrera como un testimonio de unidad de los buenos cubanos con la América independizada de España e incorporada a la vida republicana.

### Discurso del senador Juan Cabrera en una de las sesiones de la Asamblea Constituyente de 1940.

Compañeros ilustres,

Señoras y Señores:

Día grande este para mí. Grande por su significación, grande por pisar, una vez más, esta tierra santificada por los héroes, grande por estar en el mismo sitio en que fue ofrecido a la patria, por sus primeros legisladores el primer código de civilidad, aquél que dijo a América que el cubano se ponía de pie, para redimir con el brazo todas las esclavitudes y para proyectar con el pensamiento todas las libertades.

En efecto: en este que era, modesto pueblecito de la región camagüeyana, perdido dentro de las pocas actividades del 1869, se reunieron en apretado abrazo, los gigantes representativos de las tres regiones de la Isla. Y, aquí, junto a la austeridad de Céspedes, la palabra orientadora de Honorato del Castillo; junto a la majestad de Salvador Cisneros Betancourt, la cultura formidable de Lorda, junto a la honradez inimaginable de Eduardo Machado, el alma pura de Miguel Gerónimo Gutiérrez, y hoy, después de más de un cuarto de siglo de creada la República, venimos los constituyentes de 1940 a decir y a ratificar que mientras haya un ciudadano en esta tierra que sienta la libertad y ame el derecho, ni la libertad puede perecer ni el derecho dejará de iluminar sobre los pueblos.

El día es tanto más grande para mí cuanto que yo tuve la fortuna de ser el autor de la iniciativa por la cual la nueva Constitución de Cuba fuese firmada en Guáimaro. La prensa hubo de prestarle el caudal de sus entusiasmos, los compañeros, todos, hubieron de firmarla unos y de votarlas todos; de esta suerte buscamos y queríamos rendir un tributo a nuestros primeros campeones de la civilidad,

decir a la nueva América que nos sentíamos orgullosos de la gloria de aquellos varones esclarecidos, afirmar al mundo, una vez más, que en el momento en que nos lanzábamos a la guerra para obtener nuestra independencia, por el filo del machete, también pensábamos en la fundación de un nuevo Estado donde el hombre fuese feliz, donde la familia fuese respetada y venerable y donde la justicia amparara, por igual, a todos los hombres dentro de las actividades del trabajo que fecunda y del progreso que orienta.

Yo tengo una enorme veneración por los forjadores de mi patria. Niño, cuando apenas podía valerme, marché al lado de los héroes y supe de las tristezas y de los peligros de la manigua libertadora. La vida ha querido conmigo ser buena. He ocupado diversas posiciones públicas.

Esta provincia me ha otorgado haciéndome legislador y otorgándome, más de una vez, la investidura de Representante. Ahora, por aclamación, diversos partidos han hecho figurar mi nombre para Senador. También aquí hice una fortuna, he conservado y tengo miles de amigos y la popularidad y el prestigio de mi persona no han sido jamás disminuidos. Pero de todos estos títulos, capaces cualquiera de ellos para enorgullecer y para constituir la felicidad de un ciudadano, quiero declarar, en esta hora solemne, que ninguno me enorgullece tanto ni me hace más venturoso que el de Mambí—Mambí, quiere decir hombre que brazo a brazo luchó por la Independencia de su tierra; hombre que supo, frente a todos y sobre todos los peligros ofrecer el pecho a las balas enemigas y levantar en alto la hermosa bandera de su patria.

Por eso, cuando dos días después de tomar posesión de mi cargo de Constituyente, el doctor Gonzalo Aróstegui, ese camagüeyano ilustre que preside la Asociación de Escritores y Artistas Americanos, hubo de ofrecerme una copia de una Moción de Pastor del Río, por la cual el nombre de los constituyentistas de Guáimaro sería esculpido en el salón de actos de la Cámara de Representantes, yo pensé que como convencional de Camagüey, también tenía yo la obligación especial de rendir mi cálido tributo a aquellas personalidades insignes, y por eso, hubimos de glorificarlos, primero, en las sesiones que celebramos en La Habana, y ahora, todos estamos aquí, puestos de pie los corazones para evocar la obra y el nombre de aquellos forjadores de pueblos, dignos hermanos de los abanderados de Bolívar y de los campeones irreductibles del Sucre y de San Martín.

Esos hombres, esas cumbres en que culminaron las idealidades del sentimiento y del patriotismo nacional, no han sido todavía glorificados como merecen. La gratitud pública no les ha ofrecido el mármol señalador de sus grandezas. El bronce no ha sentido todavía la honda de luz de sus prestigios. Más, aunque ni en la blancura del mármol resplandezcan ni en las sonoridades del bronce saluden a la posteridad, la historia, entre sus mil voces poliformes dice al caminante y advierte a la conciencia continental, que Guáimaro y ellos son un símbolo de amor y de magnitud; y si esto no fuera bastante les bastaría a su recuerdo y a su gloria el laurel imperecedero de que el más grande de todos los americanos, José Martí, los exaltara y ofreciera a la consideración humana y al respeto de los hombres, como símbolos vivos del heroísmo desbordado del pensamiento en marcha hacia lo eterno y como la fe y el ideal que no pueden perecer mientras haya hombres de aquella estirpe que los glorifiquen y los exalten.

Una vez más, compañeros, mi palabra modesta, viene a glorificar a aquellos paladines de las patrias redenciones. Nunca como hoy en que tanta representación ilustre del patriotismo y de la mentalidad cubanos se congregara para señalar lo que ellos hicieron y dejaron. Ante el recuerdo, de hombres que no supieron de la traición ni de la miseria, ni del engaño, ni de los pequeños intereses, y ante ustedes, Representantes legítimos de los blasones que ellos ostentaron y de los méritos acendrados de que ellos hicieron gala, proclamamos, una vez más, estas dos verdades inmutables: cuando un pueblo tiene hombres y representativos como los constituyentes de Guáimaro, es eterno en la conciencia universal. Cuando una sociedad posee ciudadanos capaces de la glorificación y del sacrificio, esta

sociedad es inmortal. Yo proclamo, desde la tierra gloriosa del Camagüey y desde el mismo sitio en que ofrecimos al mundo la primera Constitución, que la República es eterna y que la libertad habrá de alumbrar permanentemente sobre la tierra maravillosa de Maceo y Martí.

### **Páginas Revisitadas**

A cargo de Walter Espronceda Govantes

El presente artículo salió publicado en el periódico *Patria*, el 14 de enero de 1893. En solo dos cuartillas, se aprecia un Martí convencido de la guerra de independencia contra España como recurso necesario y, por tanto, legítimo. También se muestra vigilante ante la política metropolitana de concesión de mejoras a modo de migajas.

De ese modo sanciona el autonomismo como camino estéril, pero sin distanciarse en lo más mínimo del aliento patriótico de los buenos cubanos que apuestan por una eficacia en la gestión de esa corriente política. Y ello, debido primero a su vocación de político incluyente y, segundo, al convencimiento de que el tiempo revelará de inicio la ineptitud de las políticas coloniales y después por ser un defensor de la radicalidad como pragmatismo virtuoso de las naciones de América, las cuales ya habían optado por el desarrollo soberano emancipado desde los preceptos del constitucionalismo alcanzado con la Modernidad.

Entonces ya Martí veía la posibilidad real de una Cuba republicana aun cuando el tejido social mostrara alguna que otra tonalidad difusa.

### **Política insuficiente**

Por José Martí

Cuando se tiene la mano sobre el corazón del país, y se le siente moverse acelerado, y como pronto a saltar ya de su cuenca; cuando se sabe que los cubanos que hoy se asen desesperadamente a la merced habilidosa de un dueño que no se quita el arreo de pelear, darán mañana la vida junto a aquellos quienes censuran en alta voz, aunque por ley del corazón y por respeto merecido, los aplaudan en silencio acaso; cuando se entiende que un vuelco, ya ridículo, del gastado ciclorama no puede engañar de nuevo a un pueblo colérico y hambriento que asiste, pintado de alegría, a la arena donde los barateros de empleos públicos se enjugan de vez en cuando el sudor de la comedia con el pañuelo tinto en nuestra sangre, -parece innecesario afear con la prueba harto fácil la flaqueza, o equivocación de los que de seguro no llevarán la política sumisa, y la desconfianza de las virtudes más viriles, hasta corromper en la inmoralidad creciente de una espera inútil la patria en que nacieron, o entregar sus ruinas a un extranjero ávido y desdeñoso.

Cubanos son los que, con fe rara en quienes no parecen tenerla en su suelo nativo, piden desde hace catorce años a España, bajo el nombre de partido autonomista, una libertad cuyas migajas urbanas, triste alimento de canario preso, son polvo y nonada ante los aprestos militares, hoy más que nunca activos, bajo cuyo peso mortal zozobra la isla; polvo y nonada, y lúgubre entretenimiento, ante un dueño que desdeña con razón al pueblo que le paga puntual todos los años, para su propio vasallaje, la suma que, de una vez sola, le bastaría para ser libre. Y, en verdad, más causa pena que enojo el obsequioso acuerdo con que la Junta Central del partido autonomista acoge una ley nimia y ofensiva de elecciones, fuera de toda relación con la capacidad patente, la gran miseria y la amargura sorda del país. Más pena causaría si fuera cierto -¡y no lo es por fortuna!- que el país real acata con prisa



y cortesía una ley limosnera, indispensable hoy a la política promisoría del gobierno español, que, con ayuda de quienes no podrán ya por mucho tiempo ayudarle, distrae con el advenimiento de un gabinete de esperanzas, disipado siempre a la hora de la realidad, la cólera que levanta primero, y volverá a levantar después, un gabinete de ira. Pena causa, en verdad, ver cómo hombres inútiles, y sin duda sinceros, giran dóciles a compás de esta política a la vez cínica y pueril.

Los cubanos volátiles que creyesen que una ley retacera de elecciones, y el nombramiento en su virtud de algunos diputados más, a lo sumo comparables a sus distintos antecesores, puede mudar de raíz el carácter rudimentario y venal de la política española, y la ignorancia y hábitos despóticos de la nación, verán tal vez sustancia y eficacia en una ley teatral que, aparte del desdén de aportar a males presentes y urgentísimos un simple remedio en el modo de pedir, más es, a todas luces, descarada reincidencia en la política diferencial que base de argumento honrado para fundar sobre ella los derechos de un pueblo, -de un pueblo donde las venas de los hombres hierven al pensar que su miseria y honra dependen de una peineta del Rastro o de una copa de Jerez. ¡Hay sangre, y sangre! ¡Esa no es nuestra sangre!

La esperanza de que el cambio leve de la petición, otorgado de modo que, de antemano y en sí propio la niega, baste a satisfacer al país abrumado, a las ciudades vergonzosas, al campo miserable, al destierro unido y tenaz, al pueblo libre y en sazón, hartos ya de prestidigitadores y de dueñas, sería, en verdad, ilusión del miedo, o del deseo. Los remedios son impotentes cuando no se calculan en relación con la fuerza y urgencia de las enfermedades. La política es una ocupación culpable cuando se encubren con ella, so capa de satisfacciones indebidas, la miseria y desdicha patentes, la gran miseria y gran desdicha, del pueblo que los soberbios y los despaciosos suelen confundir con su propia timidez y complacencia. Y si por ventura, como pudiese suceder, no se tiene fe en el mínimo recurso abierto para la cura urgente y radical; si por ventura se estuviese convencido de que el alivio aceptado no llega, ni por sus componentes puede llegar nunca, adonde llega el mal terrible, algo habría tan grave como el mal, la responsabilidad de los que a sabiendas recomendaron el falso remedio.

El país va adonde debe; y afuera de él, dejando a un lado pueriles satisfacciones, se calla lo que no es preciso decir. Mucho daño hace en este mundo la cobardía; mucho la indecisión; mucho la lírica gubernamental, y la política importada. Llorar con el país es necesario, retorcerse con él por la tierra, y oír, con el alma a las sepulturas, lo que la tierra dice. Los pueblos continúan: no retroceden. Toda esta autonomía, que rechazan hoy por insuficiente las mismas colonias inglesas que con ella se paralizan y desangran, es un retroceso. No se siguió, sino que se volvió atrás, como si se pudiera prescindir de lo hecho, de lo más hermoso, y de lo único real, que hemos hecho. Todo eso es compás de espera y fantasmagoría. Era necesario que un pueblo cansado descansase. Ya está. Ya no más. Esas formas menores, esa pelea lenta, y sin cesar burlada, de formas ineficaces, no resuelven nuestros problemas, nos entretienen culpablemente, no nos salvan del hambre que crece, y de la dignidad que se empieza a ir. Es que somos pueblo, y hay que saberlo. Se trata de constituir con el mayor orden posible una república de elementos confusos, que puede ya vivir por sí. Lo demás es bordar en la nieve. Aplíquese esa ley inútil y ofensiva, acatada con prisa obsequiosa. Aplíquense más leyes, y mientras más pronto mejor; que todas ellas servirán para demostrar la incompatibilidad irremediable entre una metrópoli que jamás se decidirá a levantar de verdad la mano armada sobre la colonia de que vive el espectro de su historia y la granjería de su política, y una colonia que tiene intereses distintos y alma diversa y superior a la de su metrópoli; entre España que revive difícilmente con la vida anticuada y rudimentaria de sus provincias, y Cuba, clavada, con gran riqueza natural y con ansia de trabajo, en la vida moderna y en la libre América. Y a los equivocados, ¡hasta mañana!

Páginas revisitadas

A cargo de Walter Espronceda Govantes

En un contexto de republicanismo incipiente (año 1922), Francisco Rodríguez Mojena pronunció la presente conferencia en el Círculo de Manzanillo, en la ciudad de ese nombre, en la noche del 15 de febrero. Eran tiempos en los cuales Cuba comenzaba a encontrarse consigo misma por medio de la emergencia de una intelectualidad martiana que, tres años más tarde, conseguiría la convergencia entre las vanguardias artísticas y las políticas.

Sin embargo, aquella era una República sin tradición, aunque con reservas cívicas fundadas por el pensamiento independentista de los buenos cubanos durante el siglo XIX. Rodríguez Mojena se nos muestra arropado con toda esa grandeza ética. De ahí que en esta meditación pusiera un acento en la ausencia –o debilidad– del sentimiento patriótico, para el cual designa dos clasificaciones: el *patriotismo instintivo* y el *patriotismo intelectual*. La diferencia entre ambos radica en que el segundo es *racional* y su fragua requiere de la posibilidad de convertir la sociedad en un gran proyecto educativo que sirva para crear los estados mentales requeridos para la acción responsable del pueblo y de sus hombres dirigentes. Es sensato tener presente que las representaciones sociales de los políticos de entonces no reparaban en la inclusión del género femenino en ámbitos de liderazgo para la realización de la cosa pública.

El propósito de Rodríguez Mojena reconocía a la ciudadanía como el sillar básico de la República. El robustecimiento de ese soporte era una necesidad urgente para forjar la conciencia nacional de Cuba. Lo que a continuación aparece son fragmentos de una amplia alocución de este intelectual de la primera mitad del siglo XX cubano.

### **El fundamento de la República**

Por Francisco Rodríguez Mojena

Señoras, señoritas y señores:

(...)

Desde que en Cuba se estableció la República y comenzaron a ejercitarse los principios que sirven de fundamento a las instituciones constitucionales, los hombres reflexivos de nuestro país no han cesado de señalar deficiencias en la aplicación de los procedimientos democráticos y, desde los primeros días de la República, se viene indicando, preferentemente, el peligro de que, por incapacidad nuestra para el ejercicio de la soberanía nacional, un pueblo más fuerte y mejor preparado que el nuestro intervenga de manera definitiva en nuestros asuntos internos y asuma la suprema dirección de los mismos. Voces muy aisladas en los comienzos, éstas a que aludimos, han ido multiplicándose, y lo que antes era sólo una sospecha de amenaza remota, casi imperceptible para los ojos de la multitud, se manifiesta ahora claramente visible aun para los ojos más miopes, y se grita hoy como

gritaban los antiguos romanos ante el incontenible avance cartaginés: *Annibal ad portas!*, es decir, Aníbal a las puertas; y con mayor razón se grita aquí, por ya Anníbal, esto es, el extranjero invasor no se halla a las puertas, sino que se ha metido dentro de casa y asume las actitudes de un mandarín despótico y fanfarrón.

En presencia de este hecho, el hombre, como en presencia de cualquier fenómeno que le perturba y daña, ha tratado de inquirir la causa y, a falta de otra, o siguiendo la ley del menor esfuerzo, ha surgido la expresión que resume, a juicio de muchos, los antecedentes generadores del mal que se señala: *carencia de patriotismo*; con lo cual se afirma que el cubano contempla indolente la pérdida de sus libertades o realiza actos conducentes a esa disminución política de Cuba, porque el cubano no es patriota. En más de una ocasión, el que ahora os habla, se dejó seducir por la argumentación superficial y también achacó a debilidad del sentimiento patriótico la desfavorable situación política en que se halla la Isla de Cuba. Hoy, con un poco más de serenidad y de reflexión, pensamos, es decir, piensa de distinto modo el que esto dice.

Flojera del sentimiento patriótico, la hay, efectivamente. No cabe negar lo que es, por todos conceptos innegable. La generalidad de nuestros hombres piensa en lo que a cada uno favorece o puede favorecer, que en lo que interesa, conviene o puede convenir, a la comunidad. Se mira, especialmente, casi únicamente, hacia lo que se considera como un bien personal, como un bien del individuo, pero nunca hacia el bien de los otros individuos, hacia el bien de la colectividad, y, desde luego, es posible inferir que el patriotismo falta o se encuentra profundamente debilitado, ya que el sentimiento de patria, aunque sea, en su origen, el más egoísta de todos los sentimientos humanos, es el que más obedece a las leyes de la solidaridad y, por lo mismo, es eminentemente social. De donde puede inferirse, a la vez, que, si no existe la solidaridad, no existe el patriotismo, y que no hay solidaridad entre los hombres que sólo piensan en sí mismos.

Convenimos, pues, con los que afirman que hay carencia de patriotismo en nuestro país; pero ya no lanzamos, como un insulto, esa exclamación a la frente de los cubanos, porque ello sería tan inmisericorde y tan impío como para anatematizar a un enfermo que nació así. Tenemos el deber de ser responsables de nuestras faltas; pero sería injusto que se nos aplicasen penas por culpas que no son nuestras.

Por dos diferentes procesos, opuestos entre sí, se llega, a mi juicio, a la formación del sentimiento patriótico. Se puede ser patriota por lo que llamamos instinto de conservación, ciega fuerza que impele a los seres vivos a defender cuanto les es necesario para la vida, y se puede serlo, asimismo, por mandato de nuestra conciencia, como resumen de concienzuda y serena deliberación. En el primer caso, el hombre defiende lo que estima como suyo, en primer término la tierra donde ha nacido, de donde come, y a donde ama y procrea, y la defiende sin razonar. En el segundo caso, el hombre defiende también lo que considera como suyo, la tierra principalmente, pero no por irresistible y ciego impulso que surge sin que se sepa de dónde, sino que por su inteligencia le dice, con toda claridad, que la esclavitud no es don del cielo, y que tanto más venturosos seremos cuanto más dueños seamos de nosotros mismos. En el primer caso, son agentes externos en su casi totalidad los que determinan la formación del patriotismo, tales como la unidad de raza y la libre y continuada sucesión de los hombres en un mismo y extenso lugar de la tierra separado de los restantes por fronteras naturales. Este es el origen del bravo patriotismo español y del de los montañeses suizos. Tanto Suiza como España son países en que la naturaleza del suelo no es propicia a la acción debilitante desarrollada por la sociabilidad internacional, y así se afianza cada día el amor a la tierra en que se nace, fuente primera del patriotismo. En el segundo caso, predominan los agentes internos, los de orden subjetivo, porque el sentimiento patriótico responde a una madura reflexión, a un encadenamiento de juicios en cuya virtud nuestra conciencia nos dice que debemos cuidar, defender y engrandecer nuestra casa, nuestra tierra, no sólo porque allí nacimos, en ella vivimos y amamos, en ella descansan los

huesos de nuestros padres y en ella descansarán los nuestros y los de nuestros hijos, sino porque de esa manera nos es posible vivir mejor.

Por ninguno de ambos procesos ha podido llegar a formarse y fortalecerse el patriotismo cubano: ni ha habido aquí unidad de raza, ni se ha efectuado la libre y continuada sucesión de las generaciones en la posesión de la tierra, ni hay gran extensión territorial, ni existen las barreras naturales que impidan o estorben la acción, sobre nosotros, de factores internacionales, que tienden, como se sabe, al cosmopolitismo y desfiguran la fisonomía peculiar de los pueblos. Desde el punto de vista de lo que llamaríamos patriotismo instintivo, la República nació contrahecha, porque cuatrocientos años de coloniaje, en cuyo decurso desapareció por completo la población aborigen, se introdujo la esclavitud africana, se fomentó la colonización china y no tuvo nunca personalidad política el cubano, pues nunca fue el dueño y administrador de su casa, no podían, en modo alguno, concretar el sentimiento patriótico instintivo, que cristaliza en el alma del hombre de igual modo que el granito en la entraña de la tierra y que surge al exterior, en las grandes conmociones, de igual manera que aquel, al producirse los grandes cataclismos geológicos, levantó la corteza terrestre y formó, compacto y duro, el férreo corazón de las montañas. Desde el punto de vista del patriotismo que denominaríamos intelectual, aunque posee no escasos elementos afectivos, la República nació igualmente contrahecha. De sobra se sabe que la revolución libertadora fue la obra de un grupo de cubanos, y que aun ese pequeño grupo actuó por la constante predicación o el heroico ejemplo de otro grupo más pequeño que ofrendó, en holocausto de las libertades cubanas, con la vida, sus más seductores atributos. No podía existir el patriotismo intelectual cubano, porque no existieron jamás, en Cuba, condiciones y circunstancias favorables a su creación. Para que de esta forma del patriotismo se desarrolle es preciso que se ensanchen con anterioridad los horizontes mentales del hombre, que su espíritu se eduque y afine, es decir, que adquiera la amplitud y el poder necesarios para fijar antecedentes, determinar consecuentes sobre cuestiones abstractas, encadenar juicios, llegar a conclusiones y subordinar a ellas la actuación, de manera reflexiva, perfectamente deliberada. Durante la administración colonial, sólo una pequeñísima porción de nuestro pueblo adquiría los más rudimentarios conocimientos inherentes a la vida civilizada, y sólo una porción más reducida aun los beneficios de una verdadera y sólida cultura. La dominación hispana en América entendió siempre que su perdurabilidad en estos territorios no podía tener más fundamento que la ignorancia popular y, en tal virtud, no cesó de poner trabas a la cultura general. De cuando en cuando aparecía un gobernante bien dispuesto a romper los moldes de tradicional embrutecimiento y trataba de aproximarse al sistema de colonización que a los ingleses los ha hecho dueños del mundo. Cobrada, entonces, inusitado impulso la instrucción pública, pero, a poco, se asfixiaba, invadida de nuevo por la reacción obscurantista. De una población escolar que se calculaba en la considerable cifra de 190 a 200 000 habitantes libres, solo concurrían a escuelas públicas y privadas, a mediados del siglo último, unos 9 082 escolares, cantidad irrisoria en comparación con la que dejaba de concurrir a algún centro de enseñanza.

(...)

Cuando Sanguily dice que se respira por dondequiera muerte, codicia y brutalidad, porque no existe más que un deseo, un anhelo universal y dominante: hacer dinero a toda costa, por el fraude, por el cohecho, por la astucia, por la violencia, por el crimen, ¿no parece que pinta con trágicos, pero reales colores la hora presente de nuestra historia? Diríase que la tendencia ancestral, libre de obstáculos que puedan contenerla, se desborda y amenaza hundir en el lodazal de todos los vicios lo que fue ensueño sugestivo y deslumbrador de un grupo de cubanos, de un grupo de compatriotas privilegiados por la suprema elevación de su espíritu, y que solo se ha cambiado el nombre de los antiguos capitanes generales.

Los sillares básicos de una República, sus fundamentos, señoras, señoritas y señores, son los ciudadanos, y de esa abominable cantera que con tan sombrías y vigorosas pinceladas acabo de exhibir a vuestros ojos por la mano de Manuel Sanguily, han salido los sillares, es decir, los ciudadanos de la República nuestra. En esa matriz se engendraron, se educaron en esa escuela y en ese ambiente crecieron. Un estado de cosas tan vil y miserable, una conciencia pública así creada, no pudieron ser transformados en tres años de revolución, ni, posteriormente a esta, por un simple cambio de instituciones de gobierno. Las instituciones cambiaron; la colonia dejó de serlo para convertirse en República; los antiguos capitanes generales fueron substituidos por los presidentes cubanos; pero el pasado colonial quedaba en pie, firme, incommovible, desafiando con el poderío de sus cuatro centurias la vida incipiente de la nueva nacionalidad. Lo que ahora contemplamos no es más que la reproducción, sin trabas que la contengan, de la vida social pre-revolucionaria, es el pasado que vuelve, esto es que continúa, que se mantiene inalterable, porque no hay solución de continuidad entre la Cuba colonial y la Cuba republicana. Los mismos vicios que macularon la administración colonial, ensucian la administración presente, y, libres ya de la tutela del padre, ponemos en ejercicio las enseñanzas que de él recibimos. Los gérmenes de corrupción que emponzoñaron el alma cubana en los días no lejanos del coloniaje, envenenan ahora la conciencia de nuestro pueblo.

Pero como los hombres que dirigen hoy el pueblo cubano son sillares procedentes de la misma cantera de donde aquel emana, integrados se encuentran por igual materia, por igual substancia y, en términos generales no habrán de diferenciarse gran cosa del conjunto de que proceden. De ahí la inferioridad y la torpeza de la mayor parte de nuestros hombres públicos, de aquellos a quienes el pueblo señala para que lo representen y guíen. Esto aparte de que, casi siempre, no es el pueblo el que de veras escoge a sus directores, porque aquí los gobernantes se eligen por el procedimiento tradicional del forro y la violencia, exactamente igual a como se elegían los diputados en tiempos de la colonia y como aún se eligen en muchos lugares de España. De ahí también que sea justa la benevolencia en el juicio cuando haya que acusar a los cubanos y a sus elementos directores. Ni unos ni otros son ciertamente responsables de ser como son, pues que no son adquiridos sus vicios, sino que lo son de origen, ya acusarlos acremente sería tan cruel como acusar a un niño sifilítico por la dolencia que le legó la torpeza, la maldad, o la ignorancia de alguno de sus antecesores.

No quieren decir mis palabras, en manera alguna, que debamos callar o permanecer inactivos ante las lacras que corroen la vida social y política de Cuba. No se calla ni se permanece en reposo ante un enfermo, sino que decididamente se acopian recursos y se fija plan encaminados a atajar el daño y extinguirlo de raíz; pero no se recrimina al paciente cuando él no es culpable de su enfermedad y, aun cuando lo es, se le advierte su insensata conducta, pero se le indican procedimientos de curación. En lo que a la vida social y política de Cuba respecta, necesario es combatir al que aparece culpable, no porque precisamente lo sea, sino como una enseñanza para el pueblo y, en tal virtud, no deben callarse los errores o las maldades de los hombres públicos; pero no debe concretarse a ese solo hecho, al de la censura, la acción que tienen que desarrollar los ciudadanos de más noble espíritu, de mayor cultura y de más recta moral que poseemos. No siempre se es honrado, no siempre se es moral, no siempre se es virtuoso por tendencia natural del espíritu. Muchos hombres lo son porque entienden que deben serlo, y no delinquen porque no deben delinquir, aunque sus naturales inclinaciones los empujen en opuesta dirección.

Pero a esto sólo se llega cuando, por la amplitud de la mente, se está en condiciones de adquirir un claro concepto del deber, de las obligaciones que éste impone, de las responsabilidades o perjuicios que acarrea su incumplimiento, y cuando se está en condiciones, por la misma razón, de subordinar las acciones a aquel concepto, en la seguridad de que cuanto se empieza a realizar, aunque sea negligentemente porque desagrada al constituir especie de dura disciplina que embaraza los actos, a la postre será una acción habitual, que se efectuará sin esfuerzo alguno y sin saber cuándo.

Esto no es una afirmación dogmática sobre fenómenos que caen dentro de las especulaciones abstractas, sino perfectamente comprobable por la experiencia. Ningún acto se realiza sin que obedezca a un estado mental consciente o inconsciente, y sabido es que lo que empezamos a efectuar conscientemente, si persistimos en realizarlo pasará al orden de la subconsciencia, esto es, al orden de los fenómenos inconscientes y constituirá después norma permanente de actuación. Bien lo sabe el músico, que, cuando principiante, fue esclavo de sus dedos y de las teclas del instrumento, los que únicamente concordaban entre sí, y sólo para arrancar notas discordes e ingratas al oído, por un poderoso esfuerzo de la atención, y que después, ya maestro, arranca maravillas del sonido a la flauta o al piano sin que, en el instante en que obtiene este resultado, perciba conscientemente la tecla en que puso el dedo.

Parece, pues, lo natural que, ante los graves trastornos que experimenta la sociedad cubana y, consiguientemente, lo que de ella depende, la República en primer término, tratemos de crear estados mentales convenientes a la producción de acciones en consonancia con la vida de su pueblo libre y civilizado, dueño de sus destinos. A mi entender, cuando no sea esta línea de procedimiento que acabo de exponer, resultará labor estéril, porque implicará desligar del pasado el presente, desligar de los consecuentes los antecedentes que los originaron, desligar del efecto la causa que lo produjo, lo que sería absurdo, porque ningún fenómeno, ningún hecho se produce por sí mismo, sino a virtud de otros que le sirvieron de precedente. Por estas razones no me he cansado de afirmar, en el periódico y en la revista, que la nación cubana, el pueblo cubano necesita que se le eduque y, a este fin, requiere intensa labor de apostolado. No a otra cosa que a la creación de un estado mental favorable al movimiento separatista en Cuba, se dirigían los apóstoles de la idea revolucionaria. No tenían otro objeto la palabra conceptuosa y ardiente de José Martí, ni las vigorosas proclamas de Sanguily. No tienen otro objeto, hoy día, los discursos del orador callejero que infla hasta las nubes la supuesta virtud de un candidato fullero, o las andanadas patrióticas con que un periodista de ocasión exalta las muchedumbres y oficia de pescador en río revuelto. Se trata, sencillamente, en todos estos casos, de crear en el que escucha o en el que lee, un estado mental que lo impulse a la ejecución de un acto que se desea conseguir. Y si es posible por la palabra y por la pluma atar el pueblo a los faldones de un politicastro cualquiera, ¿por qué no ha de ser posible, si en ello ponemos nuestra intención honrada, llevar a nuestros conciudadanos por senda menos pedregosa que la seguida hasta aquí, y guiarlos hacia más altos y más nobles fines que el de encumbrar una vulgar medianía sin escrúpulos, con el solo propósito de que esa medianía, después de encumbrada, les haga la gran merced de mirarlos protectoramente desde la altura y desde allí les lance, alguna que otra vez, un mendrugo para que se entretengan un rato?

En todas las sociedades y siguiendo una ley de similaridad que facilita la atracción y la compenetración de elementos aparentemente diversos y de muy distintas procedencias, hay siempre un grupo más o menos numeroso, una fracción mayor o menor que supera un pensamiento y en acción al resto de la colectividad; grupo de selección, especie de élite encargada de ver, sentir y pensar lo que no ven, ni sienten, ni piensan los demás, y al cual grupo, naturalmente, se atribuye la función de encauzar y dirigir, por sus acuerdos tácitos o expresos, el agregado social hacia objetivos que, por su elevación o su lejanía, escapan comúnmente a la general observación. Tal ha ocurrido en Cuba cuando se creaba el sentimiento separatista; tal ocurrió para la creación del autonomismo; tal ocurre en nuestros días con el reducido grupo de cubanos que aun a riesgo de que se les moteje de agoreros y se les mire con cierto desdén por los que viven cómodamente sin más ideal que la explotación de sus granjerías y la satisfacción vulgar de sus vulgares apetitos, clama un día y otro en medio del común desconcierto, pide un alto en el camino a las desbocadas pasiones, señala los peligros que anuncia el porvenir incierto e indica normas de puro y honrado patriotismo. En otras muchas fases de la vida social comprobamos la existencia de esa fracción a que aludo, y, si se quisiera un testimonio inmediato y claramente visible, lo tendríamos muy cabal y muy hermoso en el Comité de Damas que

aquí, en Manzanillo, ha echado sobre sí la pesada carga de remediar ajenas necesidades y limitar, hasta donde alcance, las penosas consecuencias de la incuria, la dejadez y el abandono colectivos. Pero cuando ese grupo de selección a que hago referencia no dispone de energías o poder bastantes para hacerse oír, entender y seguir de sus conciudadanos pierde su cohesión la totalidad, el agrupado social se disgrega y extravía de igual modo que se desparrama y extravía un rebaño por escasez del número o falta de diligencia de los pastores que lo guardan.

No creo, pese a lo vergonzoso del espectáculo que actualmente ofrece la República, roída por mil concupiscencias, no creo, repito, que hayamos llegado a ese fatal momento en que la cohesión social se deshace frente a un peligro serio, como se disuelve en el agua un terrón de azúcar. Cuando una seria amenaza que todos vemos pesa sobre la sociedad, ésta se agrupa y se defiende a los primeros estímulos de aquéllos encargados de prevenirla. Así la hemos visto proceder en los casos, por ejemplo, de mortíferas epidemias. La reacción colectiva, ante el avance del mal siniestro, ha sido rápida y enérgica. Hay, pues, razones para inferir que nuestra sociedad no está muerta, que no ha llegado siquiera a ese estado en que, aun sin comprobarse la muerte, la sensibilidad se relaja y el organismo pierde la noción del mundo, la noción de la vida. Hay razones para suponer que, si nuestra sociedad no reacciona en la hora actual contra el inminente peligro que muchos vemos echarse encima de nosotros, es porque ese peligro no ha tomado aún los caracteres de realidad y no se ha hecho perfectamente visible a los ojos del conjunto general. Somos, en verdad, un enfermo que no aprecia su situación y no cree a los pocos amigos que se la advierten, o confía en que, más adelante, tendrá tiempo y buenas oportunidades para ponerse en cura.

De cuanto llevo expuesto surge evidente la conclusión que reafirma mi aserto de que Cuba requiere intensa y ardiente labor de apostolado, y surge, asimismo, quienes deben y habrán de ser los factores de esa obra. Urge infiltrar en la conciencia pública el convencimiento de que no es posible seguir por donde vamos. Urge la creación, por la prédica tenaz y constante, de una verdadera conciencia social que hoy no existe sino totalmente relajada. Urge que cada uno de nuestros conciudadanos adquiera el conocimiento de las obligaciones que impone la ciudadanía y de los deberes que fija a cada individuo la vida social civilizada. La evidencia de que en sociedad no se puede vivir al impulso de pasiones egoístas sin ningún freno, como vive un salvaje en la soledad obscura de la selva; es necesario ponerla ante la vista de nuestro pueblo, a fin de que sus hechos respondan al mandato de esa evidencia. La verdad de que el sentimiento de patria no se satisface exclusivamente con que una banderita flote en lo alto a los cuatro vientos, en tanto que a su sombra la vida se produce ignominiosamente encanallada; es urgentísimo fijarla en la conciencia popular, de igual manera que es preciso que la gran masa cubana comprenda que un pueblo corrompido viene a ser, en el concierto internacional, como una rata muerta en el seno de una familia: foco de pestilencia y de infección que habrá de ser necesaria y rápidamente destruido si no se quiere que lance en derredor sus gérmenes mortíferos. Igualmente surge de lo expuesto otra afirmación: la de que los encargados de la indispensable e intensa obra de preparación social y política de que tan urgentemente necesitado se halla nuestro, han de ser aquéllos que, sin un acuerdo previo, por la significación social de que disfrutan ya se consideran como integrantes de esa especie de élite a que hube de referirme hace poco. Si la fracción moralmente directiva del pueblo cubano se apresta fácilmente a acopiar recursos con que combatir una epidemia, remediar dolorosas penurias de las clases pobres, aliviar tristezas de la población menesterosa, o satisfacer perentorias necesidades de los que sufren han de pan y de justicia, males que alteran la normalidad social, con mayor razón debe apretarse a poner remedio a la grave perturbación que mina la existencia de la República y que la conducirá prontamente, si no se acude a contenerla con energía, a la disolución y la muerte. La vida de los pueblos, como la de los hombres, no es ni será fecunda para la civilización, si no la anima y calienta la luz de un ideal, estrella que entre las sombras guía a los humanos hacia una perfección que se desconoce, pero con la que ardentemente se sueña y a la cual ardentemente aspira desde lo más hondo y secreto de nuestro espíritu,

y cuando esa luz maravillosa falta en el espíritu, inútiles son entonces los que podrían parecer más gratos dones de la vida, porque esa fuerza que estimula y centuplica la energía humana desde no se sabe dónde, fuerza desconocida, misteriosa, que engendra el milagro, que hace brotar soles de las tinieblas remotas de lo infinito, o ignorados mundos del seno azul de los mares, o sueños de libertad en la conciencia oprimida del esclavo, es la que hace grandes a los pequeños, fuertes a los débiles, y alcanza aún más, porque consigue, señoras, señoritas y señores, que emerjan perfumadas y brillantes flores de juventud en la infecundidad desolada de la vejez, tal como Fausto se renueva y transfigura ante la imponderable belleza de Margarita.

La adaptación, ya lo ha dicho la ciencia, es ley de vida, y nosotros tenemos forzosamente que acogernos a uno de los dos extremos que van implícitos en esa afirmación: o nos adaptamos a las prácticas normales de la vida civilizada, o desapareceremos del mapa como pueblo capaz de gobernarse a sí propio. No es posible mantener la soberanía de Cuba en las condiciones tan desfavorables en que se ha ejercitado desde los primeros tiempos de la República hasta hoy, y, en tal virtud, la renovación de las viciosas costumbres sociales y políticas de Cuba, ha de ser actualmente el ideal cubano y, en especial, ha de serlo del selecto grupo de compatriotas a quienes la Providencia otorgó ventajas de sensibilidad, de inteligencia y de saber. El egoísmo brutal que en Cuba impera no rindió nunca, en ningún momento de la historia, frutos de bendición para los pueblos, ni en ningún instante fue posible la existencia de ningún egoísmo en medio de la alteración profunda de las leyes más esenciales de la vida, y no fue nunca ley del vivir social el egoísmo desenfrenado, generador, en Cuba, de todos los crímenes y de todas las infamias que en la hora presente nos avergüenzan.

Por lo que a mí respecta, aseguro que el ideal de regeneración cubana anima y estimula poderosamente mi espíritu. Por eso hablo con la crudeza ruda que habréis notado en el curso de mi disertación. Personales conveniencias, de bajo vuelo si se las compara con las conveniencias nacionales, me indicaban que debía divagar un poco, manejar con alguna habilidad el eufemismo, disfrazar un tanto mi pensamiento, de tal modo que la verdad se transparentase como por entre la malla de un velo, aunque fuese un velo de cobardía, con el fin de no herir la suspicacia o la prevención ajenas ni dar fuente a torcidos o malévolos comentarios. Pero como el ideal implica siempre la disposición altruista y olvido o renuncia de lo que no constituya el ideal mismo que se persigue y cuya consecución se desea, no vacilo al exponer aquí mi pensamiento y cumplir esta noche lo que creo que es mi deber de ciudadano. Pienso que la verdad es ésta que os he dicho, y ahí está, a la consideración de todos vosotros, como se tiende un cadáver, absolutamente desnudo, sobre la plancha de disección. La verdad es, a mi juicio, que por el deficientísimo sistema de coloniaje implantado en Cuba, sistema que toda la España intelectual de nuestros días condena enérgicamente y que fue, asimismo, condenado por estadistas de clara visión de épocas ya pasadas, el cubano no quedó en posesión de su soberanía política sin haberse preparado anteriormente para el ejercicio de la misma, y que no sólo adolecía de falta de educación política, sino que ni aun contaba con educación social, base indispensable de la otra. La verdad es, igualmente, que, seamos o no culpables del presente estado social y político de Cuba, tenemos que atender a él y atenuar o borrar las consecuencias de los antecedentes pretéritos. Desde el descubrimiento de América hasta hoy, no obstante la transferencia del gobierno, de manos españolas a manos cubanas, ha reinado en Cuba la injusticia. Ella dictó las resoluciones en el pasado y genera las decisiones en el presente. Dos inmortales preceptos que muy poco ahora recuerdan, preceptos que servirán, sin duda, para formar santos, pero que indudablemente sirven para crear hombres de bien y pueblos sanos, fuertes, vigorosos y prósperos, deben constituir la norma de la actuación: *dad a cada uno lo que es suyo; no hagas a otro lo que no quieras para ti*. He aquí el fundamento de toda buena educación social. Y cuando a estas máximas responden las acciones de los hombres y de los pueblos tened por seguro que no hacen falta tutores que vigilen, dirijan o coarten los actos humanos, ni son, entonces, las repúblicas, un infierno en que se vive a salto de mata, en eterna disposición para agredir o para esperar y repeler la agresión, tal como ahora, para desgracia y



vergüenza de todos nosotros, se vive en Cuba, pese a las evangélicas enseñanzas de Luz y Caballero y José Martí, porque ni brilla el sol de la justicia en nuestra patria, ni la verdad nos ha puesto la toga viril, ni Cuba es con todos y para todos, como anhelaban los dos gloriosos apóstoles, que tal vez nos contemplan doloridos y tristes desde la eternidad de la muerte y de la Historia.

Nota:

El presente texto fue publicado por la Imprenta El Fígaro. La Habana, 1922.

Por Juan M. Chaiyoux

---

### **Páginas Revisitadas**

A cargo de Walter Espronceda Govantes

Al término de seis lustros de vida republicana, un joven intelectual cubano se vale del periodismo para expresar todas sus molestias ante la crisis sociopolítica de la Cuba que recién inauguraba la década de 1940. Decenio controversial ese: a un mismo tiempo la Patria hacía transparentes por un lado los serios problemas de decencia pública que padecía; por el otro, los buenos y preclaros hijos de ella se esmeraban en la conformación de una nueva Carta Magna: digna de la tradición iniciada en Guáimaro, en 1869, pero adelantada a tenor de los rumbos constitucionales en América Latina.

El interés de Chaiyoux tiene ribetes dorados: esbozar una vida pública nacional signada por la honradez y la responsabilidad. Donde la segunda encuentre hermanamiento en el ejemplo de los patriotas y en la sanción para los irresponsables. Juan M. Chaiyoux fustiga a la ley inservible, así como a la impunidad acompañante del delito.

Este artículo es el segundo de una breve compilación que el autor publicó en 1940 con el título *¡Cuba para los cubanos!* Los artículos fueron publicados con anterioridad en el periódico *10 de septiembre*.

### **Etapas revolucionarias**

Por Juan M. Chaiyoux

Las aspiraciones de un conglomerado social y el modo de realizarlos, no son permanentes ni invariables; son transitorios y mutables, de acuerdo con los objetivos institucionales que formen el ideal de la mayoría. De ahí que, cuando no existe un equilibrio adecuado entre ese ideal mayoritario y las realidades imperantes, se produzca un movimiento hacia la obtención de las condiciones mínimas exigidas por el pueblo, unas veces llevada a cabo mediante la evolución y otras, las más de ellas, por métodos revolucionarios; porque los beneficiarios del “statu quo” fuerzan el empleo de la violencia legal o de hecho, al no transigir con las necesidades populares.

En Cuba, el despotismo español y la intolerancia del régimen colonial fueron base para la inauguración de una época revolucionaria, en que el pueblo cubano lucharía denodadamente por alcanzar una modificación del régimen entonces existente, acorde con sus aspiraciones de libre determinación en lo social, en lo político y en lo económico principalmente.

Fundamentándonos en los objetivos inmediatos perseguidos, podemos dividir este proceso en dos grandes etapas, y en cada una de éstas no puede decirse que el proceso revolucionario fuera persistente, continuado. Las dificultades ambientales se nos presentan como el gran prisma en que se fracciona la luminosidad de cada etapa revolucionaria, en que a veces desaparece la brillante tonalidad del patriotismo más puro, para conceder predominio a los colores oscuros de la claudicación y hasta de la traición.

La primera etapa revolucionaria tiene su culminación en la Revolución de Yara y el documento que la justifica: la Constitución de Guáimaro, nos dice claramente que en lo político estaba el interés

primordial de aquel intento emancipador. Nos demuestra cómo repercute en nuestro medio el pensamiento humanista, llegado acá cabalgando sobre los que fueron postulados magníficos de la gloriosa Revolución Francesa de 1789; así se explica el romanticismo que se respira en Guáimaro. Del 1868 al 78, los derechos intangibles e imprescriptibles del hombre son la tónica de cada sacrificio, de cada inmolación en aras de la patria.

Como producto de tan supremo esfuerzo, resultó la abolición de la esclavitud, que liquidó el germen del problema social y fue, no obstante, factor agudizante del problema económico. Además, las cláusulas del Pacto del Zanjón no determinaron que las propiedades confiscadas revirtieran a sus primitivos dueños revelados contra España; y así se estableció la supremacía del fundamento económico en la problemática que irían a resolver los cubanos a partir de Baire, en febrero de 1895.

Por tres años más el pueblo cubano, encabezado por eximios dirigentes, ofrece en cada combate, en cada encrucijada el homenaje de su sangre y de su vida, como precio de esas reivindicaciones que eran la libertad política y la independencia económica.

Al disiparse el humo de las batallas, surgió el bosquejo de nuestra independencia política, aprisionada en el marco férreo de la Enmienda Platt; mientras que en lo económico, nuestra libertad yacía impotente entre la maraña del Tratado de París, que estableció la imposibilidad de conseguir para el cubano el dominio de las tierras, el control del comercio y la propiedad de la industria con su desarrollo en perspectiva.

Seis lustros de República borrarón el espejismo que padecíamos, haciéndonos ver la realidad de nuestra condición de parias con la tierra enajenada, sin más industria que los cargos públicos y el comercio del voto arraigando en las masas. Esta situación dio pábulo a la inconformidad popular, determinando la inauguración de la segunda gran etapa revolucionaria de Cuba, que tuvo su culminación en septiembre de 1933.

Como resultado inmediato de este período de lucha, aparece un conjunto legislativo que, de manera efectiva, se propone entregar al cubano las fuentes de la economía del país; pero la falta de una opinión nacional robusta y el obstáculo de los poderosos intereses nacionales, desconocidos o relegados a un término secundario.

Fijadas en esta forma las etapas del proceso de vindicación nacional, el pueblo de Cuba no puede negar su apoyo a los hombres que mantienen la idea de su liberación, frente a sus tradicionales enemigos y demagógicos defensores. En análisis ceñido de las orientaciones partidistas, los cubanos comprenderán que su Gran Partido es aquel en que se agrupan los paladines de la forjación de una Cuba libre afianzada en el principio cumbre de la Revolución: CUBA PARA LOS CUBANOS.

Por Julio César Fernández

---

### **Páginas Revisitadas**

A cargo de Walter Espronceda Govantes

En 1940, a propósito de la investidura democrática de Fulgencio Batista, el ciudadano Julio César Fernández decidió enviarle al Coronel golpista de 1933 una carta abierta titulada *Yo acuso a Batista*. De inmediato, la misiva fue publicada por la Colección “Construyendo a Cuba” con el título escogido por el autor y con el subtítulo *Estudio psicosociológico de un hombre y una época*. El texto que presenta esta sección constituye una especie de prólogo a cargo del propio Julio César Fernández, quien exhibe el apreciable caudal cívico legado por la tradición honorable del siglo XIX cubano, y del cual siempre careció el caudillo inconstitucional y doblemente golpista que tanto influyó en la sociedad política nacional entre 1933 y 1958.

### **Carta abierta al coronel Fulgencio Batista y Zaldívar**

Por Julio César Fernández

Mi antiguo camarada:

Creo que soy de los pocos que aún te pueden llamar así. La asombrosa facilidad con que sobornaste a tantos hombres y con que doblegaste aun a altos mandatarios de la nación, no me ha alcanzado a mí. Tengo la satisfacción y el orgullo de poder decir en voz alta que no he sido nunca subordinado tuyo. No me ha tentado jamás a través de tus seis años de intromisión y dominio en la política cubana, la oportunidad de integrar ese zigzag con que has hecho subir y bajar a los hombres. Unas veces de modo directo, otras a través de la administración pública que por la coacción invadiste, has mantenido subordinados a tus decisiones o sometidos a tu arbitrariedad a individuos que hoy no tendrían la fuerza moral de tratarte de igual a igual. Aceptaron tus dádivas o tu merced, callaron por necesidad, y se sometieron a tu maquinaria trituradora de hombres. O bien se acercaron a ti mendigando favores o simulando admiración por tu política anárquica. Esos no podrían con fuerza moral, hablarte como yo te hablo.

Yo no he sido nunca subordinado tuyo. Te vi formarte y abrirte paso bajo la bandera que enarbolamos el 4 de septiembre de 1933 y aunque por derecho propio me hubieran correspondido responsabilidades y fácil me hubiera sido mantenerlas junto a tu éxito triunfante, he tenido y hoy lo afirmo con orgullo, la satisfacción de haberlas repudiado. Nada te he pedido nunca, ni nada sé que me hubieras negado. No tengo en un orden personal, reproche alguno que hacerte. Si tuviera que recordar los días primeros y confusos de la revolución que compartimos juntos, sin jerarquías aun establecidas y sin definiciones en los hombres, guardaría de tu persona un recuerdo cordial y afectivo. Si nos hubiéramos conocido, no bajo la enseña que quiso ser honesta y digna de la revolución, sino en alguna de las incitantes aventuras con que los hombres viven fuera de la ley en los arrabales de Chicago, acaso fuera yo hoy de tus más entusiastas colaboradores. Bajo la consigna revolucionaria

no puede ser lo mismo. Las aventuras al margen de la ley no pueden confundirse con las responsabilidades de la política. Por eso deserté yo de la aventura de Septiembre, cuando la cuestión política se convirtió en un caso de policía.

Por todo lo anterior quiero decirte que este libro no es un reflejo de animadversión personal alguna, ni natural despecho en quien haya ambicionado algo que no le hayan concedido. Jamás he querido nada de ti. Jamás me ha tentado tu éxito pródigo y generoso para los tráfugas. Nada tengo que reprocharte en el orden personal. Pero sí, en cambio, he hecho mía, apasionadamente mía, la cuestión pública de alarmante alcance que constituye tu intromisión en la política cubana. He esperado algún tiempo, creyendo que por natural inercia te limitarías por ti mismo. Hoy, asomado a esta ocasión histórica de Cuba en que reapareces investido de enorme peligrosidad, me apresuro a hacerte justicia, emplazándote ante el país, con la sinceridad que creo hacerlo y con la fuerza moral que me debe asistir. Ojalá consiga sobre la indiferente sensibilidad, anquilosada por las impunes reincidencias que ha tenido que presenciar, una actitud más enérgica y viril que impida la consumación de tu triunfo.

La Habana, abril de 1940.

Julio César Fernández

Por José Martí

---

Páginas Revisitadas

A cargo de Walter Espronceda Govantes

En la historia del pensamiento político cubano, José Martí es el gran intérprete del legado de Félix Varela. En esta breve crónica publicada en el periódico *Patria*, Martí recrea las vivencias de un grupo de cubanos en un domingo de ocio en San Agustín, en La Florida, organizadas en torno a la memoria del padre Varela.

San Agustín puede honrarse porque entonces dio cabida, para el reposo, a los restos del sacerdote cubano cuya ofrenda de identidad nacional cubana Martí la identifica a partir de tres aspectos de gran significación: 1) La capacidad y decisión de comunicar públicamente la necesidad de una Cuba soberana, o sea, emancipada de la metrópoli española. 2) La posibilidad de una nación cubana con una institucionalidad fraguada desde la articulación sólida. 3) El requisito inalienable de que los cubanos asciendan a la emancipación y al constitucionalismo por esfuerzo propio: la primera sin el concurso de ejércitos extranjeros; el segundo, sin la anexión a Estados Unidos de América, aun cuando esa nación exhibía al mundo la eficacia de sus instituciones de libre accionar. Para ello Cuba contaba con buenos hijos, sabedores de cuánto distingue a Cuba y a los cubanos para no caer en el error lamentable de enhebrar el tejido político-social cubano desde la sociedad política estadounidense.

### **Ante la tumba del Padre Varela**

Por José Martí

Escribe de San Agustín a un amigo de *Patria* uno de los pocos y excelentes cubanos que han levantado un hogar próspero en la ciudad de San Agustín, ensangrentada hace tres siglos por el frenético y terrible Menéndez, y venerada hoy para el cubano, porque allí están, en la capilla a medio caerse, los restos de aquel patriota entero, que cuando vio incompatible el gobierno de España con el carácter y las necesidades criollas, dijo sin miedo lo que vio, y vino a morir cerca de Cuba, tan cerca de Cuba como pudo, sin alocarse o apresurarse, ni confundir el justo respeto a un pueblo de instituciones libres con la necesidad injustificable de agregarse al pueblo extraño y distinto que no posee sino lo mismo que con nuestro esfuerzo y nuestra calidad probada podemos llegar a poseer: los restos del Padre Varela.

“Han llegado, querido Comandante –dice la carta– y se han ido con nuestro corazón. En la mesa de trabajar nos sorprendieron, y todo lo dejamos gustosísimos, este puñado de compatriotas que aquí somos, para demostrar al querido Martí y a sus compañeros el entusiasmo con que desde aquí seguimos su obra de resurrección. Me conmovió, Comandante, al preguntarles dónde querían ir, oírles decir: “Antes que todo, a la tumba del Padre Varela”: y allí fuimos, bajo el sol abrasador: la visita se la contaré con la palabra de uno de nosotros que no sabe mucho de letras, y dijo que le parecía que estaba vivo el Padre. El domingo fue entero para la patria, primero en el almuerzo de casa de Marín, que con todo su patriotismo estaba menos satisfecho que su esposa, que es norteamericana; luego recibieron los huéspedes la visita de la comisión de recolecta para el monumento del Padre Varela, que habló largo con los visitantes, y dejó en sus manos el plan de procurar más sumas para el monumento y perfeccionar el proyecto de él; después hubo conversaciones de trascendencia, con

la prensa y la médula de esta ciudad, cuyo senador propuesto se sentó a la mesa de los visitantes; y luego, en un abrir y cerrar de ojos, oyéndole a Martí la historia de lo hecho y la urgencia de lo que hay que hacer, levantamos, con todos los cubanos que somos aquí, el club “Pare Varela”: Marín lo preside, y Hardoy es el secretario; ustedes nos ganarán allá en número, pero a cumplir con nuestro deber, no van a ganarnos: porque aquí estamos de guardia, velando los huesos del santo cubano, y no le hemos de deshonorar el nombre. Muy contentos hemos estado, contentos como pocas veces en la vida, con la visita de estos patriotas puros; pero además les estamos agradecidos, porque se han captado el respeto de todas las personas de valer de la ciudad que los pudieron tratar, y el nombre cubano, que no está aquí desacreditado, ha tenido con esta visita poder bastante para despertar entusiasmo y arrancar ofrecimientos espontáneos a los hombres del país que le pueden ser útil, y que hablan hoy de los visitantes y de Cuba con un respeto que nos es muy agradable oír. Yo sí creo, Comandante, que han vuelto los tiempos grandes”.

**Páginas Revisitadas**

A cargo de Walter Espronceda Govantes

¡Vaya maravilla la de visitar tres páginas de brillante factura del periodista y constituyente Manuel Márquez Sterling en *La Nación*. Año III. Núm. 504! Tan temprano como el martes 26 de febrero de 1918, el notable periodista cubano ya tenía juicio de plenitud en torno al empeño de fundar una república y desarrollarla. Como metodología, a Márquez Sterling le interesa la realización de un cotejo entre la confianza emanada del pueblo hacia los líderes y la acción concreta de éstos, a quienes llama “la clase directora”. Semejante contrastación deja un saldo muchas veces pobre, así como entristecedor; la clase directora de entonces fue la consecuencia de la malicia del caudillismo sordo y ensordecido durante las gestas independentistas aun cuando, del interior de esa práctica lanzada a la gestión de la cosa pública, también se hicieran visibles hombres de virtud y de mérito.

En este ensayo, distinguido por el refinamiento y la exhibición de una cultura admirable, Márquez Sterling quizás también nos esté mostrando la cortedad de la historia en cualquier espacio geográfico. Hoy, por ejemplo, a escala regional vivimos un período que se constituye en la repetición del ciclo de vulgaridad política. Hágase una exploración –ni tan siquiera minuciosa– del discurso y la gestión de la derecha emergente en el cono sur americano y se obtendrá como resultado la misma constante palpada en la segunda década de la República burguesa cubana: nuestros ideales como americanos continúan estando muy próximos. Ello, de manera indubitable, nos conducirá a una lucha absolutamente justa, en la cual, sin embargo, habremos de encontrarnos, una y otra vez, con el retroceso: consecuencia directa del litigio entre el bien y el mal, esto es, entre el humanismo y la malicia.

Este ensayo periodístico Manuel Márquez Sterling lo incluyó en su compilación de artículos en forma de libro intitulada *Doctrina de la República*.

**Separatismo y república**

Por Manuel Márquez Sterling

**I**

El pueblo de Cuba frecuentemente ha esperado acciones ilustres vulgares, consecuencia funesta de las mal inspiradas propagandas. Por mucho que sea desconfiado y receloso, el pueblo sigue a la clase directora. La clase directora crea ídolos de barro y esos ídolos tocan al corazón del pueblo. La clase directora teje guirnaldas de flores artificiales; y esas flores de trapo, sin perfume, seducen al pobre pueblo y entusiasman a los cándidos patriotas. La clase directora se forma ella misma de hombres vulgares y de hombres maliciosos, aunque los haya de mérito. Predominan los maliciosos y prosperan los vulgares. El pueblo siente, se rinde, se entrega; y sólo comprende la verdad contemplando los escombros. La lección única la adquiere de sus propios dolores. Y aun puede ser nuevamente engañado. El registro de la sensibilidad popular contiene el éxito de la clase que dirige y que ambi-



ciona. Los dedos más hábiles para el teclado serán, siempre, los vencedores. La política debe exigir, e imponer, el sacrificio en algún caso. Pero, el arte de la política es el éxito. Un grupo exiguo de agentes forja la aureola del candidato. Lo arregla, lo viste, lo exhibe, igual que un sastre exhibe, en las vidrieras, la levita de moda. El público se embriaga de sugestión. A sus ojos nada más bello que el último traje. Transcurre el tiempo, y se le antojan ridículas aquellas modas. El vestido de nuestros abuelos, el pantalón de boca de campana que cayeron rápidamente en descrédito; son las casacas de corte original que usarlas causó daño, miseria en el pueblo y flaqueza en las almas. En torno de su falso pedestal volvióse la tierra estéril; entristeciéronse los ánimos; y abatiéronse, marchitas y moribundas, las esperanzas de épocas pretéritas. “¡Y cómo pudieron gustarnos el cuello de estilo Fernando VII, las escurridas levitas de liso casimir, las anchas botas de saliente suela, y los calzones que bien parecieran fundos de almohada, recogedoras de polvo!” se preguntan, asombrándose de sí mismos, los viejos que tales extravagancias alcanzaron; mas, estos mismos viejos cuentan, a su vez, la fe que pusieron equivocados en algún prócer que nada resolvió: el entusiasmo con que libraron campañas en pro de insignes paladines que defraudaron su vehemencia; el encono terrible con que, sin merecerlo, atacaron al justo, o afligieron al sabio; y la firme convicción, que alentaran, de ser el torpe útil, el malo bueno, el audaz prudente. Y allí, donde las miradas buscaron la gloria, sólo había desastres y derrumbes; experiencia de padres a hijos, de generación en generación, de siglo en siglo, que va perfeccionando y reparando los espíritus; va esquivando las faltas y los tropiezos; va acentuando el buen gusto y la capacidad. Nuestra historia es tan corta, nuestro pasado tan próximo, nuestro ideal tan reciente, que apenas cabe decir que comenzamos a luchar; y, no obstante, comenzamos también a retroceder. Somos un ejército que se retira en el momento de ganar la batalla y de arrancar, al enemigo, los trofeos. Los jefes, los conductores de multitudes, como diría un orador de mitin, se muestran pequeños ante la magnitud extraordinaria de la empresa. El actor, a veces, no tiene el tamaño de su papel. Y comprometen su porvenir y su tranquilidad los pueblos que fían papeles grandes a hombres pequeños.

## II

Desde la proclamación de la República, el país vive en extraña ansiedad contradictoria; en la ansiedad utópica de pedirle peras al olmo. Ha confiado intereses capitales a la generosidad ilusoria de hombres egoístas; ha confiado la solución de problemas difíciles a la competencia inverosímil de hombres ignorantes; ha confiado sus destinos al desprendimiento de hombres ambiciosos. Las desventuras que nos azotan son, por eso, desventuras lógicas, provocadas y no previstas en el torbellino político. El país ha querido sustentarse en prodigiosas bienandanzas. Y se queja, amargamente, al contemplar el árbol que sus propias manos han sembrado. La República necesitó de un hombre superior que la consolidara desde el gobierno; un grupo de patriotas abnegados que la enalteciera desde los partidos; y un grupo de personajes bien seleccionados que la regulara desde el Congreso. El revuelto fondo de la colonia sube a la superficie de la República; y la libertad se ha desvanecido en el fermento de la ya quebrada esclavitud. Cuando en las campañas electorales hemos visto arrebatada la multitud, en cada mano una bandera de Agramonte, en cada garganta un himno de Céspedes, en cada tribuna un lema de Martí, pero, aclamando, para la más alta magistratura local, a un viejo guerrillero fogueado en combatir esa bandera, ese himno y ese lema, se han paralizado, de angustia, nuestros movimientos, y largamente, en la soledad y en el silencio, hemos meditado. La obra separatista era de una extensión majestuosa. Ella envolvía todos los ideales de la pureza; era el genio de una reforma esencial; era el genio de todas las nobles conquistas del bien y de la libertad; era, además, en su propia naturaleza, el bálsamo a todas las heridas y el remedio a todos los achaques de la conciencia. Por eso, no podía castigar, por eso, a su paso, en marcha triunfadora, su estela era, sobre los oleajes de la rabia colonial, el perdón. Pensémoslo un minuto y entenderemos aquel vértigo de sublimidad. Cada soldado que combatía, era leyenda de sacrificios inimitables. Estoicos, para el dolor, en un segundo aprendían a morir. Y todos los tormentos los conocieron. La épica

doctrina separatista dotaba de suficiencia a sus resortes bélicos. Y, de unos a otros, los caudillos, transmitían, por contagio, la energía, que no era fruto de la servidumbre en que nacieran. Pero el separatismo se vio de pronto sin sus pasiones, que eran el eje sobre el cual giraban sus hazañas; los propios jefes turbaron la moral de su estupenda empresa; grandes para avanzar hacia las hogueras, perdían su volumen, su consistencia, al detenerse en la jornada; y volvieron casi a su nivel anterior todos los impulsos, menos el impulso patriótico adormecido. La energía del combate se tradujo en la energía de aspiraciones desmesuradas. Y contentos de algunos privilegios, los fundadores de la República cedían las prerrogativas de la independencia, en absurda rivalidad y más absurda amalgama. El carácter, en los elementos directores que surgieron de la amalgama y la rivalidad, se adultera con increíbles atavismos; y los rayos opacos que tiñeron de gris la República influyen, ahora, en los corazones y aflojan los muelles y borran el ideal. Si el brazo hipnótico de hadas perversas nos trajera al camino de perdernos, el camino de la catástrofe final, no lo escogerían nuestros prohombres con más seguridad, ni con más resignación tocada de indiferencia.

### III

El separatismo tuvo sus directores adecuados. En cada uno de sus períodos, encuentra la historia verdaderos representantes de su espíritu, de su bandera, de sus móviles. Admira siempre cómo proveyó a sus necesidades el partido separatista; con qué pocos recursos logró su engrandecimiento; en medio de cuántas zozobras y dificultades y peligros, perseguía sus designios. Todo lo que era sólido, todo lo que era poder, estaba junto a la causa de España. No desmayó el separatismo. Parecía endeble, utópico, anárquico; no era una organización; sus elementos flotaban dispersos en época de paz, y emigraba entristecido. Sin embargo, en todas partes había de su esencia; hablaba en todas las almas; y se interponía en todas las orientaciones. No se apagaba en el vacío porque el soplo de vida que lo animó fue su misterioso porvenir.

A la República le ha faltado la confianza del futuro; le ha faltado el verbo coordinador del separatismo; le ha faltado el sentido de su reivindicación. Los bienes de la independencia, que el separatista conquistó, los ha despilfarrado, los ha comprometido, los ha agotado en la República el desconcierto de los partidos que invocaron el nombre de los principios, pero en pugna con los principios. En vez de vigorizar su disciplina el separatismo se disgregó; creía terminada su obra en los momentos de comenzarla más en firme; y la República se ha desenvuelto, ha prosperado o se ha caído, a merced de los acontecimientos, de cara a las tempestades. Gravitaron, sobre sus espaldas desnudas, otras pasiones que no eran los de su afianzamiento; otra filosofía que no era la gloria ni la virtud del ciudadano. Los aspirantes no pretenderán ya sino el encumbramiento personal; y nadie tendrá siquiera a su cuidado la salud de la República, de igual modo que tantos cuidaron de la salud del separatismo. A la República le era indispensable, ahora, el concurso de muchas voluntades; era más difícil sostener la República que forjarla; es más difícil conservar el fruto que cultivar la planta. La República debería ser abundancia para los ciudadanos, y los ciudadanos ya no tendrían deberes con la República. El medio reproduce los rasgos que un descontento de Cervantes descubre en el ingenioso hidalgo; y son como nuevas fuentes de malestar colectivo, en Cuba, los mismos ideales complejos que observa el crítico en el héroe de la Mancha: “todos –dice– convergiendo a un solo fin: el dominio, la imposición”. El ideal de dominio e imposición ha trascendido a un género peculiarísimo de abdicaciones. La facilidad con que se ha mengua de la soberanía nacional; el interés mercantilista que brota de todo cultivo de popularidad; la inercia para toda acción fuerte, para toda acción solidaria, para toda justicia, en provecho del único patrimonio que no podemos dilapidar...

Por José Martí

---

### **Páginas Revisitadas**

A cargo de Walter Espronceda Govantes

La independencia de un país y su correspondiente soberanía como nación, son gestiones que le competen, única y exclusivamente, a cada pueblo por separado. Los procesos cívico-políticos se originan y se ponen en marcha a partir del empuje y la pericia de los colectivos de patriotas al interior de cada país. Para ellos, nunca deberá constituirse en decisiva la opinión que, al respecto, se genere en otras naciones.

Sin embargo, en este breve artículo escrito y publicado por José Martí en el periódico *Patria* en 1893, hay una evocación explícita de criterios formulados por la prensa estadounidense en torno a la calidad patriótica de la causa cubana. Martí identifica esos juicios tan favorables con el objetivo de diagnosticar el estado del aliento independentista de los criollos cubanos en la prensa norteamericana, sabedor de que, en tiempos de febriles discursos afiliados a la anexión de Cuba a los Estados Unidos de América, es saludable resaltar las voces que en ese país generaban opinión pública en torno a la legitimidad y el talante de los muchos buenos patriotas cubanos comprometidos con las ideas y las acciones de la revolución.

### **La independencia de Cuba y la prensa de los Estados Unidos**

Por José Martí

Cuando el interés actual o futuro, el miedo al sacrificio, y la tradición oligárquica, pudieran intencionalmente demorar o impedir, en Cuba y en Puerto Rico, el conocimiento del espíritu y fines del Partido Revolucionario Cubano, cuando el temor exagerado de la inevitable lucha, y el poco saber de los cubanos mismos sobre los recursos suficientes de Cuba para la guerra y la república, mueven a hombres útiles a desear, para el mal urgentísimo, el remedio fantástico de la anexión a los Estados Unidos –que es a la política verdadera de Cuba como la alquimia a la química, y a la política verdadera de América como el veneno en la copa; cuando pudieran los cubanos ignorantes o imprevisores tener en menos de lo que deben el esfuerzo cordial de sus compatriotas por componer en una política equitativa los retos desordenados o dañinos de la guerra descompuesta, y de la política equivocada de la paz–, es oportuno tomar nota del respeto que el Partido Revolucionario Cubano inspira a la prensa extranjera, y principalmente, a la de los Estados Unidos.

*Patria* hubiera podido, y debido acaso, publicar las apreciaciones con que algunos de los periódicos de más peso del Norte, como el *Herald* y el *Sun*, el *Times* y el *Journal of Commerce*, comentaron los actos públicos recientes del Partido Revolucionario Cubano, y los relatos y juicios de los diarios de peso del Estado de la Florida, que vieron de cerca los métodos y fines del Partido, y castigaron de alto, y por anticipación, a los que, por error de ligereza o voluntad enemiga, quisiesen presentar los trabajos encaminados a reunir con energía y rapidez los recursos necesarios a la revolución como trabajos personales y alocados con el fin preciso e inmediato de intentar la revolución sin recursos, o sin más que aquellos escasísimos que pueden venir del fanatismo, la vanidad y la imprudencia. Pero *Patria* vive más preocupada de lo que queda por hacer, que de lo que tiene ya hecho; y fin a la larga en la honradez de sus compatriotas.

Mas hoy si viene a cuento, por el servicio público que importa, la reproducción de algunos de los conceptos, ya que el espacio no permite la de todos, con que el periódico más respetado de Filadelfia, el *Public Ledger*, comenta la recepción de los cubanos de aquella ciudad al Delegado del Partido. De los muchos diarios de aquella ciudad, donde la cuestión de Cuba es hoy muy llevada y traída, no dejó de describir con visible estimación, la entusiasta asamblea, lo que es muy de notar, particularmente, por el hecho de que la última de las resoluciones de ella se declaraba, en plena verdad, hostil al pensamiento de anexión, que los observadores ligeros, hechos a ver sus deseos como soluciones, creen más arraigado en esa ciudad misma de Filadelfia, donde fincan hoy intereses muy valiosos, y para Cuba infecundos, en la extracción y transporte de la riqueza minera del Departamento Oriental. Pero de entre esas opiniones, ganadas naturalmente con una política franca y viril, sólo extractará *Patria* la del periódico que guía y refleja mayor suma de opinión en el Estado de donde, por intereses encubiertos de traficantes codiciosos y ásperos, han solido nacer en no lejanos días crueles, censuras de Cuba y de sus hijos. Así empieza el artículo “Cuba Libre” del *Public Ledger* del 18 de agosto:

“Anoche se celebró una reunión de cubanos y simpatizadores con la independencia de Cuba. El mundo todo ama a quien sabe amar, y a quien ama a su patria. La causa de Cuba despierta simpatía por muchas razones; pero principalmente *por el respeto que merece el sentimiento que anima el actual movimiento revolucionario*. En cuanto se puede juzgar por los sentimientos patentes en los oradores y en la concurrencia, éste es un movimiento vigoroso y digno en todo sentido de hombres honrados y amigos de su país”.

Censura luego el artículo a los cubanos que creyesen que unas cuantas libras de pólvora, o de dinamita, podían echar a España de su colonia valiosa; y de esta parte del artículo, viniendo como viene esta opinión del diario de más fuerza, y de más relaciones, del Estado de Pennsylvania –lo más útil y oportuno es sin duda la frase en que dice, al hablar de los remedios posibles de la situación de Cuba, que–: *“las negociaciones con los poderes extranjeros serían tan ridículas como el cambio de rey de las ranas, que se cansaron del rey de palo y cayeron en el rey estornino”*.

Pero el párrafo más jugoso, y de más provechosa advertencia para los que hubieran podido equivocarse el modo de dirigirse a un país altivo, y libre por su propio esfuerzo, el párrafo que indica lo que se puede aprovechar de estos vecinos nuestros en nuestra situación, y lo que se debe esperar, es el que cierra el artículo “Cuba Libre” de un diario no se escribe una sola palabra en vano, y dice así:

“Aparte de la simpatía con que los Estados Unidos han visto la lucha de Cuba por su independencia, hay una razón de mucha monta para que, como nación, tome un interés profundo en la suerte de Cuba. Hay una política de naciones, como hay una política de barrio, y ha venido a ser pesadilla constante de los que piensan en estas cosas la idea de Cuba cayese en las manos de Inglaterra o Alemania. *Los Estados Unidos no pueden tomar a Cuba bajo su protección*; pero tampoco pueden ver esta rica y adelantada isla en manos de un poder extranjero y tal vez enemigo. El daño a nuestro comercio sería muy grande, y mayor el de nuestro prestigio. *Pero esto tiene comparativamente poco que hacer con nuestros afectuosos sentimientos hacia Cuba y sus patrióticos ciudadanos, que nacen del deseo fraternal de un país hermano que le desea vientos bonancibles y la obediencia al mandato bíblico, escrito en nuestra vieja campaña de la libertad: ¡Proclámase la libertad por todo el mundo, para todos los habitantes de la tierra!*”

Notas:

1.- Las cursivas son del autor.

Por Ramiro Guerra

---

### **Páginas Revisitadas**

A cargo de Walter Espronceda Govantes

La presente entrega es de la autoría del historiador Ramiro Guerra, quien la firmó en La Habana, en octubre de 1944. Todo el texto constituye un fragmento del prólogo al libro *Cuba: tierra indefensa*, de Alberto Arredondo. El más de un centenar de páginas de Arredondo sirve a Ramiro Guerra de punto de inflexión para poner en la balanza su propia obra como historiador comprometido con la identidad nacional cubana. Ello, aun cuando Arredondo donde realiza su paneo analítico es en la cuestión de los afanes desarrollistas de Cuba siempre a partir de atender la no demasiada generosidad de la Naturaleza con los recursos naturales existentes en esta tierra nuestra.

Sin embargo, el libro de Arredondo le permite a Ramiro Guerra un diagnóstico valiente, cuyas variables comienzan a ser identificadas a partir del establecimiento del conquistador español Diego Velázquez, pasando por los once meses de ocupación inglesa en La Habana, hasta el comportamiento de la economía de la familia de clase media en la Cuba de la década de los cuarenta del siglo XX. Todas esas realidades relacionadas con la topografía y la antropología cubanas, Ramiro Guerra procede a integrarlas a la asonada libertaria de Carlos Manuel de Céspedes el 10 de octubre de 1868.

### **Prólogo al libro *Cuba: tierra indefensa*, de Alberto Arredondo.**

Por Ramiro Guerra

Cuando el corto grupo de españoles bajo el mando de Diego Velázquez pasó en 1511 de la Española a Cuba, con el propósito de conquistarla y tratar de asentarse permanentemente en ésta, se lanzaba a la realización de una de las más difíciles empresas imaginables en la expansión de los pueblos colonizadores: la de fundar y asegurar la continuada existencia de una colonia civilizada en los trópicos.

La ruda labor que el grupo conquistador y fundador iba a emprender en Cuba no estaba representada, precisamente, por la lucha contra el reducido número de indios, sin armas y sin organización ni espíritu bélico que acaudilló por breve tiempo, hasta ser hecho prisionero y quemado vivo, el cacique Hatuey, después de escaramuzas de escasa importancia, en los cuales ningún español fue gravemente herido o muerto, según el autorizado testimonio de Fray Bartolomé de las Casas. Los formidables enemigos con los cuales Velázquez y sus compañeros habrían de enfrentarse, eran otros: la naturaleza tropical, por una parte; y el aislamiento, por otra, en un país totalmente salvaje, a tres mil millas de distancia y cerca de un año en viaje redondo de ida y vuelta, de la lejanísima metrópoli.

El fondo permanente de la historia, escribí en la introducción al tomo I de mi *Historia de Cuba* en 1921, está representado por la lucha del hombre contra los elementos naturales. Ese tipo de lucha, en la forma peculiar y recia determinada por las condiciones especiales de la naturaleza cubana, y de la extensión, forma y posición geográfica de Cuba, era la que iniciaban Velázquez y sus secuaces en 1511, continuada, en forma fundamentalmente la misma, hasta el año actual de 1944 por heterogéneo grupo español-indo-africano que no tardó en integrarse a la Isla. Al cabo de 433 años, el resultado general duro conflicto, ha sido la formación del pueblo cubano actual, con siglos ya de existencia, y la fundación de la República de Cuba, tal como es también actualmente, con su historia

de cerca ya de medio siglo, en este año de 1944. Entiendo que, sin exceso de vanidad nacional, bien podemos pensar que el éxito alcanzado por la labor emprendida en 1511 y proseguida sin solución de continuidad durante más de cuatro siglos (que es, por siglos, como debe contarse propiamente la historia) no resulta desdeñable. Sobre todo, si dicho resultado se compara con el que obtuvieron, al fin y a la postre, en la misma zona del Caribe, Gran Bretaña, Francia y Holanda.

A Velázquez y a la gente que lo reconocía por jefe, se han atribuido, y se les puede continuar atribuyendo, por siempre, propósitos de enriquecimiento fácil mediante la búsqueda de oro, o cualquiera otro fin o ambición del mismo juez. La evidencia histórica, sin embargo, es que venían a asentarse en la Isla y a poblar. Como prueba de este aserto, puede citarse el hecho de que comenzaron por repartirse tierras y fundar pueblos, constituidos en municipios del clásico tipo castellano; y el de que, al mismo tiempo que buscaban oro afanosamente, a dedicaron también a “sembrar y a criar para comer”, a reserva de vender más tarde un poco de casabe y del sobrante de sus crías, comercio con el cual obtenían algún numerario.

Corrobora lo que acabo de manifestar, otro antecedente, igualmente significativo. En el testamento de Velázquez, citado por Arredondo en “Cuba: tierra indefensa”, que fue dictado por el Gobernador meses antes de su muerte, ocurrida en la noche antes del 11 al 12 de junio de 1954, consta que éste poseía 19 estancais, hatos y conucos situados en diversas regiones de la Isla. Consta, asimismo, que en ellos había más de 200 000 “montones” de yuca, maíz y boniato, más de 1 000 reses cunas, 3 000 cerdos, 1 000 ovejas, centenares de caballos y asnos, y aves en gran número. Nada de minería, según se ve. “Frutos menores” y ganado. Las mismas bases, esencialmente, de la subsistencia del pueblo cubano en la actualidad al cabo de 420 años, contando a partir de la muerte de Velázquez. De igual clase eran los bienes que poseían otros pobladores representativos de entonces, tales como Vasco Porcayo de Figueroa, Manuel de Rojas y algunos más, del hombre y situación de los cuales hemos llegado a tener conocimiento.

Al considerar los antecedentes expuestos, no es posible dejar de convenir en que las condiciones peculiares de la naturaleza tropical cubana, y la extensión, forma y posición geográfica de Cuba, fueron entonces y continúan siendo en nuestros días, como en vida de Velázquez, substractum de nuestra historia. De esas condiciones depende, como lo prueba una experiencia que ya es varias veces secular, el mayor número de los difíciles y complicados problemas con los cuales se enfrenta para vivir el pueblo cubano en la actualidad. Los “frutos menores” y la ganadería son aún, como en tiempos de Velázquez, la base de nuestra subsistencia, por una parte. Por otra, teniendo nosotros la misma imprescindible y urgente necesidad de entonces de exportar para cubrir el costo de no menos imprescindibles y urgentes importaciones que la vida civilizada exige, si no oro, metal precioso del cual no tenemos en Cuba minas que lo produzcan en abundancia, nos vemos forzados a remitir afuera azúcar, tabaco, café, y otros varios productos que valen oro. Bien pudiera imputársenos, pues, por quienes se entretienen en moralizar sobre los hechos históricos, que tenemos tanta o más sed de oro que la que se juega como un crimen en los conquistadores. En realidad, es que las mismas causas producen, en igualdad de circunstancias, los mismos efectos. Cambian ciertos aspectos y detalles de las cosas, pero la historia, en lo profundo, regida por las mismas leyes, sigue su curso a lo largo de idénticas líneas, determinadas por las mismas condiciones naturales de vida que han prevalecido, prevalecen y continuarán prevaleciendo en Cuba.

Y esas condiciones, hay que reconocerlo, ya que el hombre no tiene en la vida guía más segura que la verdad, no han sido suaves y fáciles, sino extraordinariamente duras y difíciles para vivir civilizadamente. La lucha con que hubieron de enfrentarse en ese orden de cosas en Cuba los primeros pobladores europeos en su época, y cada generación posterior en la suya hasta el día de hoy, ha sido dura y recia. Puede apreciarse su verdadero carácter si se considera que al cabo de 433 años de iniciada, sustituido el corto grupo originario por el actual, de cerca de 5 000 000 de seres humanos,

connaturalizados con las condiciones de vida en el trópico, conocedores al detalle de la tierra que pisan y los nutre, provistos de todos los instrumentos y las máquinas inventadas por el hombre para el trabajo y el transporte, y en posesión de los adelantos científicos de la humanidad y de la experiencia acumulada por sus antepasados en la Isla durante más de cuatro siglos, dicha lucha se continúa casi con los mismos obstáculos y la misma incertidumbre. El pueblo cubano, en efecto, no ha podido resolver todavía el problema vital aparentemente sencillo, de asegurarse la subsistencia abundante, base primaria del nivel de vida decoroso –nivel de vida civilizado– que fija como un objetivo a realizar la Constitución de la República.

Y es que, en contra de la creencia, tan arraigada y extendida como superficial y falsa, de que la vida en Cuba es cosa fácil, el hecho cierto es que el vivir con las comodidades y los adelantos de la vida civilizada en un país como el nuestro, requiere esfuerzos continuos e infatigables de trabajo, inteligencia e indomable voluntad. Posible, aunque muy dudoso para mí, es que las condiciones naturales de Cuba no hayan sido extremadamente duras para el vivir salvaje de los indios, en los tiempos anteriores a la conquista española. Pero en lo que a la vida civilizada toca, no hay duda de que dichas condiciones crean enormes obstáculos aun a los hombres de mayor reciedumbre, vigor físico, espíritu de iniciativa y capacidad intelectual del más alto tipo.

No puedo extenderme, en un prólogo que no debe pasar de unas cuantas cuartillas, en la amplia exposición de mi tesis sobre las enormes dificultades que deben ser vencidas para sostener y mantener en avance constante un alto nivel de vida civilizada en Cuba, dadas las condiciones naturales de nuestro país. Tentador es el tema para mí puesto que considero que formarnos un correcto y claro concepto del asunto es un paso previo en la determinación de una política nacional ajustada a las condiciones reales de la existencia de nuestro pueblo, lleno de ansias de progreso y de perennidad. Me atreveré, por lo menos, a fin de destacar la importancia de la cuestión, a hacer, en conexión con la misma, algunas observaciones sobre comercio exterior.

La vida civilizada no puede mantenerse en Cuba sin un excepcionalmente activo y amplio intercambio comercial con el extranjero. Esto es evidente. Pero el habernos creado la imprescindible necesidad de ese intercambio, requisito que no existía para el indio nativo, ¿qué otra cosa significa sino el habernos vinculado estrecha, vital, indisolublemente a algo tan inseguro, tan mudable, tan fuera de nuestro control y sujeto a contingencias imprevistas y de consecuencias a veces tan formidables y destructivas como son las transacciones del comercio internacional? Las relaciones comerciales exteriores están determinadas por factores, internacionales también, de incontrastable fuerza. Grandes cambios en las mismas dependen frecuentemente, de decisiones individuales, basadas en los juicios y ajustadas a las conveniencias o necesidades, de unos pocos hombres situados en posiciones dominantes de uno, dos o tres emporios de la industria y del comercio, con fuerza bastante para imponer por tiempo indefinido, su voluntad al mundo. ¿Vivir sujetos a tales condiciones de inseguridad es, acaso, vivir fácilmente?

En las espesas selvas del Amazonas, en las selvas no menos temibles del Congo o del Níger, o en las heladas tundras boreales, pueden vivir aislados durante siglos, fácil o trabajosamente, según quiera juzgar cada cual, pequeños grupos de seres humanos –indios, negros, esquimales– sin cambio sensible en las condiciones de su existencia, ajustada a un patrón casi inmutable. En Cuba, en cambio, estamos pendientes cada día del cable, de minuto en minuto, a la hora en que funcionan las bolsas extranjeras. La razón es obvia. El tipo de una cotización puede significar el “status quo”, la ruina o la riqueza. Igual o mayor es nuestra ansiedad en las temibles horas en que se ventilan, en la guerra o en la paz, por los grandes poderes a que nos liga nuestra condición de civilizados, los destinos de los pueblos como el nuestro. Cuando se vive así, y eso es nuestra vida, de 1511 a la fecha, con mayor vinculación y dependencia en lo esencial cada día, porque los adelantos materiales de la civilización

concurren todos a determinar una situación de ese género en el mundo entero, ¿qué bases, qué fundamentos existe para afirmar que la vida civilizada es fácil en Cuba?

En nuestro país existe, no hay duda, un nivel relativamente elevado de civilización. Crearlo y mantenerlo no ha sido fácil y suave. Ha sido dura labor secular de oscuro y agobiante trabajo, de penalidades y miseria extenuantes, de bárbara y despiadada explotación del hombre por el hombre, de tala golpe de hacha e incendio constante de selvas y de bosques, de agotamiento, con el incesante cultivo, de la natural fertilidad de la tierra y hasta de devastadoras guerras de exterminio. Ha sido también labor de infatigable aplicación de la inteligencia y la voluntad, en tensión agobiadora, al propósito de asegurarnos la libertad de trabajar a nuestra manera y para nuestra propia subsistencia, acuciados por el ansia de vivir civilizadamente. Día tras día, año tras año, siglo tras siglos hemos acudido al ensayo, la experimentación y la prueba, a ciegas casi, tanteando en la desconocida naturaleza tropical. Finalmente, hemos tenido que vivir, asimismo, con la atención fija en el estudio sin tregua de los problemas no ya de Cuba sino del mundo, ante los cuales no podemos mantenernos descuidados o indiferentes, sin exponernos al quebranto y a la ruina de todo lo que hemos levantado a un alto costo de sudor, lágrimas y sangre en más de cuatro siglos de trabajo, y firmes en el propósito, además, de ir más arriba y más adelante. ¿Y es esto vida abundosa y fácil? ¿Es esto vida plácida y suave en el seno de una naturaleza pródiga?

Mi tesis o conclusión general histórica, no es de la vida fácil en Cuba. Es la de la vida difícil –vida civilizada de alto nivel. Discrepo, en este punto, del juicio, que me parece ligero y fundado en una observación superficial, de Alejandro de Humboldt, como discrepan también del mismo, en lo que México concierne, muchos historiadores, economistas y hombres de ciencia mexicanos que conocen a su país mucho mejor de lo que Humboldt pudo llegar a conocerlo. Un mal entendido orgullo nacional puede inducir, a quienes se detienen en la superficie de las cosas, a aceptar la aparentemente halagadora conclusión de Humboldt. Lo cierto es, no obstante, que las condiciones naturales hacen sumamente difícil e inseguro para el pueblo cubano el poder mantener y aumentar un alto nivel de vida civilizada en Cuba; y que eso es lo que está en el fondo de nuestros tropiezos y caídas, tanto, por lo menos –y a mi juicio más– como las faltas, los errores, la incomprensión, el egoísmo, la ignorancia y los crímenes de los hombres, a quienes ni juzgo con lenidad ni trato de excusar y exonerar de sus responsabilidades históricas. De ahí, de esas difíciles condiciones de vida, la complicada historia cubana, el largo período de oscura gestación de nuestro pueblo, la lentitud en asegurar la conquista de la independencia, y las catástrofes económicas que de tiempo en tiempo han sacudido a Cuba hasta sus cimientos, con todo el cortejo de destrucción, miseria, y profundas conmociones políticas y sociales que son cosa corriente en nuestro pasado.

Para un pueblo de vitalidad robusta, no obstante, me apresuro a consignarlo, no hay mal que por bien no venga. La dura e insegura vida que hemos tenido que vivir, tengo para mí que ha sido uno de los factores que más han contribuido a hacer del pueblo cubano uno de los más adelantados de América, y lo que quizás, si no nos aflojamos y cambiamos de rumbo, nos esté creando la posibilidad de llegar a ser un pueblo de positiva grandeza en lo futuro.

Lo que actualmente poseemos, obra constructiva de civilización –como patrimonio colectivo– nuestras ciudades y pueblos; nuestros campos extensamente cultivados, adicionada la flora aborígen con plantas traídas de todos los confines de la tierra; nuestras crías de animales importados de otras partes; nuestras industrias de todos los tipos, grandes, medianas y pequeñas, establecidas con maquinaria comprada a alto precio en el extranjero; nuestros puertos acondicionados para el tráfico mundial; la labor sanitaria y la investigación científica, que ha asegurado, entre otras garantías para la vida humana, la eliminación de una de las peores plagas –la fiebre amarilla– opuesta a la vida en el trópico; el gran caudal de libros y de estudios escritos por cubanos sobre todos los grandes problemas, de todo orden, de Cuba, para contribuir a resolverlos de manera adecuada a las condiciones



de nuestra tierra, para no referirme sino a cosas materiales y tangibles, etc. Todo eso, que es nuestro y gracias a lo cual hacemos vida civilizada, no nos ha sido dado graciosamente por nadie, ni es el regalo tampoco de una naturaleza excepcionalmente pródiga y exuberante. Constituye el acervo que han ido acumulando lenta y trabajosamente unas tras otras, las generaciones cubanas, empeñadas en vivir en plano de civilización y de decoro, en lucha con la naturaleza, con la adversidad y con nuestras faltas y debilidades, en medio del torbellino de cuatro siglos de historia moderna y contemporánea, de depredaciones, guerras, revoluciones, cataclismos y conflictos internacionales de todo orden, siempre con violentas repercusiones en Cuba. Siglos de perturbaciones y transformaciones profundas, durante los cuales hemos sido obstaculizados en nuestra oscura labor la mayor parte del tiempo por la dominación metropolitana y en no pocos casos por injerencias extranjeras, y favorecidos, asimismo, con alguna ayuda, justo es reconocerlo, de la propia metrópoli y de los Estados Unidos, aparte de recibir los adelantos generales de la civilización, obra, colectiva de la humanidad, a la cual hemos contribuido también con algún modesto aporte.

En 1922, a guisa de prólogo de mi “Historia Elemental de Cuba”, escribí algunas palabras dirigidas a los maestros, resumiendo el proceso histórico de la creación de la patria cubana, obra de la naturaleza y de las pasadas generaciones, a que acabo de referirme. Sinteticé entonces mi pensamiento en la siguiente forma:

“La Naturaleza dio la materia prima tosa y ruda –el suelo virgen y el bosque salvaje– y ellas (las generaciones pasadas) la pulieron y la conformaron a su voluntad, le infundieron su espíritu y produjeron una obra nueva: la patria tal como ella es. Lo que ellas quisieron, ahí está”.

Pagóse, para alcanzar tal resultado, un alto precio de sudor, lágrimas y sangre, lo repito. Pero la tarea fue rendidora: Un pueblo de alta civilización, el nuestro, quedó creado en el trópico, con posibilidades de un glorioso porvenir. De esto es de lo que, en justicia, podemos sentirnos notablemente orgullosos, no de imaginarnos que somos dueños de una tierra en la cual podemos echarnos a dormir a la sombra de un árbol en la seguridad de que la pródiga naturaleza del trópico, habrá de hacer caer de sus ramas abundoso maná para nuestro regalo. Versión es ésta, tendenciosamente despectiva para nosotros, de una superficial observación de gente extranjera, que no sabe lo que es vivir de “frutos menores, y vendiendo azúcar y tabaco a los grandes países industriales en los cuales adquirimos lo que la vida civilizada impone.

*Cuba: tierra indefensa*, la obra de Alberto Arredondo para prólogo de la cual he escrito las anteriores páginas, está destinada al estudio de algunos importantísimos aspectos de la gran labor de creación histórica a que me he referido en los mismos. Si algún lector tiene el mal gusto de leer este prólogo antes de dedicarse a la más provechosa lectura de *Cuba: tierra indefensa*, me confortaría mucho el que el cuadro que he tratado de bosquejar pudiera serle de alguna utilidad para situar dentro del mismo la valiosa producción de Arredondo, y apreciarla de un modo más cabal y más fácil, en su copioso contenido de experiencia histórica sobre problemas vitales de Cuba, en sus fines prácticos con miras a la determinación de una política nacional directamente encaminada a resolver tales problemas, y en sus méritos intrínsecos como trabajo de investigación, exposición y crítica.

En el amplio conjunto de las cuestiones con las cuales las generaciones cubanas han tenido que enfrentarse para vivir e ir adelante en lo pasado y en lo presente, la de la distribución y el uso de la tierra –“cuestión agraria”– y la de los instrumentos y los medios para trabajarla y hacerla producir –“capital y crédito”– han estado siempre en primer plano necesariamente. De la tierra se ha vivido y se vive en Cuba. Distribuir la con equidad y facilitar su uso de manera justa, ya que la tierra no ofrece como en los felices tiempos de la Edad de Oro descritos por Don Quijote de la Mancha a los cabreros: “ofrecía, por todas las partes de su fértil y espacioso seno lo que pudiese hartar, sustentar y deleitar a los hijos que entonces la poseían”. En los nuestros se requiere que el viejo corvo arado

“visite las entrañas piadosas de nuestra primera madre”, o mejor aún el moderno aradode disco, el cual, brutalmente las desgarrará en lo más hondo, en una labor impuesta como castigo a los hijos impíos que ahora la poseen o creen poseerla.

Como Arredondo cuida de hacer constar en “Unas palabras al lector” al comienzo de su obra, no trata por igual la cuestión agraria y la crediticia. Concreta más su atención y sus esfuerzos en esta última, sin dejar de atender ampliamente a la primera, desde luego. No hay nada que reprocharle por esta preferencia. Un estudio completo sobre las dos grandes cuestiones mencionadas, tan íntimamente vinculadas con todas las restantes de la vida cubana, abriría un campo inmenso, de manera que sería imposible extenderlo y profundizarlo en todos sus aspectos sin escribir una serie de volúmenes en lugar de un solo libro. Las cuestiones relativas al crédito, por otra parte, han sido objeto de muy escasos trabajos dedicados especialmente a las mismas, consideradas históricamente en toda su amplitud; y como todavía dichas cuestiones continúan representando problemas del día muy premiosos, en necesidad de ser resueltos de manera adecuada, todo estudio que contribuya a destacar su importancia y a esclarecerlos, hay que estimularlo como del más alto valor y a la más grande actualidad.

Al trazarme mentalmente el plan de este prólogo después de la lectura, de gran interés para mí en diversos sentidos, de *Cuba: tierra indefensa*, en ningún momento pensé que sería pertinente proceder a un análisis detallado de la obra ni hacer comentarios sobre tales o cuales asuntos tratados es la misma. Libros de esta clase los leen personas interesadas en el contenido de los mismos, con bastante preparación, como mínimo, para formarse su propio juicio y establecer sus propias conclusiones.

Mi interés, además, por *Cuba: tierra indefensa*, es por la obra en sí, considerada como un todo, no por la forma en que resulten expuestos y apreciados por el autor tales o cuales hechos en particular.

En primer término, *Cuba: tierra indefensa*, es para mí un estudio histórico de una clase de la cual necesitamos muchos trabajos por muchos autores. El campo está casi virgen, y urge explorarlo con la debida preparación y la indispensable objetividad que requiere toda labor histórica realizada de buena fe, con fines intelectuales honestos. En ese sentido, Alberto Arredondo aporta a nuestra literatura histórica, una contribución valiosísima, cualesquiera que sean los lugares que una crítica minuciosa y severa pueda encontrar mañana en su trabajo, bastante en algunos particulares, a apreciaciones que puedan estimarse un tanto faltas de objetividad, o a conclusiones demasiado absolutas, sin suficiente base documental.

Con *Cuba: tierra indefensa*, Arredondo ha trazado un camino, ha desbrozado un campo, y ha levantado una sólida construcción. En lo sucesivo, marchar por esta ruta será temer una orientación segura, hallar menos obstáculos al paso, y contar con abundantes materiales a la mano para cualquiera nueva fábrica que quiera erigirse. Por lo demás, en historia, nadie puede pretender hacer obra impecable y definitiva. La historia de un país, en cualquiera de sus aspectos, nunca acaba de escribirse. “Cada generación –dije en el prefacio de mi *Manual de Historia de Cuba*– debe escribir la historia con los materiales disponibles en el momento. Un país no puede tener jamás una historia, sino muchas historias. Esta no pretende ser sino una de tantas”. Lo mismo puede decir Arredondo de su historia de la cuestión agraria y del crédito en Cuba. Será una de las historias del asunto en el mañana. Pero por ahora es *Cuba: tierra indefensa*, la que él ha compuesto, fruto de su talento y de su laboriosidad. Que otros escriban las suyas, pronto y bien, como ya lo ha hecho Arredondo, y la historia de la cuestión agraria y de la crediticia irá ampliándose y mejorándose, sin llegar a terminarse nunca, desde luego.

*Cuba: tierra indefensa* me satisface mucho, además, en otro sentido. Durante años, se ha venido entendiendo, muy equivocado a mi juicio, que la historia de Cuba comenzaba, a decir verdad, a partir

de la toma de La Habana por los ingleses. Todo lo anterior, doscientos cincuenta años nada menos, era historia colonial sin contenido casi, obscura y monótona, que no valía la pena de ser estudiada. Como no lo he entendido así porque la historia de esos años es parte del conocimiento de nuestra propia vida, en mi labor de historiador me he esforzado siempre por realizar una obra integral también, sin soluciones de continuidad, ha sido la de la gestación, constitución y desarrollo del pueblo cubano desde que hubo de quedar fundado hasta que, con plena conciencia de sí mismo, luchó por su independencia y su libertad, conquistándolas con ingentes sacrificios. Arredondo en su obra, realiza labor de integración histórica también. Para él, la historia de Cuba, de 1511 al día de hoy, es una. Es lo verdadero, lo correcto y lo propiamente cubano, y nacional, además. En ese punto, como en el anteriormente tratado, me complace en expresarle mis más sinceros parabienes.

Una observación final para dar por terminada esta larga disertación. Tocante a la cuestión crediticia, respecto de la cual *Cuba: tierra indefensa* será una valiosa e indispensable obra de consulta en lo futuro, tengo para mí que las mismas condiciones naturales que han hecho difícil la vida, en general, más relativos al crédito, hecho que, acaso, es de extrema conveniencia poner de relieve.

El crédito en Cuba ha tenido que ser siempre, directa o indirectamente, crédito agrícola, porque Cuba, a causa de esas condiciones naturales sobre las cuales siempre insisto, ha tenido que vivir, en primero y en último término, de la agricultura. Ahora bien, el crédito agrícola, en razón de la inseguridad de las cosechas y del tiempo requerido para la recolección de éstas, ha sido siempre y en todas partes, difícil de obtener, aun en aquellos países en los cuales las cosechas son más seguras y el capital más abundante. En Cuba, todos los productos agrícolas nuestros, en su condición natural o semi-manufacturados, cosechados u obtenidos en cantidades considerables, han estado destinados siempre a la exportación, lo mismo en el período colonial que en el presente siglo y en la actualidad. A la inseguridad de la cosecha, se han agregado otras igualmente riesgosas; la del transporte, durante siglos, la de la venta o sea la del mercado, y finalmente, la del precio. En estas condiciones, ¿cabe imaginar que el crédito hubiera podido florecer en ninguna época en Cuba? Toda persona con algún capital ha tenido que demandar toda clase de garantías, más sobre bienes inmuebles que sobre los productos de la agricultura, antes de arriesgarse a perder el principal y los intereses de su préstamo. Escaso el crédito por esta causa fundamental, aparte de otras, la ley general de la oferta y la demanda ha debido operar siempre inflexiblemente, en el sentido de encarecer el crédito, en todas las formas del mismo. No ha sido, pues, el egoísmo desenfrenado y sin entrañas de los hombres exclusivamente, lo que ha hecho encarecer y escasear el crédito en Cuba, sino la naturaleza de nuestra producción, determinada por nuestro clima. Las facilidades y la rapidez del transporte marítimo moderno, han atenuado algunas de las dificultades del pasado, pero no las han eliminado en su totalidad, ni aun en lo que ha dicho transporte se refiere. La única mercadería que en Cuba ha tenido un relativo valor permanente ha sido la caja o el bocoy de azúcar en los tiempos coloniales y el saco de azúcar en nuestros días. La razón es evidente. La caja de azúcar, bajando el precio, tenía siempre comprador, lo mismo que ocurre con el saco de azúcar en la actualidad. De manera que algo, aunque fuese muy poco y con un alto interés, podía obtenerse a cuenta de azúcar. Respecto de lo demás, nada, porque ni había seguridad de venta ni previsión posible tocante al nivel a que habría que bajar el precio para poder vender. En esas condiciones, ¿quién facilita crédito si posee capital disponible? Nadie. Acude, si acaso, a la hipoteca, el negocio crediticio que ha florecido siempre en Cuba. Pienso que Arredondo no habría hecho mal en destacar estas realidades y no imputarle casi exclusivamente a una desafortunada usura las dificultades del crédito en Cuba. Situaciones como las que he apuntado, no se resuelven por el libre juego de los intereses económicos en la sociedad capitalista, sino de una manera incompleta y sumamente costosa siempre. Requieren la intervención del Estado. La profundidad y la magnitud de los obstáculos con que hay que luchar así lo exigen.

Al terminar las últimas líneas de este trabajo, no me sentiría tranquilo en mi condición de modesto historiador, ni habría procedido con Arredondo con toda sinceridad con que procuro proceder siempre, si no dejase constancia de una apreciación mía, que viene al caso expresar sobre el fin perseguido por la insurrección iniciada por Céspedes en La Demajagua. No considero que existen evidencias históricas, a base de las cuales pueda afirmarse que la gran revolución del 68 no tuvo en su origen un carácter puro y exclusivamente separatista. La insurrección comenzada contra España el 10 de Octubre, tenía un objetivo único e inconfundible: la conquista de la independencia. El anexionismo no fue planta que floreciera en Oriente nunca, y a Céspedes no es posible cargarle, sin flagrante injusticia, el sambenito de anexionista. Céspedes fue un separatista de convicción y de sentimiento, inquebrantable en su fe en la independencia. Cuba independiente fue el ideal de su vida y por ese ideal luchó con indomable heroísmo y cayó en San Lorenzo. La verdad histórica es esa; no porque yo la aprecie así, sino porque es así. De algunas menores diferencias de criterio con Arredondo no tengo por qué hablar. Si yo fuese a hacer la crítica y la rectificación de mis propios trabajos, no tendría para terminar nunca, y *Cuba: tierra indefensa* no es acreedora a que se le hagan pequeños reparos, sino a que se le tributen sinceros y calurosos aplausos.

Páginas Revisitadas

A cargo de Walter Espronceda Govantes

El fortalecimiento del sentimiento de nacionalidad ha sido la asignatura histórica de la intelectualidad cubana comprometida con la Patria. La metodología para esa aspiración es la entender la sociedad como un soberano proyecto educativo con un encargo nacional. Las páginas presentadas en esta entrega constituyen un testimonio sólido de tal afirmación.

El texto pertenece a la compilación de documentos intitulada *Por la Escuela cubana en Cuba Libre*. El volumen contiene todas las intervenciones –individuales y colectivas– que tuvieron lugar en ese patriótico evento convocado y liderado en 1941 por un gran cubano: el doctor Emilio Roig de Leuchsenring. Entre muchos participantes se hallan los doctores Fernando Ortiz, José Antonio Portuondo y Elías Entralgo.

La doctora Sarah Ysalgué de Massip fue miembro de la junta coordinadora de esta Asamblea que se llevó a cabo en una época en la cual la sociedad civil cubana dio muestras de conocer el manejo de los instrumentos para la articulación de la constitucionalidad republicana y la vigorización del sentimiento de identidad nacional en el pueblo llano.

**Discurso de la Dra. Sarah Ysalgué de Massip, profesora fundadora de la Escuela Normal de Matanzas, en “Por la Escuela cubana en Cuba Libre. Trabajos, acuerdos y adhesiones de una campaña cívica y cultural”, celebrado en La Habana, en el año 1941.**

Como profesora fundadora de las Escuelas Normales de Cuba, dedicada durante más de veinte y tres años a la tarea de preparar maestros, he creído que es mi deber tomar parte activa en este acto, que es el inicio de una campaña *Por la Escuela cubana en Cuba Libre* encaminada a fortalecer el sentimiento de nuestra nacionalidad en esta hora crítica del mundo, cuando los estercoleros de la traición y de los intereses creados como hongos monstruosos los Quislingos dispuestos a entregar la patria a cambio de ventajas personales.

Cuba aparece en el escenario de la vida internacional retrasada en tres cuartos de siglo respecto de sus hermanas del Continente. En este período, mientras un grupo heroico de cubanos luchaba por librar a su país de la explotación inicua a que lo tenía sometido la Metrópoli, otros cubanos, igno- rantes, se sometían voluntariamente, llenos de terror ante la idea de lo nuevo.

El desenlace del drama en Cuba estaba predeterminado de antemano por factores independientes de la acción de los que en él tomaban parte. La carga de fuerzas históricas acumulada durante lustros, se frustró por la influencia del factor geográfico, decisivo en toda la Historia de Cuba. La República nació debilitada por la intervención de fuerzas nuevas, cuya acción no había sido calculada de antemano y los gérmenes del coloniaje, aterrorizados durante la lucha, resurgieron dispuestos a recobrar el terreno perdido.

Labor sabia habría sido tratar de fortalecer entonces la naciente y endeble nacionalidad; pero la educación, instrumento excepcional para reafirmar la personalidad de los pueblos fue abandonada en gran parte a la incapacidad, o a manos extrañas, indiferentes o enemigas.

El estudio de la Geografía, de la Historia y de la Lengua se ha considerado siempre y en todas partes como el medio más poderoso de fortalecer la nacionalidad. El ejemplo de Alemania duele hoy en la carne viva del mundo. La enseñanza de la Historia exaltó de tal modo el sentimiento nacional de aquel país que hizo en pocos años de una nación-mosaico la orgullosa potencia del *Deutschland-berälles*. Con un suelo pobre y miserable, duro e infecundo hasta la mitad del siglo XIX, por estudio intenso de la Geografía aquel país ha aprendido a utilizar todas sus posibilidades convirtiéndose en una de las primeras potencias económicas del globo. ¿Y qué decir del estudio de la lengua? Los pueblos sojuzgados han conservado siempre en su idioma como la esencia espiritual de la nacionalidad y sobreviven mientras perdura su lengua.

En Cuba colonial, en todas las escuelas tenía que enseñarse la Geografía y la Historia de España, el Catecismo y la Lengua Castellana. En Cuba republicana, durante mucho tiempo sólo se enseñaron la Geografía y la Historia de Cuba en los primeros grados de la escuela primaria, y aunque se instituyó, muy tímidamente por cierto, en las Escuelas Normales, hasta ahora ni un solo adolescente cubano ha recibido un curso completo especial sobre la Geografía de su país. Y estas enseñanzas, creadas recientemente en la Universidad por un legislador que no debe ser olvidado, no son, sin embargo, obligatorias para los profesionales de la enseñanza, que no sólo han de enseñar ciencias o letras o métodos, sino que han de contribuir a moldear el alma de los adolescentes cubanos, mientras muchos de ellos pueden ignorar completamente nuestra Historia y desconocen los rasgos esenciales de nuestra Geografía.

Estos hechos, terriblemente impresionantes a poco que se reflexione sobre ellos, han creado un complejo de inferioridad nacional traducido en el apoliticismo o el intervencionismo en lo político; por el snobismo en la vida social; y por el sentido de provisionalidad y la corrupción administrativa reflejada en la frase tan usual del “albur de arranque”, es decir, del aprovechamiento antes de la liquidación final. Y en la educación, por idea subconsciente del cubano que quiere prepara a su hijo para que sobreviva al desplome, convirtiéndolo en un extranjero en su propia tierra. Somos libre sólo de nombre; no porque fuerzas externas amenacen nuestra nacionalidad, sino porque faltos de fe, eternos derrotistas, tenemos el espíritu en cadenas. Pero la patria aún no ha muerto. Está débil, sí, y por eso nos movilizamos. No es esta una campaña chauvinista ni excitadora de odios. Es justo anhelo de vivir, de ser. Nos levantamos para recoger el patrimonio legado por nuestros libertadores y consideramos al maestro cubano como nuevo *mambí* que ha de forjar el sentimiento de nuestra nacionalidad. Los pueblos, como los niños, necesitan *hacer* por sí mismos; equivocarse, caer y levantarse de nuevo; sólo la propia experiencia los hace fuertes. Por eso queremos una Escuela cubana en Cuba libre, escuela tan libre como se quiera en la adopción de métodos; polifacética y múltiple por sus enseñanzas; pero rígidamente vigilada para impedir que los niños cubanos, futuros ciudadanos, sean víctimas inocentes del egoísmo de ganapanes; y rígidamente controlada en cuanto a la formación del espíritu nacional...

Por José Martí

---

### **Páginas Revisitadas**

A cargo de Walter Espronceda Govantes

La legítima inminencia de la segunda gran asonada libertaria a cargo del mambisado es puesta en tela de juicio en una entrevista publicada por el periódico *The Evening Telegraph*, de Filadelfia. Ante la precariedad de semejante criterio, Martí realiza un balance del estado de la Isla de Cuba y de algunos de los colectivos sociales que entonces poblaban el país. Con esta defensa, Martí establece la altura cívica del ciudadano cubano próximo a protagonizar el nuevo levantamiento independentista y republicano.

### **El “Evening Telegraph” de Filadelfia. Una entrevista sobre Cuba**

Por José Martí

El “Evening Telegraph” de Filadelfia publica una alocada entrevista sobre cosas cubanas, a propósito de lo que un corresponsal le escribe de la Habana sobre anexión, en que se da a la Isla como muerta de ansias, del calcañal al cogote, por el beneficio de la unión en métodos políticos con un pueblo de antecedentes, naturaleza, clima y métodos políticos distintos, que ha manejado su propia república de modo que lleva en las entrañas todas las soberbias y peligros de la monarquía; se habla, con falta de hidalguía, de la dicha enorme de vivir sentado en la comodidad de New York contemplando la estatuilla de Bolívar; se cuentan, a modo de vieja amedrentadora, los cuentos terríficos de las graves heridas y miríficas hambres que pasarían los expedicionarios en Cuba; y se expresa, con rabia pueril, la cólera con que el hombre incapaz y soberbio ve la victoria de los ideales que no tiene la virtud de ayudar.

Y en los instantes mismos en que los jefes cubanos residentes en el extranjero, los generales y los subordinados de los distintos departamentos en las dos guerras, se reúnen por su voluntad, en una fiesta gloriosa en Key West, a declarar, por documento espontáneo dirigido al Delegado electo del Partido Revolucionario Cubano, a un Delegado que no pudo aún cargar armas, su adhesión al Partido que “tiene por objeto –según el artículo 3ro. de sus Bases– reunir los elementos de la revolución hoy existentes, y allegar, *sin compromisos inmorales con pueblo u hombre alguno*, cuantos elementos pueda, a fin de fundar en Cuba, *por una guerra de espíritu y métodos republicanos*, una nación capaz de asegurar la dicha durable de sus hijos”; en los momentos en que el Delegado electo por el sufragio de las emigraciones acaba de recorrer un Estado norteamericano, con el respeto entusiasta y expreso de sus autoridades y de sus hombres de influjo, en compañía de dos generales famosos de la guerra, y un periodista en cuya noble e indómita persona se representa la emigración que trabajó tanto el gobierno español por divorciar de la emigración donde reside el Delegado del Partido; en los momentos en que un caudillo ilustre, esperanza y guía de las armas cubanas, a quien la grandeza del corazón aconseja más alto que la pequeñez de los celos, dice que “quiere volar, para ayudar a esos hombres”; en los momentos verdaderamente sublimes, en que los hombres enteros deponen, ante la gran ocasión y la política viril y sincera, todas sus soberbias, todos sus cansancios, todas sus desconfianzas, -osa, el de la entrevista, mentir sobre “las querellas, los celos, las divisiones entre las fuerzas patrióticas de los Estados Unidos”, –asegurar, contra el admirable testimonio, que “nuestros

hombres son buenos, pero todos de mero impulso, y hombres sin fijeza”: ¡sin fijeza, los hombres que pelearon diez años sin sueldo; y luego otro sin sueldo; y luego han preferido el trabajo nómada e infeliz del extranjero a los provechos de la gloria arrepentida; y ahora, después de veinticuatro años todavía, dejando mujer e hijos y hacienda, “quieren volar, para ayudar a esos hombres!” –¡Por ahí anda un agujero de culebra!

El de la entrevista, con inexactitud patente, benévola exageración, e ira mezclada de un respeto sincero, que el aludido de seguro agradecerá, dice así, a propósito de un cubano algo conocido. “En él, al creer de muchos, tenemos una especie de Parneli. El es grande en otras cosas como orador y como poeta, y como literato en general; pero es excesivamente visionario. En catorce años de ausencia de Cuba no ha podido observar los cambios que en ella han tenido lugar. Es muy noble de parte de él consagrar su vida a la cultura y elevación del negro cubano; pero sería error suyo el favorecer el armamento de expediciones cuyo resultado no puede ser más que derramamiento inútil de sangre, y un régimen aún más terrible”.

De seguro que el cubano aludido sería menos de lo que es, y pecaría por ceguera e involuntaria traición, si en su pueblo varios factores, en vez de dedicarse a la mejora de todos ellos, y a crearles condiciones de vida equitativa y pacífica, se dedicara parcialmente a la cultura y elevación de uno de ellos. De seguro que, para demostrar que conoce muy de cerca los cambios que han tenido lugar en Cuba en estos catorce años, basta a ese cubano saber que el hombre de color en Cuba es ya ente de plena razón, que lee en su libro y se conoce la medida de la cintura; sin que necesite que del cielo blanco le caiga el maná culto, porque él se afina y levanta por sí propio, sino que los cubanos blancos, para evitar a la patria el malestar continuo que pudiera parar en parcialidad justificable, den, en la verdad de las costumbres –que es lo que hace a ese cubano algo conocido– el ejemplo de la igualdad que enseña a la naturaleza, confirma la vida virtuosa e inteligente del cubano de color, y sólo está hoy de disfraz en falsas leyes. Al que murió por mí, yo le digo: tú eres mi hermano. Al que viene de más abajo que yo, y sube por su inteligencia y por su honradez y por su abnegación tan alto como yo, yo le digo: tú eres mi hermano. En Cuba no hay que elevar al negro: que a prorrata, valgan verdades, tanto blanco necesita elevación como negros pudiesen necesitarla. En Cuba, por humanidad y precisión, hay que ser justo. ¡Saben tan poco de Cuba estos corresponsales que escriben de la Habana, sin conocimiento de las casas humildes, que se hermocean y crecen; de la pasión de la libertad, que acorta diferencias y pone el amor al derecho, y el cariño a los que lo defienden, por sobre el recuerdo del color; del respeto tierno y profundo del cubano blanco de la guerra a su fiel y heroico compañero negro; del bienestar notable, aunque inferior a su amor a la libertad, del liberto laboriosísimo de Oriente, pieza ayer de conuco, y hoy señor de su labranza, con su caballo de buen jaez, y su ropa bruñida, y la escuela montuna, pagada por aquellos africanos a porfía. ¿Ni qué saben, los que pasan la vida sombrereando al dueño, y sobornando a pícaros, entre cien mil ñañigos y cincuenta mil damiselas, y comandantes y alféreces de estrambote, qué saben de la rebelión sorda y enérgica entre la gente viril, callada y chispeante, de su propia ciudad; de la bravura y dolor de la isla entera, dormida sobre el filo del sable de la guardia civil, y sin maíz que comer ni café que beber, qué saben torpes e ingratos, de las tormentas que han desviado de sus cabezas en estos últimos años desde sus sillones cómodos de New York, los que no conocen los cambios que en estos catorce años han tenido lugar en Cuba; qué saben, los que ven el mundo con la frialdad del mármol que pisan, y la estrechez de los adornos calados de la barandilla del bufete de la sublime alma cubana, viril y piadosa, –del sublime espíritu del hombre, en que se funden todas las condiciones y colores, –del sublime africano de Key West, el maestro Miguel...: “Lo que el padre no puede volver a hacer, lo harán los tres hijos, y si no hacen los tres hijos lo que hizo su padre, no son mis hijos?” Acaso es lícito atreverse a asomar, con todo comedimiento, la respetuosa insinuación de que, en la hora de desorden político y miseria colérica de Cuba, pudieran el africano Miguel, y los tres hijos del africano Miguel, ser más útiles que los corresponsales, que cara a cara de la unión gloriosa de los elementos de la



revolución, mientan a sabiendas sobre su desunión, y los desacreditan ante el país cuyo respeto es indispensable para cualquiera de las soluciones de la patria. Pues, ¡bellacos!: si los cubanos que en la hora de crisis subieron a la cabeza del país activo sólo son hombres “de mero impulso”, hombres “sin fijeza”, hombres “de querellas, de celos y de divisiones” ¿qué estimación ni miramiento han de tener los Estados Unidos por un pueblo cuyos mismos naturales denuncian así, como ineptos y voltarios, a sus hombres representativos?

Y sobre el error que cometería el cubano conocido “favoreciendo el armamento de expediciones cuyo resultado no puede ser más que el derramamiento inútil de sangre, y un régimen aún más terrible”, es de lamentar que el opinante que intenta dar voto sobre los hechos y las personas de la emigración, los conozca tan pobremente que sepa que la historia política del cubano a que alude no tiene tema más vivo que su constante prédica de una organización revolucionaria que sustituyese la guerra fuerte y ordenada de acuerdo con la Isla, ya que es inevitable la guerra, a los esfuerzos personales, parciales y locales, insuficientes y funestos; –que no sepa que la actual organización revolucionaria, compuesta en gran parte de cubanos llegados de Cuba en estos últimos años, “que conocen los grandes cambios que en Cuba han tenido lugar”, es el resultado espontáneo y unánime en las emigraciones, sin cartilla ni bolivarada de nadie, de la convicción de la ineficacia de las expediciones sueltas, y de la necesidad y posibilidad de una guerra total y enérgica, con política amplia y justa, y con hacienda bastante; que no sepa que toda la emigración cubana, con tanto entusiasmo como en los días de Agramonte y Céspedes, y con más orden y experiencia, está hoy, sin excepción de un solo cuerpo o entidad revolucionaria, organizada en el Partido Revolucionario Cubano, el que en el artículo 2do. de sus Bases, propuestas por encargo de la emigración de Cayo Hueso, y proclamadas unánimemente por las emigraciones cubanas y puertorriqueñas el 10 de abril de 1892, dice así:

“Artículo 2. –El Partido Revolucionario Cubano no tiene por objeto precipita inconsiderablemente la guerra en Cuba, ni lanzar a toda costa al país a un movimiento mal dispuesto y discordante, sino ordenar, de acuerdo con cuantos elementos vivos y honrados se le unan, una guerra generosa y breve, encaminada a asegurar en la paz y el trabajo la felicidad de los habitantes de la Isla”.

Eso manda hacer el Partido Revolucionario Cubano; y como es de gentes honradas, eso se hace. Suele salirle a la política sus parricidas y ladrones, que se ponen de representantes del ideal que aborrecen, y con la autoridad y los recursos de él lo minan y descomponen, para ofrecer luego a un postor apetecible su cadáver. Como traidores se mirarían sin duda los representantes del Partido Revolucionario, y traidores serían, si de público, y por su código expreso, prometiesen al país “no precipitar inconsiderablemente la guerra en Cuba, ni lanzar a toda cosa al país a un movimiento mal dispuesto y discordante”, y en privado, con las fuerzas y el crédito obtenidos por esta declaración, preparasen el modo de “precipitar inconsiderablemente la guerra en Cuba”. No cabe la isla en un puño; ni las revoluciones son obra de joyería, que salen a hora fija, con todos sus tornos y lustres, del troquel del joyero; ni la guerra que la isla se diese, o decidiera ella precipitar, podría o debería dejarse sola, ni se quedaría sola. Mas la guerra que el Partido Revolucionario Cubano tiene el deber de encaminar el modo que se acomode a la realidad del país, y componga sus elementos a fin de que convivan en la guerra y después de ella en equidad y concordia, ésa no saldrá en diarios, ni se echará a la mar con bocinas, a que la traiga del narigón un barco ajeno, ni caerá en un rincón de monte, donde el enemigo preparado la acorrone, ni se alzarán hasta que no la aclamen y respeten los mismos que pudieran combatirla. De modo que cuando el opinante se entretenía en suponer que pudiera estarse favoreciendo en expediciones “cuyo resultado no puede ser más que el derramamiento inútil de sangre, y un régimen más terrible”, el periódico *Patria*, repitiendo las afirmaciones del Partido desde su aparición, y reasumiendo las declaraciones del Delegado del Partido en las ciudades mismas denunciadas como el sitio de la expedición, decía el día 6 de agosto:

“Pero esta curiosidad de que los vigilantes más celosos del porvenir de Cuba pudiesen ser, precisamente, lo que lo comprometiesen con una intentona parcial y gloriosa; esta maldad de que los que quieren ahorrar a Cuba dolores y sangre innecesarios fueran, precisamente, los que sin consejo ni derecho ni oportunidad abriesen a la loca las fuentes de sangre; esta nimiedad de que los que conocen hombre por hombre el país cubano, y saben cuán difícil es adelantar con alguna ventaja su composición, fueran, precisamente, los que, por un renombre histórico que ya no necesitan, o por una veleidad de gloria a que no tiene derecho un cubano honrado, precipitasen al país a la descomposición de que solos en el desconcierto político y en las varias formas de la cobardía patriótica, pretenden salvarlo; esta niñez de que los revolucionarios probados de Cuba, empeñados hoy en gran mayoría en la nueva revolución, arriesgaran su obra de conjunto, –la obra de fundar por una guerra imprescindible una república viable, –con la calaverada marcial, o la racha ambiciosa, de una expedición insuficiente y vocinglera, –sólo puede ocurrir, en verdad, aun buscapárrafos callejero de la prensa noticiosa, o a los agentes que España tiene a sueldo para levantarnos dificultades por el mundo, o a los cubanos culpables, en las cosas de la patria, de ceguera voluntaria o de candor supino”.

Pero, ¿a qué tomar, en verdad, tanto espacio para castigar esta entrevista? El *EveningTelegraph* la comienza diciendo que es de “un amigo fiel de España”.

Nota:

Publicado en el periódico *Patria* en 1893. Se ha respetado la gramática original.

Por Oscar Soto

---

Páginas Revisitadas

A cargo de Walter Espronceda Govantes

La cubanidad se asienta sobre la base del ser revolucionario. Ha sido necesaria la condición revolucionaria nacionalista y por ende patriótica para aspirar a la subversión del orden social y para acceder al aliento independentista de 1868 y 1895, respectivamente. Todo ello quiere decir que, probablemente, los cubanos estamos destinados a valorar la condición revolucionaria como una consustancialidad del sujeto social cubano.

Lo anterior consigue transparentarse en el texto de Oscar Soto, un revolucionario cabal de la guerra necesaria organizada por Martí. Esa magna vivencia le permite analizar las verdaderas identidades sociopolíticas que han evidenciado los puntos del comportamiento social en tiempos de insurgencia y por consiguiente de cambios. Este recordatorio, Soto tiene a bien realizarlo en su libro *El ABC de la Revolución en Cuba*, a propósito de la efervescencia revolucionaria de 1933.

### **Impulsores, opositores y mixtificadores de la revolución**

Por Oscar Soto

Desde los comienzos del siglo XIX, con algún arrastre de las postrimerías del XVIII, la humanidad viene agitándose en una intensísima y aguda inquietud revolucionaria, que propende a producir cambios en la organización política y social de las naciones; que ha tenido brotes periódicos en varias latitudes –con no pequeños intervalos de amodorramiento e inacción–; y que, por sobre los fracasos que experimenta en sus audaces acometidas de violencia –rebeldía creadora de desasosiego público, motines sangrientos y guerras civiles feroces–, va logrando modificaciones en la estructura de los pueblos y avances en ideas que a su nacimiento parecieron utópicas e irrealizables y que al presente sin haber perdido algunas su característica de utopías, van modelando fórmulas que caben dentro de la humana realidad conocida y en que el hombre ha logrado cómoda adaptación. En Cuba, desde mediados del pasado siglo, en diferentes y separados momentos, han encontrado campo de acción esos brotes, sin las ventajas que de ellos otros han obtenido.

Cuando la guerra de 1895 por la conquista de la independencia, algunos de los que oficiábamos –o simples comulgantes por ausencia de mejores aptitudes– en las luchas revolucionarias, creímos, al tomar parte en la contienda, y por impulso patriótico, que íbamos a ser actores de una revolución verdadera y completa. Sabíamos que los hombres de 1868 no habían sido, con sus naturales excepciones, cabalmente revolucionarios; pero Martí –revolucionario medular–, Máximo Gómez y Maceo nos hicieron comprender que no sólo íbamos a luchar por hacer a Cuba independiente, como deseaba la totalidad de los separatistas, que fueron mayoría apreciable en el Ejército Libertador –en el que militaban también no separatistas–, sino que había la necesidad de crear en ella una nación democrática y progresista, producto legítimo del esfuerzo iniciado. Y como hablaban en nombre y a favor de una revolución, que la generalidad creyó circunscrita a la guerra contra España para extinguir su dominio colonial, a ella nos acogimos con ardor, llenos de férvida fe y justificada esperanza. Sin embargo la forma de terminar la contienda; la de crear luego el gobierno propio; y la de

mantenerlo hasta el presente; amortiguaron esa fe y esa esperanza, dejándonos con el desconsuelo del fracaso y en el atolondramiento de la desorientación.

Lo ocurrido en los momentos presentes, en que una rebeldía enérgica mantenida largo tiempo dentro de dolorosas tribulaciones del espíritu, con el motín sangriento luchó para destruir una situación de gobierno que juzgó obstáculo al bienestar material y al preso moral del país, es idéntico a lo sucedido entonces, sin que varíe, ni por el uso inmoderado de la retórica ni por el tono fuerte de la propaganda, ni por las exaltadas y peligrosas actitudes de los combatientes sin combate, ni por el místico ardor de sus componentes. Y es porque la revolución no se encamina al triunfo con el solo deseo o el impulso violento o la voluntad acometedora de sus inspiradores y oficiantes, sino por la aceptación de todos aquellos a quienes ha de beneficiar y por la cooperación de los preparados para llevarla al éxito, que es, evidentemente, lo que le falta a la revolución en Cuba.

Tres grupos del núcleo social influyen en el desarrollo de la revolución, con posturas distintas. El genuinamente revolucionario, integrado siempre por pocos; el antirrevolucionario y contra-revolucionario que entre nosotros forma la mayoría. El revolucionario no hay porqué describirlo ni insistir sobre su silueta perfectamente destacada desde su inicio en la agitación y la lucha, a no ser para distinguirlo en sus dos aspectos, de exaltado, sujeto a inestabilidad y no exento de utilitarismo y de simulación; y de consciente, con perfiles apostólicos y permanente mantenedor de sus concepciones. El anti-revolucionario y contrarrevolucionario, que no siempre es el mismo, pero que acaba por serlo, tampoco hace falta estudiarlo en la forma en que actúa por ser claramente conocida en conducta y a propósito, aun cuando el revolucionario necesita observarlo en detalle para combatirlo. Queda el no-revolucionario, que es el grupo más importante, por constituir la mayoría, y ser, por lo mismo, factor preponderante y casi siempre decisivo en el resultado de la revolución. El antirrevolucionario y contrarrevolucionario es de tipo clásico tradicionalista, con arrastres de ancestralismo medieval; no se encuentra dentro de los misoneístas, como algunos pensadores han creído verlo, sino que los dominados por la fobia contra las renovaciones que modifiquen, en lo más insignificante, los sistemas en que naciera, y ha venido disfrutando de una felicidad condicional y acomodaticia. Los comunistas y los socialistas lo califican de burgués; y los primeros juzgan a todo burgués contrarrevolucionario, lo que constituye un error de clasificación, o una apreciación torpe, peligrosa y perjudicial a la revolución. El burgués, lo que la dialéctica para su comodidad y mayor comprensión llama burgués, no forma un tipo social único, como no es única la base económica que le sirve de asiento y existencia. De igual modo que hay burgueses contrarrevolucionarios hasta la suprema exageración los hay tímidos y prudentes, aspirantes de soluciones parciales, de modificaciones de fácil adaptabilidad al medio ambiente. Pero donde más y mejor alojado se encuentra el burgués es entre los no-revolucionarios, que es donde caben, en lógica clasificación, los revolucionarios tímidos.

Parece una sutileza la diferenciación entre anti-revolucionario o contrarrevolucionario, y no-revolucionario; y los luchadores exaltados y sin rumbo no la aceptan. Pero el juicio de esos exaltados no forma permanente ni sólida opinión. Ellos nunca han hecho la revolución. Han tomado parte en su formación e inicio, la han impulsado, pero al cabo han contribuido a detenerla, muchas veces a destruirla, deshonrada y envilecida, por haberla convertido en vehículo de odio, en maestra de impiedad y en instrumento de crueldad y crimen; entregándola, depauperada y vencida, en manos de los no-revolucionarios, que es donde se alberga el mimetista.

El más leal de los adversarios que tiene la revolución es el contrarrevolucionario. No la acepta, la odia, la persigue y la combate; cae a su frente, rendido, o la destruye; y no le concede beligerancia ni reconocimiento del derecho a existir, ni aun para recoger de ella experiencia y no provocarla.

El no-revolucionario, en cambio, la acepta sonriente; la halaga, la celebra en público, la justifica en sus actos y se suma hasta a sus más absurdas e ilógicas manifestaciones, para colocarse en su seno

sin comprometerse y obtener de ella el beneficio que persigue, siempre pequeño. Al revolucionario no le es tan fácil distinguir al no-revolucionario como al contrarrevolucionario; y de ahí el peligro a que le llevan las exaltaciones cuando lo dominan, convirtiéndolo en fácil instrumento. Y es porque el exaltado tampoco es un firme revolucionario, aunque él crea serlo.

Ese tipo de exaltación simulada está más cerca del no-revolucionario que del revolucionario; y como aquel puede en un momento dado sumarse a la contrarrevolución, como se unió a la revolución para medrar a su amparo, no es raro ni sorprendente encontrarse a estos místicos de la exaltación y de la violencia realizando actos y observando conducta totalmente distintos a sus actos y conducta anteriores.

Le he presentado ya, dentro de mi círculo de observación, a los impulsores, a los opositores y a los mixtificadores de la revolución. Sobre los dos primeros no hay que agregar nada nuevo, más que para sostener, repitiendo, que de unos y otros existen muy pocos entre nosotros. A los últimos, o los no-revolucionarios, será forzoso traerlos nuevamente a escena, cuando presentemos a los sostenedores de la revolución, entre los que también se mezclan, pero con el peligro de ser neutralizados y destruidos en un proceso por ellos inadvertido de confusión, u obligados a saltar al bando opuesto.

Por José Martí

---

### **Páginas Revisitadas**

A cargo de Walter Espronceda Govantes

En este artículo (publicado en la *Revista Universal*, de México, el 19 de agosto de 1876), Martí, a sus intensos 23 años de edad, se muestra tal cual sería por el resto de su corta existencia. El joven Martí ejerce el periodismo con la misión de mostrarse atento a todo cuanto sucede en la Cuba entonces beligerante al interior de sí misma –era el último tramo temporal de la Guerra de los Diez Años– y con absoluta convicción de que la práctica del periodismo es fundamental para emancipar la convicción individual del ser moderno.

El texto, breve y punzante, también le sirve a Martí para adelantar, desde la pasión ordenada por la sabiduría, su concepción de la “guerra justa o necesaria”, así como para apostillar que toda labor ingente de cambio es preciso gestionarla, al mismo tiempo, tanto en el terreno de la acción política concreta, como en el ámbito de la producción de lo simbólico: a no dudarlo, el espacio en el cual tienen lugar las grandes batallas por las memorias históricas. Por eso aquí está el Martí centinela de la vocación libertaria de los cubanos. Estas líneas, rebosantes de vivacidad, han cumplido recientemente 150 años; sirvan ahora para que cada conciencia redescubra la verdadera potencialidad del compromiso patrio.

### **Los cubanos en el centenario americano**

Por José Martí

Publicó el *Sun*, diario neoyorquino, y copió en México *La Colonia Española*, las líneas aparentemente desconsoladoras que siguen:

“Uno de los caracteres más notables de los discursos apoloéticos pronunciados en la celebración del Centenario, es el profundísimo silencio observado (en cuanto alcanzan los informes que tenemos) por todos nuestros oradores acerca de la lucha que está sosteniendo un pueblo vecino y que en sus causas, obstáculos, objeto y heroísmos es casi la exacta reproducción de la que el día 4 conmemorábamos. Ni un solo orador americano ha habido que, al elogiar el heroísmo de sus antecesores tuviera una palabra de simpatía que dedicar a la pobre Cuba. Si se levantaran de su tumba los padres de la patria, desde Washington hasta el último firmante de la declaración de independencia, ¿habría uno solo que no pusiera en duda el verdadero amor a la libertad de los mismos hombres que quienes ellos ganaron? No queremos averiguar la causa de esta apatía aparente; pero el hecho es digno de notarse.”

Hizo bien el periódico americano en atenuar su afirmación. El paréntesis: *en cuanto a los informes que tenemos*, salva al periódico de responsabilidad y quita al mismo tiempo a sus palabras la autoridad fatídica que le da el periódico español.

Será en cuanto a discursos la que el *Sun* quiera, y tal vez sea cierto lo que dice, porque el *Sun* suele mostrar cariños a los cubanos. Pero este silencio de los oradores americanos, dándolo por cierto, no desmiente el verdadero entusiasmo con que la bandera cubana fue vitoreada en la noche de la gran

procesión cívica del 4 de julio, ni niega un hecho innegable: los cubanos fueron invitados oficialmente por el comité americano que dirigió las fiestas, para tomar en ellas parte como agrupación colectiva.

Y así se hizo, según narran diarios de Nueva York que tenemos a la vista. De Masonic Hall salió la procesión cubana, compuesta de 600 cubanos divididos en secciones, llevando unos la bandera que enarboló en Cárdenas en 1850 el general Narciso López, aquel que era a par del infortunado Domingo León, una de las dos primeras lanzas de España; haciendo otros flotar al viento el enlutado pabellón que debió guiar a la victoria el generoso Bernabé Varona, en México conocido y muy amado, y empuñando un ciudadano negro la bandera del corsario *Hornet*.

Banderas, estandartes, transparentes y escudos animaban alternando aquella numerosa procesión, reunida, entiéndanlo bien los que no lo quieren entender –no por oficiosidad de los cubanos emigrados, anhelantes de su libertad, pero fieros y sufridos, sino por expresa y afectuosa convocatoria del comité encargado de las fiestas.

No aplausos, ovaciones recibían los atributos de la heroica Antilla por su largo tránsito: ¿qué menos merece la sangre que derrama con valor un pueblo libre, que los vítores de afecto y de amor de un pueblo hermano? Acallen el egoísmo y la prudencia las voces del amor en los gobiernos; mas ¿qué hijos de la misma opresión no se conmueven, y se reconocen a sí mismos y se enorgullecen en las glorias ajenas de sus propias glorias, sintiendo que refresca sus frentes el aire de honor que hace a su paso la enseña airosa de un pueblo enérgico y amado? Todo infortunio valeroso exige, si no el asentimiento, la admiración; si no el cariño a la idea, el respeto a los que la mantienen y enaltecen. ¿No fueran todos los que viven con sangre de España, tan fieles a la grandeza como el poeta de Trafalgar, la imprenta y Galileo? Se combate el pensamiento político; pero se admira lo admirable: ésta es una ley de la justicia y una obligación de la nobleza.

Estas líneas basten –que más fueran inoportunas– para que en México se sepa cómo fueron los cubanos de Nueva York oficialmente invitados por el comité de las fiestas para tomar parte en el solemne Centenario, y cómo la tomaron muy digna, muy entusiasta y muy lúcidamente.

Por Ignacio Agramonte y Loynaz

---

Páginas Revisitadas

A cargo de Walter Espronceda Govantes

Si de Céspedes, Martí enaltecía la pasión, de Agramonte colocaba en un sitio la virtud. Esa se ve nítidamente en esta carta que el Mayor General Ignacio Agramonte le envía a la Cámara de Representantes desde La Matilde, el 9 de octubre de 1869, para impugnar una circular cuyo objetivo era el de prohibir el consumo del periodismo español en la República en Armas.

El virtuoso Agramonte muestra en las líneas que siguen su irrefutable condición de hombre moderno y, por ende, culto: tocado, en primer lugar, por el torrente político y humanista de la Revolución francesa y después por el pulimento que le confirió a su personalidad política el estudio provechoso de la Licenciatura en Derecho en la Universidad de La Habana. En consecuencia, aquí se puede ver al patriota conocedor de la importancia que reviste la sabia generación de opinión pública para elevar la inteligencia de los colectivos sociales y para forjar la institucionalidad.

### **Carta a la Cámara de Representantes**

Por Ignacio Agramonte y Loynaz

Conciudadanos Representantes del Pueblo,

El Gobierno Supremo de la República con fecha 30 de septiembre último ha dirigido una circular a los Jefes del Ejército Libertador, que dice así:

(Se transcribe la circular del Secretario de la Guerra número 236 fecha 30 de septiembre de 1869, la cual no aparece reproducida en el texto que nos ocupa.)

Como ciudadano cubano haciendo uso del derecho que reconoce la ley fundamental de la República, acuso esa resolución ante la corporación que representa la voluntad del pueblo, de anticonstitucional, contraria a los principios que presiden a nuestro movimiento revolucionario e inconveniente a la par que ineficaz.

La constitución que hemos proclamado y que defendemos con nuestra sangre y a costa de tantos sacrificios, garantiza la libre emisión y el libre ejercicio del pensamiento y todos los derechos imprescriptibles del pueblo; y la disposición del Gobierno saltando por encima de la garantía constitucional lastima esos derechos, arrancando de nuestras manos los periódicos enemigos porque son veneno a que no se puede oponer el antídoto de refutaciones del Ejecutivo pues que este no tiene papel publicarlos, como si solo el Gobierno supiera discernir lo verdadero y lo falso, lo bueno y lo malo, como si solo en él residiera la ciencia, y el pueblo viviera en eterna infancia conforme a la doctrina que sirve al despotismo y que tan conocida nos es porque la oímos durante 4 siglos de boca de los opresores que combatimos. Ya pasaron para dicha nuestra y para bien del pueblo aquellos tiempos en que había cosas que no podían sernos conocidas, que no debían decírsenos que no debíamos oír. Bajo esa predicación constante de la prensa española que ahora se quiere alejar de nuestros oídos, nos levantamos para sacudir el yugo sin que nos alucinaran sus mentidas promesas ni sus considera-



ciones falaces y esa predicación continua, cuando ha llegado hasta nosotros, resonando en los bosques y en nuestros campamentos, solo ha servido para excitar nuestro desprecio hacia los contrarios para más inflamar nuestro entusiasmo y robustecer nuestro propósito de morir antes que volver a arrastrar las cadenas del esclavo.

También es inconstitucional la circular a que me refiero porque sale de la esfera de acción del Ejecutivo por su naturaleza y caso de que fuera sostenible correspondería dictarla al Legislativo.

El Gobierno debe gobernar, debe hacer ejecutar las leyes de la Cámara, pero el Gobierno no legisla o mejor dicho, no debe legislar. Si lo hace quebranta la ley fundamental de la República, trastorna todo el orden establecido; todo orden liberal para marchar por el sendero del absolutismo.

¿Qué mal ha producido hasta ahora en nuestro ánimo la lectura de los periódicos españoles? Acaso no han sido ellos, los que diariamente nos dan a conocer las simpatías ( ) de la prensa extranjera por las probabilidades de un pronto reconocimiento para la Gran República Americana, la retención en ella de las cañoneras españolas y otras mil noticias del exterior? ¿Acaso no son ellos los que nos hacen saber los importantes esfuerzos del enemigo para ahogar el poderoso movimiento de la libertad; los que más sirven para desprestigiar al enemigo cuando sus noticias y sus quijotescas declamaciones se comparan con la realidad de los hechos y los que nos pintan su rabiosa desesperación, el hombre y las crisis de las poblaciones en que viven encerrados?

O es que todo esto no nos interesa y debe solo llegar a conocimiento del gobierno porque a nosotros nos hace daño, o solo debemos saberlo por medio de él, para que él nos pinte los hechos a su antojo y llegue el caso de que nada le creamos. No; lo que hace daño al pueblo no es la luz sino la oscuridad, la ignorancia y el engaño: todas las aseveraciones del Gobierno no pondrían en medio de nuestra carencia de recursos convencernos de nuestro poder y de nuestras fuerzas, como un número cualquiera del “Diario de la Marina” o de “La Voz de Cuba”.

Sin embargo, nuestro Gobierno sabio, paternal, no quiere que leamos esos papeles sin la *correspondiente refutación* del Ciudadano Secretario de la Guerra como se ve en la regla 2, esto es sin llevar la antorcha de su inteligencia y de su ilustración a las tinieblas que envuelven nuestra inteligencia porque parece que se ha heredado de los déspotas la máxima de que el pueblo se engaña fácilmente y se extravía con discursos y artículos de periódicos.

¿Quién de nosotros al encontrar un periódico español hoy, no corre presuroso a devorar sus páginas ávidos de noticias del enemigo porque nos convienen para mejor hacerle la guerra y palpitando el corazón de entusiasmo patriótico, adivinando en sus partes sus reveses, y entregarnos a nuestra burla sus mentidos triunfos? ¡Pues bien, quien tal hiciere en lo sucesivo, quien arrastrado por su laudable entusiasmo llamare al hermano para compartir esos sentimientos y esos regocijos, admitiese la ilustrada Cámara! Será juzgado como traidor y como agente del gobierno español. Esto es un absurdo; pero escrito está en la regla 3ra.

Ya no es traidor el que traiciona, el que vende la patria: ya no es agente del gobierno español el que gestiona a favor de este, sino cualquiera de nosotros que oculte o circule un periódico español, aunque fuese el que anunciara que España se había hundido en el Océano, porque así se le antoja declararlo al Secretario de la Guerra.

Yo me atrevo a asegurar que tal disposición no será obedecida, que no encontrará apoyo en la opinión pública; que ningún tribunal de la República aplicará ese artículo 3ro. porque tal suerte cabe a las disposiciones injustas y absurdas.

¿Cuándo han dejado de leerse los libros y papeles prohibidos? ¿Cuándo las prohibiciones han dejado de aumentar su encanto? Siempre estas han sido ineficaces. ¿Y será posible que en medio de la guerra y de la efervescencia de las pasiones políticas, sea eficaz una disposición que prohíbe la lectura de los periódicos enemigos que dan a conocer o dejan comprender todas las circunstancias de este?

Considérese como se quiera la disposición del Gobierno: es absurda e insostenible en todos los sentidos: ineficaz e inconveniente, en el terreno práctico; injusta, antifilosófica y anti-política en el especulativo y en el terreno constitucional doblemente ilegal porque presenta el fenómeno del Ejecutivo legislando, y porque conculca los derechos imprescriptibles de los hombres.

Por eso presuroso he venido a pedir como pido a la Cámara de Representantes, su condenación en el orden legal, esperando que se sirva disponer lo conveniente para que no se cumpla; así lleno yo un deber que me imponen la conciencia y la patria a la vez.

La Matilde, Octubre 9 de 1869.

## **Páginas Revisitadas**

A cargo de Walter Espronceda Govantes

En Martí la vocación de periodista llegó a concretarse en la práctica del corresponsal. Y puede que lo hubiese decidido dada su condición de revolucionario itinerante en su etapa de preparación de la Guerra Necesaria. Esa observación, es justo reconocerlo, pertenece al ensayista cubano Ramón Becali en su libro *Martí corresponsal* (1976), que tan maravillosos elogios ganó de parte de Cintio Vitier.

Martí escribe para varios periódicos y lo hace en plena condición de observador: en actitud de vigilia ante las repercusiones que podía y debía generar la apuesta de los cubanos separatistas por una Cuba independiente, soberana y fundada a la manera de las repúblicas modernas. Este breve comentario Martí lo publicó en la *Revista Universal*, de México, el 11 de mayo de 1875.

## **Independencia de Cuba**

Por José Martí

Guatemala ha reconocido la independencia de Cuba: he aquí el decreto:

Decreto número 138

J. Rufino Barrios, General de División y Presidente de la República de Guatemala.

Considerando: Que desde el día 10 de octubre de 1868, el pueblo de Cuba declaró su independencia de la Metrópoli española y se constituyó en República soberana:

Que desde esa fecha hasta el presente, ha demostrado tener sobrados elementos para luchar contra el poder español que en vano se empeña en sojuzgarlo:

Que la causa de la independencia de Cuba es evidentemente justa, porque todo pueblo tiene el derecho de constituirse en una nacionalidad, siempre que posea los medios de mantener su autonomía:

Que en esta virtud, el pueblo cubano ejercita hoy los mismos derechos que las colonias de América cuando se declararon independientes, lo que hace que la noble causa de aquel pueblo sea vista por las Repúblicas del Nuevo Mundo como propia y de un carácter eminentemente americano; y

Que por lo tanto, el Gobierno de Guatemala desea dar una prueba de la simpatía que abriga por Cuba y de que reconoce la justicia y el derecho que asisten a ese pueblo heroico que tiene su mismo origen, y cuyo Gobierno, legítimamente constituido, le ha abierto sus amistosas relaciones –decreta:

Art. 1ro. La República de Guatemala reconoce a la República cubana, como nación libre, soberana e independiente.

Art. 2do. En consecuencia, el Gobierno de Guatemala, abrirá y cultivará con el de Cuba relaciones oficiales.

Dado en el Palacio Nacional de Guatemala, a seis de abril de mil ochocientos setenta y cinco. J. Rufino Barrios. El Secretario de Relaciones Exteriores e Instrucción Pública, Marcos A. Soto.

Y que por disposición del Señor General Presidente, se imprime y publica. Guatemala, abril 6 de 1875. Soto.

No nos toca a nosotros excitar la opinión pública en un punto que fuera mengua que hubiese menester excitación.

En aquel pueblo no mueren los mártires, son para que mártires nuevos comiencen a nacer.

Todos los pueblos que sufrieron la dominación española; todos los pueblos que se alzaron contra ella; todos los países que conquistaron ya su independencia de la nación opresora e inhábil, los mismos males sufrieron, las mismas lágrimas lloraron, devoraron las mismas vergüenzas, y con sangre de sus hijos escribieron la misma santa historia que con sangre de los suyos escribe Cuba ahora.

Y porque conseguimos la justicia, ¿dejará ya para los pueblos hermanos de ser justa? Y porque cumplimos el deber, ¿no hemos de respetarlo y declararlo cumplido en los que están realizándolo ahora? Y, ¿el heroísmo no merece admiración, sino en tanto que nosotros estamos siendo héroes?

Guatemala ha sido lógica con su historia pasada; su conducta honrada y franca merece calurosa felicitación.

El reconocimiento de la independencia de Cuba no significa el odio a España: no debemos decir nosotros que la tardanza en reconocer –siquiera su derecho de luchar– pudiera parecer demora, por lo indiferente y tibia condenable.

La independencia de Cuba es justa, porque fue justa la independencia mexicana. La verdad no se razona; se reconoce, se siente y se ama.

Vana fuera aquí toda declamación innecesaria. Guatemala ha cumplido un deber; felicitemos y respetemos la conducta de la República vecina.

## **Páginas Revisitadas**

A cargo de Walter Espronceda Govantes

¿Cuál fue el rol que asumió la prensa cubana independentista en el proceso de formación de la identidad nacional? En el texto que sigue el ensayista Ramón Becali maneja con certeza la hipótesis del encargo social que asumió la prensa en la fundamentación y la divulgación del sentimiento patrio y por ende en la interpretación de la identidad nacional cubana. Si bien le asisten sobradas razones, al mismo tiempo pudiera objetársele la radicalidad con la cual asevera que la prensa, por extensión, también fue la primera en colocar el sentimiento patrio en el camino de la revolución.

En la historia de la emancipación de la identidad nacional cubana, pero con absoluta decisión de transitar por el sendero del separatismo, la investigación social tendrá que discernir si fue realmente la prensa la adelantada, o si tal reconocimiento lo merece la educación; no precisamente la pública sino la privada, la cual asumió, con júbilo encendido, la formación en valores patrios de los adolescentes que, transcurridos unos años, serían los líderes de la avanzada por la voluntad del deber ser cubano. En esa gestión educadora en valores sobresalen los nombres de José de la Luz y Caballero, y Rafael María de Mendive, por citar dos ejemplos. Ambos intelectuales eran maestros en colegios privados.

Pero el texto de Becali arroja muy buenas pistas para el estudio de los vínculos de la prensa con el pueblo, así como en torno a la práctica periodística de Martí exclusivamente como corresponsal. Todo lo anterior, Becali lo resuelve con una prosa refinada y por consiguiente vigorosa. Para Ramón Becali, este recuerdo de salutación a través de un breve fragmento del ensayo en forma de libro *Martí corresponsal* (Editorial Orbe, La Habana, 1976).

## **La prensa en el proceso histórico**

Por Ramón Becali

El proceso histórico de Cuba en el siglo XVIII hasta las postrimerías del XIX demuestra, de manera fehaciente, el natural y espontáneo enlace de la prensa con el pueblo. Raíz viva, vitalmente necesaria, la prensa dirige, organiza, difunde y eleva el pensamiento.

El periodismo expresó, desde sus inicios, las ansias populares frente a una colonia que no intentaba siquiera romper los diques, ni de la tiranía política ni de la esclavitud religiosa. A su modo, y dentro de los límites de sus posibilidades históricas, la prensa fue vehículo de las peripecias y sacrificios de un drama de la vida cubana en que el pueblo sentía íntimamente la indiferente y maliciosa lentitud que procuraban los dominadores oponer al desarrollo intelectual y al vasto campo de la emancipación y de las libertades públicas. E hizo más: dio nacimiento a la idea y emoción de patria. Las grandes ideas históricas rara vez le nacen a un pueblo maduras. Se ven precedidas de ciertas oscuras palpaciones en que lo individual comienza ya a tornarse colectivo. Entonces, la patria no existía como objeto de ideales cívicos. Quien concentró la idea de su propia personalidad, de su propio valor e inició ese movimiento ideológico en Cuba fue la prensa. Antes de ese descubrimiento todo fue vegetar, sin proa ni porvenir. Éramos una visión, con el pecho de atleta, las manos de petimetre y la

frente de niño. Éramos una máscara, los calzones de Inglaterra, el chaleco parisiense, el chaquetón de Norteamérica y la montera de España, afirmarí­a José Martí.

Cuando don Luis de las Casas asume el mando de la Isla e invoca la palabra patria alude a España, al monarca como personificación ideal. Cuando Cuba comprende que su destino podía y debía ser distinto al de España, certifica su mayoría de edad, nace la patria. Ese alumbramiento lo gestó el periodismo, aunque la idea encuentra ya en nuestro suelo una expresión rudimentaria, inconsciente de sus propias implicaciones y promesas, realidades y compromisos, tan atrás como a comienzos del siglo XVII, cuando el sentimiento de lo criollo apunta débilmente, en forma documental. Un vate casuista, un tal Pedro de la Torre Sifontes, dedica a Silvestre de Balboa su *soneto criollo de la tierra*, y es casi seguro que esa es la primera vez que el adjetivo aparece en nuestras letras. Y el mismo *Espejo de paciencia*, ¿no es la manifestación primigenia del espíritu patrio?

En la época de la factoría, cuyo eje es el puerto habanero, la prensa llamó a toda Cuba La Habana: era el concepto de *ius sanguis* aplicado en su dimensión material más amplia. Más tarde, los periódicos se referían a la Isla, luego al país. Y paulatinamente, la imagen comienza a cobrar dimensión moral: el ámbito insular se les representa los criollos no sólo como territorio físico, sino como escenario de su linaje humano, ya peculiarizado por la mano del periodista. En la más antigua de nuestras publicaciones, el *Papel Periódico*, en 1770, hallamos por primera vez, en letra de molde, el nombre de patria, aunque como ya hemos señalado su simbología distaba mucho de la concepción jurídica. Justificando su aparición, el *Papel* decía en su prospecto:

*Havana* tú eres nuestro amor, tú eres nuestro Ático: esto te escribimos no por sobra de ocio, *más por un exceso de patriotismo*.

El concepto de patria, pues, quedó aclarado, definido, en la prensa. Y fue ella la que se encargó de estimular la opinión pública a defender sus intereses y la puso, más tarde, en el camino de la revolución. Se comienza a sentir la patria como la tierra de nuestros padres, como el lugar donde se deslizaron nuestros años iniciales. Es el concepto de una tradición social incipiente: *Semtime fue y crisol comienza a ser*.

En los orígenes de la nacionalidad cubana se observa un marcado individualismo, así como el brote de sentimientos, actitudes y realizaciones de tipo regionalista. La cultura, agitada por la intervención clerical y su influjo y tutela oficial, se volcaban en un dominio más general de criollez aristocratizada. Florecen, pues, la nacionalidad y la cultura, según los moldes de la época, las del despotismo ilustrado, junto al crecimiento de la economía política, con una preocupación popular y ya frente al maquinismo puesto en práctica en Inglaterra y dispuesto a difundirse por todo el orbe. En esa modernidad dieciochesca el periodismo cubano era el que preparaba el camino, el que orientaba las nuevas ideas y profundizaba los nuevos hechos.

Es axiomático que solamente contribuyen al superior destino de un pueblo los hombres y los grupos que mantienen actitud o desenvuelven una acción política ostensible. Si éstos manejan, al mismo tiempo, la pluma, se acercan al pueblo y popularizan sus ideas, el éxito es fulminante. Un periodista o un novelista son a veces más profundamente eficaces que el mejor de los guerreros.

Ser libre para poder avanzar por la vía del progreso indefinido de la humanidad, postulaba el pensamiento del pasado siglo, y los cubanos mejores de entonces, entre ellos los periodistas, hicieron suyo ese lema, y no sólo fue para ellos verdad defendida con ardor y sin reparos, sino que, por obra de la misteriosa y sorprendente afinidad electiva del espíritu colectivo, supieron transformarlo en sentimiento profundo capaz de animar y sostener una voluntariosa decisión de lucha por convertir en realidad aquellos ideales. De esta guisa, el ideal de patria libertad en ingenua y audaz plenitud,

polarizó y dio sentido a todas las fuerzas de nuestro proceso histórico. Por eso, relacionada siempre de alguna manera con el gran motivo romántico de patria y con el sagrado de libertad, el periodismo cubano, en cuanto a expresión directa o indirecta del movimiento, tiene que insertarse en una escala ascendente de valores que parte casi desde el primer *Papel*.

El primer periódico de Martí, estudiantil y manuscrito, fue *El Siboney*. Lo titula así, siendo un niño, porque sabe que fue uno de sus más remotos habitantes, y que fue Hatuey, un indio, el primer rebelde y el primer mártir. En 1869, en *El Diablo Cojuelo*, revela sus propósitos separatistas y sus anhelos de precursor. Y en su *Patria Libre*, como si fuera poco el rótulo, publica *Abdala*, todo un reto revolucionario. También en ésta, una de sus primeras salidas a la palestra, se refiere a la patria, pero ya el concepto va adquiriendo una madurez política: *La palabra patria pierde para nosotros toda significación desde el momento en que no encontramos en ella amor, libertad, fraternidad*.

Estas explosiones de entusiasmo y fiebre revolucionaria fueron posibles sólo al amparo de la efímera y cacareada ley de imprenta (99 periódicos se imprimieron bajo la euforia popular) que pronto tuvo su apéndice sancionando supuestos delitos de prensa, más tarde su censura y luego la represión más encarnizada. Desde entonces, la necesidad de encubrir la protesta y el requerimiento revolucionario siquiera en imágenes, hizo que el periodista tomara afición a la particular aptitud para la expresión indirecta, adoptándose el símbolo o la alegoría como norma y evasión. Santacilia, Luaces en las desgarradas Judea, Grecia y Nubia, invocaron las libertades cubanas.

Por estos caminos, en un tono de elegía o de himno, entre impresionantes referencias o esperanzadas premoniciones, el periodismo cubano alcanza notables realizaciones.

El 23 de octubre de 1869, Martí publica en *La Patria Libre* su grito de guerra: *Abdala* que representa a Cuba (en la Nubia invadida):

*Ni laurel ni coronas necesita*

*Quien respira valor. Pues amenazaos*

*A Nubia libre, y un tirano quiere*

*Rendirla a su dominio vil esclava...*

Los periodistas cubanos del pasado siglo fueron maestros en atravesar las redes de la censura roedora con las artes del soslayo y la sutileza. Los criollos pronto aprendieron a leer entre líneas. En la edición del periódico *El País* del 15 de noviembre de 1868, Rafael María Merchán publicaba un artículo titulado *Laboremus*. En párrafos de elevada y brillante síntesis periodística se escondía una bella meditación filosófica sobre la necesidad –demostrada a través de la historia– de pasar estoicamente por la lucha y el sacrificio para alcanzar la libertad.

El periodista comienza por rendir apología al sufrimiento que conduce el progreso humano: “No hay progreso sin fatiga. Sin lucha no hay victoria”, proclama en un momento crucial, en el instante mismo en que Céspedes se lanza a la guerra. Y resume la gravedad del acontecimiento: “No podemos convidar a nadie más que para una mesa de dolor.” Y cuando expresa la esperanza: “Somos bastante osados y bastante decididos para creer que la humanidad ha de ser feliz aun a despecho suyo”, las masas populares advierten de inmediato lo que había de alusión al caso nacional. Y en donde se agregaba “y que un solo hombre basta a veces para precipitarla al cumplimiento de su destino, haciéndola sonreír de satisfacción y de gloria aún a costa de su último suspiro”, se entreveía la sombra de Céspedes, de pie en la Demajagua, dando la libertad a los esclavos e iniciando la guerra necesaria.

Otro periodista que se acogía al método fue Enrique José Varona, Director de *La Revolución Cubana*. En una conferencia que pronuncia en el club la *Caridad del Cerro* intitulada *El poeta anónimo de Polonia*, sus ojos se vuelven a un país distante que presentaba uno de los cuadros más lúgubres de la historia, y entre la emoción del tribuno y lo cercano de la tragedia, el paralelo es apasionante, revelador. Al final, Varona retrata a una ciudad llena de cadáveres y a los patriotas sobrevivientes contestando a alguien que les pregunta: ¿Qué queréis? Y ellos al unísono: ¡Patria!



### **Páginas Revisitadas**

A cargo de Walter Espronceda Govantes

Las páginas que siguen son un fragmento del Capítulo I del libro *Tomás Romay y el origen de la ciencia en Cuba* (editado por la Academia de Ciencias –Museo Histórico de las Ciencias Médicas “Carlos J. Finlay”. La Habana, 1964), cuya autoría es de José López Sánchez, profesor de Historia de la Medicina cuando todavía esta carrera era extendida por la Universidad de La Habana.

El texto de López Sánchez brilla por dos rasgos palmarios: la vocación patriótica y el refinamiento. Así, el talante del doctor López Sánchez deja apreciar el constante apego a la tradición humanista –y por tanto moderna– que inauguraron los criollos que después la historia de Cuba ha reconocido como la primera generación de plantacionistas. El patriotismo viene porque tal generación es la que origina, funda y ensaya la posibilidad de pensar en cubano. El refinamiento se constituye en el vigor de una prosa amplia y en consecuencia fluida: digna de la multidimensionalidad vibrante en la formación intelectual de los profesionales de las ciencias exactas antes de que el positivismo (en su vertiente de la crisis de los paradigmas) se bifurcara en el camino de la ciencia y venciera en el empeño de seccionar, con talanqueras, la investigación científica para llevarla sesgadamente de la universalidad del conocimiento a los compartimentos estancos de las ciencias exactas, y las ciencias sociales y humanísticas, respectivamente, aun cuando el panorama es todavía más preocupante, pues las ciencias sociales exhiben disciplinas sostenidas más rabiosamente a ultranza. De ahí que el texto del médico López Sánchez pueda apreciarse hoy como una invitación a valorar la educación humanista en la enseñanza profesional dentro de las ciencias exactas.

### **Escenario histórico**

Por José López Sánchez

La vida de un hombre que se afana por alcanzar un siglo de existencia es siempre difícil de enmarcar en la historia de un país que, como Cuba, necesita pugnar a saltos su progreso. Y si esta vida coincide históricamente con una época de sustancial transformación, de surgimientos de nuevos modos de vivir, de relacionarse y de pensar, el propósito se hace ímprobo.

Después de más de dos siglos de colonización, la Isla permanecía apartada de la civilización y el progreso de su tiempo y su pueblo sumido en la ignorancia y la miseria. El sistema económico imperante era el comercio monopolista, y el de producción el esclavista. La Habana podía comerciar con un solo puerto de la Metrópoli, el de Cádiz, que la abastecía de todo lo que debía consumir, esmerándose aquélla por no permitir que llegaran ni los rudimentarios elementos de instrucción y cultura. Por otra parte, ¿qué falta hacía, si la existencia insular se reducía a un grupo de españoles que había sentado sus plantas sobre esta tierra sin otras preocupaciones que criar ganados, vender mercaderías, y de vez en cuando defenderse de la rapacidad de piratas y filibusteros, que la asaltaban en busca de fácil botín?

Arduo es precisar en qué momento de la historia comienza a surgir una necesidad nueva, de modo igual a como resulta difícil determinar en qué instante adviene el día, en el lapso que transcurre entre

la salida del sol y el momento mismo que sus haces luminosos se hacen realmente visibles a los hombres. Todos los fenómenos naturales y sociales transcurren en insensible y oculta acumulación, hasta que un cambio brusco nos los revela, produciéndonos la conciencia de lo evidente. Se crece hasta un instante en que la suma de partículas da lugar a una forma nueva y distinta. Así en el recóndito substrato de la vida social, se están operando constantemente cambios tan pequeños que escapan a nuestra percepción. Pero llega el momento en que estas transformaciones adquieren fuerza objetiva, y se hace consciente la aparición de una situación diferente, que reclama y hace imperiosos nuevos aportes en la vida económica, social, política y cultural de la nación.

El factor desencadenante, para que el fenómeno se opere, va a ser para la Isla, en este caso, la conquista y toma de La Habana por los ingleses, que a juicio de todos los autores, hace despertar a lo Colonia del letargo en que estaba sumergida y le ofrece la oportunidad de mostrar ante España cuál puede ser su valor real, tanto desde el punto de vista económico como del militar.

La ocupación inglesa motivó dos hechos importantes para la creación de nuevas condiciones objetivas entre los habitantes de la Isla. El primero, que al obligar a tomar las armas a los residentes, para defender este suelo como suyo, de una agresión extranjera, despertó un espíritu patriótico que fue un factor más en la modelación del sentimiento de la nacionalidad. El otro, fue la revelación de que no era, ni tenía por qué ser, una forma permanente de relación comercial el sistema monopolista que imponía la Metrópoli, y que por el contrario, había un modelo superior que era el comercio libre, cuyos beneficios habían podido disfrutar ampliamente las clases productoras insulares.

De ahí que pueda afirmarse que si bien la ocupación inglesa no determinó ningún cambio sustancial en el régimen social de la Isla, es indudable que dejó impresadas huellas indelebles en la conciencia de sus habitantes, pues siempre es revolucionario recibir el aporte extraño de una concepción social superior, más aún, si tiene lugar en un ambiente propicio, gestante ya de nuevas formaciones sociales.

A impulsos de este fenómeno van a acelerarse y profundizarse las transformaciones en las relaciones sociales y a madurar las características para forjar la nacionalidad, la cual cristaliza en la integración de sus diversos factores, a fines del siglo XVIII y principios del XIX. Es en este período que vemos aflorar en los hombres más representativos en la economía del país, una actitud que traduce una rebeldía, aún no consciente, contra la imposición de Espada. Esta rebeldía va a manifestarse con rasgos propios y afilados, peculiares y diferenciados, en un impulso de independencia contra el tutelaje español en su formación cultural y científica. Es una fuerza inconsciente que, nacida del desarrollo de las fuerzas productivas, vivifica los quereres del grupo social que va madurando en nación.

En ese tiempo empiezan a surgir también modalidades nuevas de expresión, que se diferencian y apartan de los tradicionales moldes hispánicos. El lenguaje se hace crítico en el fondo, aunque lírico en la forma, y sutilmente se enfatiza lo propio o lo que se desea reformar; surgen la polémica y el deseo de instruir e instruirse en ciencias, filosofía, economía y bellas artes.

Los elementos nacionales que potencialmente viven ocultos a la angustiosa y anhelante vista de los nacidos en esta tierra insular, pronto se materializarán por la acción de las fuerzas sociales que entran en juego en instrumentos apropiados para la realización de las ansias nacionales que bullen con forma más o menos definida, en la conciencia de la sociedad cubana. A impulsos de iniciativas fecundas e imperiosas, se producirá un reagrupamiento de los hombres que interpretan mejor estas aspiraciones. Cada uno de ellos aportará en la gran obra de todos, la fuerza de su intelecto y capacidad de acción.

Para comprender bien el proceso de integración nacional que ellos deberán dirigir y que dará forma y colorido a su quehacer, es preciso reseñar en rasgos gruesos, pero claros, cómo se produce la incorporación de estos individuos en el complejo proceso social de la época.

El amanecer de nuestra vida como nación se vio envuelto en las resplandecientes luces del siglo XVI-II. El movimiento de este siglo nos impulsó como a frágil barco a navegar en las encrespadas olas de un mar sacudido por poderosas y gigantescas fuerzas sociales. Él nos traerá la llamada convulsio-nante de la Revolución Francesa, en su radiante ocaso, con sus reclamos de un vivir más humano; pero estos resplandores no podrán ser captados por las pupilas infantiles de los cubanos. No obstante, transmitió a ellos una parpadeante inquietud, semejante al joven arbusto que sacudido por la brisa lleva su estremecimiento sólo a las raíces más altas, las que están a flor de tierra. Así el mensaje llegó a las personalidades del grupo oligárquico en forma de un murmullo que percibieron, pero sin conciencia de la plenitud de su significado. Coincidiendo en el tiempo con este gran acontecimiento, tendrá lugar en la Isla “el advenimiento de uno de los mandos más felices de la Gran Antilla”, según el historiador Pezuela, y para mejor resaltar el contraste advertirá con proclividad “cuando por ningún rincón de la atmósfera asomaban anuncios de buen tiempo”.

¡Suerte que esta coincidencia histórica se produjera! La Metrópoli y la Colonia no estaban en condiciones para absorber el ejemplo, pero no pudieron sustraerse al influjo de estas ideas que iluminaban el espíritu humano. El pensamiento social a partir de esta coyuntura, tanto en lo universal como en lo nacional, asumirá una forma sistemática de expresión: los derechos de los hombres y la garantía de la propiedad privada de los medios de producción.

La Isla verá alzarse, como fuerza histórica de insospechada vitalidad, a un grupo económico integrado en su mayoría por una semiaristocrática casta de cubanos ricos, propietarios principalmente de ingenios azucareros, los hacendados, que han desplazado en sórdida lucha por la hegemonía económica a sus antiguos competidores de otros tiempos, ganaderos y vegueros. Los hacendados azucareros se han enriquecido a costa del comercio exportador y la compra-venta de esclavos; y en ostensible alarde manifestarán sus apetencias, plenamente convencidos de que un emporio de riquezas les provendrá si logran imponer y mantener un sistema liberal de comercio y liquidar las trabas del régimen colonialista feudal que dificulta su desarrollo interno. Su aspiración inmediata es asegurar la oportunidad de comerciar con todos los puertos extranjeros para hacerles llegar azúcar, mieles y aguardientes.

Este grupo dará origen a una clase social: la burguesía cubana. En esta etapa predomina la manufactura de materias primas como forma de producción, lo que significa que esta clase está aún en proceso de formación y por consiguiente no ha adquirido conciencia plena de su papel histórico en la sociedad. Es una clase débil, poco segura de su fuerza, que tratará de fortalecer sus posiciones recurriendo a compromisos con las instituciones políticas de la Metrópoli y también con la Iglesia, con vista a lograr, en lo fundamental, una acumulación de riquezas y propiedades.

Aguijoneada por esta ansia de lucro y espoleada por la posterior competencia extranjera, esta clase se verá urgida en fomentar un movimiento de superación cultural, dirigido en lo esencial, a implantar la instrucción a todos los niveles y el estudio de las ciencias naturales como base para hacer progresar la agricultura y la industria, adelantos que si interesaban poco a la Metrópoli y a los comerciantes peninsulares importados, sí necesitaban mucho los productores cubanos para así poder obtener mayor rendimiento de las tierras y más producción en sus manufacturas. Impelida por esta necesidad la burguesía cubana asume con firmeza la dirección de este movimiento para encauzarlo hacia la satisfacción de sus intereses vitales, que en este período se identifica con los generales del país, en tanto constituye y representa la formación social más avanzada y por tanto en capacidad de derrocar los viejos moldes factoriles e ir integrando la nación.

Así, pues, como indeclinable necesidad dialéctica se manifiesta el anhelo de crear un clima apropiado de mayor libertad; una mayor y más urgente necesidad de comunicación e intercambio de ideas y proyectos, y una más amplia difusión de la enseñanza, en la que se incluya el estudio de aquellas ciencias tales como la botánica, la química y otras que más directa aplicación tengan con la siembra de la caña y la obtención de azúcar.

La ocurrencia de factores para el surgimiento de una nueva situación económica y social en la Isla, se propicia durante el gobierno de Don Luis de las Casas Arragorri, en el año 1790, quien al decir de O'Farrill, fue “el mejor agente de las pretensiones de los habaneros”. Además, el desarrollo y progreso de orden interno se verá favorecido, y en cierta forma promovido por las condiciones exteriores y generales, influencias quizás más poderosas, tales como la independencia de los Estados Unidos y el vivo interés de esta nación por comerciar con Cuba para sustituir en parte el mercado que había perdido con Inglaterra; el hecho de que España se encontrase en paz con las demás naciones, y las consecuencias derivadas de la revolución en Haití.

Con la fuerza material y de atracción que es capaz de desencadenar una clase social en ascenso, la naciente burguesía cubana ejerció un poderoso influjo incluso sobre los propios capitanes generales y altos funcionarios que enviaba la Metrópoli, permeados a su vez por la corriente calificada del “despotismo ilustrado”. Esta fuerza la puso en movimiento principalmente la burguesía azucarera percatada de la necesidad que para mejor desarrollar sus planes le era conveniente y útil ganar para su causa a estos elementos, con el concurso de los cuales se facilitaría la implantación de medidas que favorecieran, en lo fundamental, el comercio y el desarrollo de la industria. Pronto consiguió interesar en el negocio azucarero a Las Casas, con el regalo que le hicieron los hacendados cubanos de un ingenio de azúcar –en verdad un soborno– al que él le puso por nombre “La Amistad”. El nuevo intendente de Hacienda, José Pablo Valiente, figuraba como condueño de aquellos tiempos, “La Ninfa”. Esto justifica y explica que en 1793, cuando la guerra entre España y Francia, cuando se interrumpieron las comunicaciones con la Península, ellos abrieron bajo su responsabilidad los puertos de la Isla a los barcos extranjeros amigos y neutrales. Como consecuencia de esta política hubo una prosperidad general que permitió al Gobierno de Las Casas desarrollar sus iniciativas y satisfacer los apremiantes requerimientos de la naciente burguesía cubana.

Las denominadas iniciativas de Las Casas, o por mejor decir, del grupo de hombres ilustrados que tempranamente le rodearon, pueden sintetizarse en estas tres grandes instituciones: el Real Consulado, el *Papel Periódico* y la Sociedad Patriótica de Amigos del País. La burguesía criolla comienza ya a ejercer una profunda atracción entre los elementos de la clase media, que ven en ella la posibilidad de alcanzar gloria y fortuna. Por otra parte, ella requiere el concurso de estos hombres instruidos para alcanzar su objetivo: la dirección hegemónica del país, tanto en lo espiritual como en lo material.

Esta época habrá de producir hombres públicos eminentes y útiles, que serán capaces de interpretar estas urgentes necesidades y de actuar en favor de sus soluciones. Entre estos hombres habrán de destacarse principalmente Francisco de Arango y Parreño, José Agustín Caballero y Tomás Romay. Ellos serán los más fieles propugnadores de la reforma, y por ende, iniciadores de la primera fase del movimiento científico y literario cubano. No importa que en estas primeras manifestaciones se muestren débiles y confusos y que recurran a un lenguaje de halagadora hispanidad, de expresiones poco diáfanas, de profusión exagerada de citas griegas o latinas o de pedantes giros pretenciosamente literarios.

Ellos habrán de ser enciclopedistas, pues como paladines de la clase burguesa que pretende dirigir ideológicamente la nación, estarán obligados a poseer vastos conocimientos que les permitan encontrar soluciones a los problemas de toda índole que inevitablemente surgirán. Estos conocimientos

serán amplios en extensión, pero mínima profundidad. De ahí que en sus obras se entremezclen el concepto nuevo con la forma antigua, o la seria formulación doctrinal con un ingenuo y arcaico razonamiento.

Hace tiempo que se ha hecho la observación de que los talentos se manifiestan siempre, y en todas partes, cuando existen condiciones favorables para su desarrollo. Esto significa que este período histórico que transcurre en su primera etapa desde 1762 hasta 1823, colma sus entrañas de elementos creadores que posibilitaran la plasmación real de estas personalidades históricas.

Estos elementos están dados por la transformación de las relaciones sociales y ellos reflejan, quieran o no, el choque y dirección de sus corrientes. En tanto no se consolide lo nuevo, tendremos un período de transición que se caracterizará por lo inestable; por el avance y retroceso alternativos de las conquistas. Un proceso que imprimirá en la mente de los hombres incluidos en él ese sello de mentalidad fronteriza que los lleva a aciertos notables y errores y superficialidades. Este es el siglo que preside el pensamiento y la conducta de estos tres hombres; y de ahí que nos expliquemos el diferente juicio que de su actividad forman muchos historiadores. Ahora bien, si se analizan bajo este prisma, tomándolos en conjunto, dentro del contenido de su tiempo, podremos convenir en que no hay defraudación; que representan la orientación general del nivel de desarrollo exigido; que alcanzan lo que aspiran y que las semillas de sus obras fructificarán en el surco que abre la dinámica de las leyes del desarrollo social.

Cada una de estas personalidades imprimirá sus particularidades individuales en el curso general del proceso de transformación que, independientemente de ellos, se está produciendo en la vida cubana. A veces estas particularidades hacen y se hacen efectivamente más patentes, que las causas generales. Es por eso que existe la inclinación a considerar a Don Francisco de Arango y Parreño como sagaz ejecutor de la transformación del régimen económico de la Isla; a Caballero como el ínclito pensador que limpia de impurezas el campo de las ideas; porque ambos descuellan más y penetran más en la hondura de lo objetivo. Pero ésta es una forma parcial de apreciar los hechos. El proceso en gestación exige, para salir a la claridad, un ambiente distinto, y éste sólo puede obtenerse con un cambio que niegue en parte lo que anteriormente existía. Este cambio jamás se produce espontáneamente; precisa siempre la intervención de los hombres, los cuales habrán de resolver los problemas que se les crean, desde todos los ángulos de la actividad material y espiritual de la vida. Cada una dejará la huella de su acción en la profundidad y sesgo de su inteligencia y de sus fuerzas morales, pero cada uno también la marcará, más o menos ostensiblemente para el futuro, cualesquiera sean las tareas que ejecuten.

Romay es, en la tríada, el de más anchura en la ilustración, aunque el de menos solidez y definición en el propósito. Él es un hombre incorporado, por atracción, a la clase de la burguesía cubana, lo que hará más tímido en sus resoluciones y más vago, aunque a veces más sutil, en la exposición o formulación de sus aspiraciones. Donde él habrá de moverse con acción propia y decisión inquebrantable será en el campo científico. Sin temores, y con el mínimo de vacilaciones, orientará su revisión. Será el iniciador de su reforma, dándole a esta palabra la proyección que le señaló Carlyle: “ver más lejos y desear más fuertemente que otros”.

Por Eudes Navas Soto

---

### **Páginas Revisitadas**

Por Walter Espronceda Govantes

El presente texto es de la autoría del venezolano Eudes Navas Soto, quien vivió de 1940 a 2002. Navas Soto, nacido y formado en el Estado Coro, fue poeta, narrador y artista plástico. A todas luces, debido a su apego infinito a la tierra coriana, se interesó en la vida y el testimonio revolucionario de Marcos Maceo, esposo de Mariana Grajales y padre de Antonio Maceo Grajales, Lugar Teniente General del Ejército Libertador, así como de los oficiales José Maceo y Rafael Maceo y, a la sazón, tan venezolano y coriano como cubano.

De la biografía novelada *Marcos Maceo. Fragua y crisol de un destino* (Editorial Miranda, Estado Aragua, Venezuela, 2001), esta sección presenta el Capítulo XIII. En las líneas que siguen el lector podrá encontrar lirismo y pasión inteligente, así como mucho aprecio por Cuba. Valga decir que la dedicatoria del libro reza del siguiente modo: “Al glorioso pueblo cubano. Al glorioso pueblo venezolano”. Sea entonces esta nueva visita un homenaje a Eudes Navas Soto: un autor imbuido de los sentimientos más nobles de su patria y de latinoamérica.

### **Marcos Maceo. Fragua y crisol de un destino**

Por Eudes Navas Soto

Como Venus, Cuba brotó del mar para coto privado de los dioses. Su belleza natural, paraíso tropical, su estratégica posición geográfica, las bondades de su suelo, de su clima y de su ambiente; se sumaron a la nobleza y gallardía de sus aborígenes guanajatabeyes, siboneyes y taínos, para hacer de la isla un manjar exquisito, apetecible para quienes niegan las sociedades humanas o solo la conciben como jaurías incontenibles de apetencias; llegando a confundir la nobleza y condescendencia, como debilidades, para justificar la usurpación de las querencias naturales, poniéndolas o tratando de ponerlas al servicio de oscuras intenciones. Así, muchos usurpadores, dejaron de lado la soberanía que deben mantener los pueblos, el sentimiento natural del hombre hijo y dueño de sus tierras, etc.

Desde que se sabe de la existencia de la Isla, no ha quedado espacio libre en el tiempo en que no haya sido aparecida como presa de caza por usurpadores, obteniendo en oportunidades, el dominio de su territorio como botín de guerra o alijo de manejos viles e indecorosos.

Cantada por poetas, trovadores y soñadores; soñada por elementos de elevadas proyecciones, Cuba la bella, ha sido siempre, a través de los siglos, la soberana del Mar Caribe, la Perla de las Antillas. Alguien, alguna vez pudo leer en una hoja escrita, flotando sobre el encaje de las olas del mar cubano:

“Si me dais una luz, haré una estrella,  
dadme agua, tierra, mar, aire que suba;  
brindadme una ilusión, haré con ella,  
la perla del Caribe, haré a Cuba.”

No existe país alguno en la cuenca del Caribe y en la América toda, que mejor haya absorbido una cultura que le vino de África y Europa a través de las rutas oceánicas, para agregarle luego sus propios matices, logrando hacer de todo ello un producto digno de la más exigente aceptación. Cuba hizo, con el uso de su cultura aborigen, de la europea y de la africana, traída por colonizadores y esclavos negros una mezcla que luego de depurada, ha sido exportada a través de las rutas del mundo.

Desde el primer viaje de Colón, cuando en 1492, descubre la Isla, siguiendo por la conquista para la corona española, hecha por Diego de Velázquez en 1512; la isla de Cobba o Ciba, que significa montaña en el idioma siboney; la mayor de las Antillas, a solo 80 kilómetros de Haití, a 128 de Jamaica, 210 de Yucatán, México y 160 de Miami; ha sido víctima de asaltos, ocupaciones y saqueos, por parte de piratas, corsarios, bucaneros, filibusteros y mercaderes sin escrúpulos de diferentes nacionalidades: españoles, ingleses, franceses, etc.; y en diferentes épocas. Solo en el siglo XVII era el principal puerto estratégico, y de resguardo de toda esta gama de bandidos, que hicieron del mar Caribe, del océano Atlántico y del golfo de México, lugares de preferencias para sus correrías.

Para mediados del siglo XIX, las relaciones entre cubanos y venezolanos son estrechas. Aparte de las propias condiciones étnicas y, tal vez, idiosincrásicas y culturales, unen a ambos países el deseo irrefrenable de adquirir su emancipación del dominio español o de cualquier otro país y de mantener la permanencia de sus soberanías.

Venezuela está por terminar una guerra que parece interminable, durante más de diez años, que le ha costado muchas vidas, cerca de dos tercios de su población e inmensurables recursos; Cuba está comenzando una gesta revolucionaria, que aún anda en pañales, pero que tiene como objeto su total emancipación del dominio español. Ambas naciones se encuentran en circunstancias similares, ante un enemigo común: la propia pasión fragmentaria étnica y de clases de sus naturales y el sometimiento externo español, sin menospreciar las apetencias oportunistas de otros países con aires de imperio, prestos a aprovecharse de la menor debilidad, para hacer suya la presa que ven caer de las fauces del usurpador de turno. Eso une a los dos pueblos con más fuerzas.

La América hispana, se convulsiona toda, pero sus movimientos se aíslan en cada país, en medio de mezquinos intereses internos; la concreción de estos entusiasmos, tardará en llegar y acarreará mucha sangre y dolor, pero se mantendrá latente durante todo el siglo; las proyecciones que originarán, irán más allá, para fijar los rumbos definitivos de estos países.

Simón Bolívar extiende su campaña libertaria al sur del continente americano, pero no quita de su mente, extender los brazos de la libertad al Caribe. Fija su mirada en Cuba y Puerto Rico. Comienza a crear la inquietud para sus proyectos; lamentablemente, la vehemente oposición que consigue por parte de Estados Unidos de Norteamérica, por una parte, el desgano e incredulidad de sus opositores y luego su temprana muerte, truncan estos planes; no obstante, el general Santiago Mariño, uno de los oficiales de Bolívar, siete años después de la muerte del Libertador, en 1837, preparaba en la isla de Curazao, una expedición para emprender la libertad de Cuba y de Puerto Rico; proyecto que fracasó por las mismas causas que no cristalizara, cuando Bolívar lo asomara. El Mariscal Juan Crisóstomo Falcón, jefe del Movimiento Federal Venezolano y en su oportunidad, presidente de Venezuela: estuvo tentado en 1866 a participar con tropas y apoyo oficial en la guerra independentista cubana.

Pronto se fortalece aún más el puente entre Cuba y Venezuela, puente que seguirá manteniéndose inmarcesible a través del devenir histórico, con acentuadas definiciones a futuro. Un grueso contingente de luchadores venezolanos, de todas las escalas y regiones del país, se incorporarían a la lucha cubana por la libertad. Destacan dos figuras casi de leyenda: Narciso López, caraqueño, que luego de haber formado parte de las filas realistas en su país, se va a Cuba y se incorpora a la lucha independentista de la Isla, intentando inclusive, en dos oportunidades, invadirla con fuerzas reclutadas

en el exterior; siendo ejecutado al caer prisionero de los españoles en La Habana el 1 de septiembre de 1851. A él se debe la creación de la bandera cubana. La otra figura que destaca, es el también caraqueño General José María Aurrecoechea Irigoyen, quien luego de una larga trayectoria guerrera en su país, se incorpora a la causa cubana a principios de la guerra larga, donde igual realiza una meritoria carrera; por desgracia es apresado por fuerzas enemigas y ejecutado a finales del año 1870.

En territorio venezolano se formaron sociedades y centros de apoyo a la causa libertaria cubana. En estos centros se recaudaban materiales, armas y recursos de todo tipo y se reclutaban combatientes para viajar a Cuba. Era desbordante el entusiasmo en todo el territorio venezolano, donde recién terminaba una gesta emancipadora de más de diez años y que había diezmado sus recursos humanos y materiales en un altísimo porcentaje. Cuba ofrecía la ocasión para la gloria y para corregir el rumbo de muchas acciones que inadecuadamente, por cientos de razones, habían tomado valiosos hombres, a quienes la lucha cubana, les brindaba la oportunidad gloriosa.

En el resto del continente americano, la independencia cubana, cada día sumaba más aliados y simpatizantes. Era Cuba, el último reducto del imperio colonial español en el continente americano y, tal como lo pensaba El Libertador Simón Bolívar, América sólo sería libre y soberana, cuando todos los pueblos que formaban colonias europeas, fueran, cada una de ellas, libres y soberanas.

Los primeros años del alzamiento revolucionario cubano, que daría inicio a la guerra larga; no fueron nada fáciles. En los jefes comprometidos reinaba la confusión, era de suponer, debido a la carencia inicial de una definición precisa de las causas y efectos del movimiento, lo que hacía suponer además, una dolorosa dispersión de pareceres, criterios y recursos en el bizarro personal de tropa. Hombres curtidos en el trabajo del campo, hechos de acero, valientes con voluntades férreas y un gran amor por la libertad, que por siglos les había sido vedada también; pero desconocedores y mal entrenados en los aperos de la guerra. El adelanto de las hostilidades por parte de Céspedes, lo veían algunos de los jefes comprometidos, que como aquel, carecían de preparación castrense propiamente dicha, como un desatino y los más cáusticos, como una acción individual que le permitiría hacerse jefe y dueño del movimiento.

Para los inicios de la guerra, sólo Máximo Gómez, el glorioso prócer dominicano al servicio de la causa cubana, quien hiciera todo el recorrido de la guerra independentista cubana, podía ser considerado como un jefe en armas; esto debido a su experiencia militar lograda en su país de origen, donde, además de luchar contra España en pro de la independencia, debió enfrentarse a las tropas invasoras de Haití, con quien República Dominicana comparte el territorio insular de La Española, Haití o Quisqueya. Con el prócer dominicano-cubano, se formarían varios jefes revolucionarios, destacando entre ellos, Antonio de la Caridad Maceo y Grajales, el hijo de Marcos y Mariana.

¡Viva mi general Céspedes!...

¡Viva el mío, el general Bracamonte!...

Numerosos nombres se sumaron y se oyeron el inicio de la guerra. Eran nombres de hacendados y propietarios, que nunca tuvieron la certeza de estar iniciando una guerra en forma y creían más bien, que el alzamiento daría como producto una guerra corta y decisiva sin mayores costos de recursos y vidas. Simple desconocimiento real de lo que estaba por venir. La aparición de Máximo Gómez da forma real al levantamiento castrense, que si no desvirtuaba, la fantasiosa animosidad de lograr una independencia casi por vías de gracia, complementaba una de las partes más importante y real del movimiento. La situación no era nueva, en el resto de los países americanos, había ocurrido algo parecido; en Venezuela, por ejemplo.



España pudo haberse distraído a consecuencia de la amenaza francesa en su territorio, pero no estaba ausente a la hora de someter, con los métodos que fueran necesarios, las insubordinaciones en sus colonias americanas. Ya solo quedaba Cuba como último asiento de las autoridades hispanas en América y no estaba dispuesta España, a ceder la isla graciosamente, porque unos naturales descontentos aspiraran tomar el control de ella. La reiterada historia. Habría que pelear y bien duro para alcanzar la independencia cubana. Desde el comienzo y durante el curso de la guerra, a la isla llegaría el más experimentado y numeroso contingente de hombres armados enviados por España, a estos se unirían, los oficiales y soldados que derrotados en tierras continentales americanas, buscaban refugio y continuidad de sus carreras castrenses al servicio de las autoridades españolas de la isla, reforzando los recursos realistas en ella. El último Capitán General de España en Venezuela, el Mariscal de campo Francisco Tomás Morales, arriba a puertos cubanos en la goleta española “Espectuladora”, con mil soldados y 600 familias españolas que logran escapar después de haber sufrido una aplastante derrota de parte del Almirante Padilla, en la batalla naval del lago de Maracaibo el 24 de junio de 1823, donde capitula y se hace entrega a los patriotas venezolanos, lo que restaba del territorio, otrora bajo control español.

Las más preciosas páginas de la historia se escribirán en la paradisíaca isla. Muchos nombres gloriosos se oirán retumbar bajo el permanente azul del cielo cubano. Muchas esperanzas serán bañadas por la brisa de la manigua y muchas miradas pasarán por encima de su mar, buscando en el horizonte la solidaridad y tratando de exponer en la distancia, la razón del hombre que quiere crear como ente libre, sobre un lienzo, su tierra, que también aspira soberana, su obra maestra: la libertad.

El viejo roble sigue mal, pero no se resigna a morir, Mariana no lo deja ni un instante –comentaba un joven mambí a un grupo de compañeros– el comandante Antonio compartió parte de la convalecencia con él, cuando herido tuvo que ser recluido en el hospital de la manigua donde está postrado el taita Marcos.

A los jóvenes combatientes les agradaba hablar del viejo Marcos y de su hijo el comandante Antonio; en ellos veían todo un marcaje de la hombradía cubana, aun cuando sabían el origen de Marcos Maceo. No se cansaban de repetir el momento cuando el viejo herido de muerte, le decía a su hijo Antonio, quien trataba de aliviarle el dolor acariciándole el rostro con las curtidas manos de la guerra:

Hijo, no le fallé a Mariana... a ella te la encargo...

Por José Salom Solbes

---

### **Páginas Revisitadas**

A cargo de Walter Espronceda Govantes

José Salom Solbes, abogado del Ilustre Colegio de Cienfuegos, se esmera en la realización de un diagnóstico de la psicología del Estado cubano. El contexto del autor está marcado en el inicio de la segunda década del siglo XX. Varios de los síntomas, o padecimientos identificados por el jurista, guardan similitudes con algunos de los que urgen a la sociedad cubana actual: la indisciplina social y, en consecuencia, la necesidad de fortalecer la institucionalidad, por citar nada más dos ejemplos de gran importancia. Pero el objetivo del analista trasciende el inventario en cuestión para proponer la consecución de una sociedad ordenada a través de los valores.

El libro de Salom Solbes salió publicado por Impresiones y Fotograbados La Luz, Cienfuegos, en 1910.

### **Prólogo del libro “Psicología del Estado cubano. Cuba por dentro”**

Por José Salom Solbes

Ciudadanos: como veréis, nos encontramos en uno de esos críticos momentos de la vida de nuestro pueblo, en los que, como vulgarmente se suele decir, no cabe más que una de estas dos determinaciones: “o *errar o quitar el banco*”. Es decir: o emprendemos a todo trance el trabajo de nuestra *regeneración* por el camino más de seguro de llegar a conseguirla en todos los órdenes de la actividad humana *individual y colectiva*, o el edificio de nuestra Nacionalidad levantado sobre bases delezna- bles se viene al suelo sin remedio.

Tal es la aflictiva situación a que nos han conducido nuestra indiferencia y abandono de las *funcio- nes sociales* y la poca voluntad para el bien común en el corazón de los ciudadanos cubanos que en mala hora pusieron sus manos pecadoras en el santuario de los sacratísimos intereses de la Sociedad y de la Patria.

No es esta ciudadanos amigos una afirmación gratuita, expresión infundada de un deseo caprichoso e ilegítimo, no; es el anuncio de un acontecimiento infalible cuya proximidad ya ninguna previsora pone en duda. Es el eco tristísimo que resuena poderoso en todos los corazones, porque en todos ellos reside el germen de su amargo presentimiento.

Basta pulsar el criterio de la opinión pública respecto del particular, para el punto advertir, que en el seno de las familias de la clase media y popular donde toda una serie de privaciones injustas consti- tuyen el pan nuestro de cada día; en las calles y plazas; en los centros de solaz y esparcimiento; donde quiera que se reúnan personas ávidas de justicia y moralidad, de progreso y bienestar, de garantías en todos los órdenes de la vida, de paz y concordia en todos los corazones y tranquilidad en todos los espíritus, y se comunican las observaciones e ideas para hacerse eco así de las enseñanzas de la experiencia como de los necesidades y aspiraciones de la Sociedad cubana; en todas parte como si invisible espíritu asociara en un mismo pensamiento todas las inteligencias que discurren bien, agru- para en un mismo sentimiento todos los corazones que sienten humanamente mejor, y animase de

un mismo deseo a todas las voluntades que suspiran porque entre nosotros impere la labor armónica que nos ha de conducir al engrandecimiento en todas las esferas de la vida; el reconocimiento de la necesidad en que nos hallamos de poner *término a este injusto y anormal* estado de cosas, a esta serie indefinida de *infortunios sociales* que la multitud laboriosa experimenta y padece sin deber, a este rosario no interrumpido de *anomalías*, de monstruosidades sin cuento, de injustificados desórdenes, de injusticias y violencias que los malos liberales cometen contra los más sagrados derechos de la *personalidad humana* lo mismo *individual* que *colectiva*, amparados en un concepto de la Autoridad completamente *falso*, y parapetados detrás de un régimen *político jurídico* abierto a todos los abusos y malas artes, es el tema obligado de todas las conversaciones, y el que provoca las más empeñadas discusiones entre los que trabajan por conservar esta *pobreza y miseria* en todos los órdenes de la vida que nos caracteriza, y los que pretenden avanzar en el camino de la *reivindicación* de la *libre iniciativa* y el *bienestar* para todos en general. Seguramente se va acercando la hora de reducir a polvo los moldes nefandos fabricados en las hornazas de la incultura, inmoralidad, corrupción y el más execrable y cruel de los individualismos con que se pretende dar forma y cuerpo a la organización política externa y a la interna y social constitución del Estado cubano, para substituirlos con los que las verdaderas ciencias *política y jurídica* con sus eternos e inmutables principios nos brindan a fundir en el crisol de la más estricta *justicia*, la más amplia y verdadera *libertad*, la más acabada *ilustración*, el *bienestar* más expansivo, las más sanas *costumbres*, y el cumplimiento más exacto de las leyes que mejor interpreten y regulen la realidad de las relaciones entre los hombres entre sí y con las cosas u objetos de la Naturaleza que les rodean susceptibles de satisfacer sus necesidades y de ser apropiadas.

A contribuir con la escasez de mis facultades y cortedad de mis conocimientos, a tan magna y colosal empresa, se encamina la publicación del presente pequeño “*Libro*”, que sí carece de toda originalidad y de todo mérito bajo el punto de vista científico y quizá literario, tiene para mí en cambio el de constituir *el principio* de una *labor* enderezada a contener el *extravío* de la *razón* y la *indisciplina de las ideas* que es de observar impera y domina en la conducta de los hombres en todos los ámbitos de la Nacionalidad, a los efectos de ver si consigo encauzarla en la *dirección* que entraña la busca de *ese orden social mejor* que hay para las *cosas humanas*, que no es el que *existe* pero sí el que *debiera existir* para el mayor bien de la Sociedad cubana, que Dios conoce y quiere y es deber sacratísimo de los humanos seres descubrir para restablecerle.

Se dirá seguramente a espaldas mías, que es demasiado ardua y grande la empresa, para que un pobre neófito como yo, pigmeo de inteligencia, pueda finalizarla.

Está bien, y cabe tal vez en lo posible que tengan razón los que de tal modo se expresen, y que mi pequeñez dé al fin al traste con mis buenas intenciones y propósitos. Mas ello no quita para que, terco como los aragoneses, de los cuales tengo un poco por razón de vecindad, me decida a emprenderla poseído de la mayor buena fe, contando con la ayuda de los buenos cubanos y en aras de la prosperidad y grandeza de esta Nación que ahora principia a formarse y que tan floreciente podría resultar si en ello nos empeñáramos todos como es nuestro deber.

Claro está, que no tengo la pretensión de ser ni de los primeros, ni de los más afortunados tampoco; pero quien sabe, si por efecto de vivir en la atmósfera templada en que vivo y me propongo mover, lejos de las pasiones que todo lo envenenan y de los vicios que todo lo corrompen, contemplando con ánimo sereno la vasta órbita en que giran los partidos políticos que se disputan no muy cordialmente la supremacía en el manejo de los intereses públicos, pesando y midiendo todas las ideas, todos los procedimientos, todos los fanatismos, desde fuera del laboratorio donde se prepara el sufrimiento social cubano, alejado del ruido ensordecedor de sus inmoralidades y desórdenes, aislado y recogido en mí mismo después de haber visto, meditado y estudiado, pueda acaso señalar mejor que otros al

Honorable Presidente de la República los descuidos que son de notar en las instituciones que forman el todo de nuestra organización social, evitando de este modo el derrumbe que se avecina.

Por de pronto creo llevar una ventaja sobre los demás, a mi juicio de bastante consideración, y es, la perfecta conciencia que tengo de que *no hay*, no puede *haber atajo sin trabajo*.

*Queerite et invenietis*, esto es, *buscad y encontrareis*, dijo hace ya diecinueve siglos el Hijo de Dios. Más imposible de todo punto es y será que encontremos sin buscar, es decir, sin tomarnos la molestia de estudiar, indagar y discurrir con la razón y la conciencia libres de prejuicios y de todo influjo social presente de las cosas humanas establecidas.

Que no todo estriba en informar a capricho a la Presidencia, ni cobrar la nómina, ni en redactar unas cuantas leyes, ni en pronunciar algún que otro discurso florido con citas históricas y párrafos de relumbrón, ni en entonar tampoco una vez más en el unánime cuanto ineficaz concierto de clamoreos y quejas con que *mítines*, parlamento, prensa y demás lugares de lucha y combate, la mentalidad cubana opositora en incesante, agobiadora, estéril y mujeriega jeremiada expone males, denuncia inmoralidades y desórdenes y lamenta infortunios, desdichas y miserias, sin iniciar fórmulas que necesariamente impongan el *orden* y la *justicia* en la Sociedad, *reglas* concretas de buena *conducta política*, líneas generales siquiera que orienten de alguna manera hacia el medio de poder subvenir gradual, positiva y hacederamente a los infinitos males sociales en cuya patentización innecesaria, puesto que de todos son conocidos y para todos sensibles, derrochan una energía, tenacidad y muchas veces un ingenio que, mejor aplicados, darían seguramente óptimos y saludables frutos.

Por ello yo te suplico lector amigo, cualquiera que sea tu filiación política y el color de tu piel, que si la corrupción, desbarajuste y desenfreno político actual te indigna, si el deseo de justicia te enardece, si amas la Patria como se merece y la amaron aquellos nobles y generosos patricios llamados Gómez, Maceo, Martí, Banderas y tantos otros más que perecieron por ella; si deseas verla ilustrada, rica próspera, floreciente y feliz, abraza desde hoy cariñosamente la causa de la verdadera libertad que nace, abandona tu egoísmo y avaricia, húndete en la ola de la *moralidad* que se inicia; en ella tu alma purificada hallará energías desconocidas; tu carácter débil se fortalecerá con valor indomable y tu corazón rejuvenecerá. Todo cambiará de aspecto ante tus ojos iluminados por la verdad. Nuevos horizontes despertarán en ti ideas nuevas. La religión, la moral, la poesía, el arte, las industrias, las ciencias, los idiomas, los usos, las costumbres, las instituciones se te presentarán bajo formas más grandes y bellas, y seguro de tu fe, saludarás la *aurora* de la regeneración de la Patria al contemplarte tú regenerado.

Por lo demás, a vuestra benevolencia remito el fondo de verdad y de utilidad que para vosotros puedan encerrar mis manifestaciones y razonamientos. Si aparte de lograr de algún modo mi objeto consigo de vosotros la indulgencia que he menester me concedáis por el atrevimiento inaudito que supone haber dado a la estampa el presente pequeño *Libro*, cuyo mérito único queda indicado antes, daré por bien empleado el trabajo no escaso que me ha costado escribirlo, y por cuyas faltas en el mismo contenidas, solo me resta suplicar a todos en el general la más completa disculpa.

Nota:

Las cursivas son del autor.

## **Páginas Revisitadas**

A cargo de Walter Espronceda Govantes

A la raíz para ir al fondo de las cosas y rescatar las esencias. En lo primero va la condición de revolucionario de Martí. Se trata de una distinción, acaso de un don, de una gracia que lo acompañó siempre tanto en el pensamiento como en la acción. Martí no consideraba sensato y mucho menos prudente el exceso de acomodamiento, lo cual podía entender como sinónimo de pereza en el mejor de los casos, o de cobardía en el más agudo y cuestionable de los males.

Luego, el ir a la raíz pudiera constituir la decisión de rescatar las esencias casi al modo aristotélico. En Martí, las esencias están relacionadas con la cubanidad. En este sentido, algo muy tangible de este razonamiento puede advertirse en Martí por ser, en el pensamiento cubano, el gran intérprete de Félix Varela, y de José de la Luz y Caballero. Martí cumplía con absoluta probidad con la sentencia lucista que enaltecía no únicamente el deber ser cubano, sino la voluntad del deber ser cubano. Esa es la voluntad de ir a la raíz.

### **A la raíz\***

Por José Martí

Los pueblos, como los hombres, no se curan del mal que les roe el hueso con menjurjes de última hora, ni con parches que les muden el color de la piel. A la sangre hay que ir, para que se cure la llaga. No hay que estar al remedio de un instante, que pasa con él, y deja viva y más sedienta la enfermedad. O se mete a mano en lo verdadero, y se le quema el hueso al mal, o es la cura impotente, que apenas remienda el dolor de un día, y luego deja suelta la desesperación. No ha de irse mirando como vengan a las consecuencias del problema, y fiar la vida, como un eunuco, al vaivén del azar: hombre es el que le sale al frente al problema, y no deja que otros le ganen el suelo en que ha de vivir y la libertad que ha de aprovechar. Hombre es quien estudia las raíces de las cosas. Lo otro es rebaño, que se pasa la vida pastando ricamente y balándoles a las novias, y a la hora del viento sale perdido por la polvareda, con el sombrero de alas pulidas al cogote y los puños galanes a los tobillos, y mueren revueltos en la tempestad. Lo otro es como el hospicio de la vida, que van perennemente por el mundo con chichonera y andadores. Se busca el origen del mal: y se va derecho a él, con la fuerza del hombre capaz de morir por el hombre. Los egoístas no saben de esa luz, ni reconocen en los demás el fuego que falta en ellos, ni la virtud ajena sienten más que ira, porque descubre su timidez y avergüenza su comodidad. Los egoístas, frente a su vaso de vino y panal, se burlan, como de gente loca o de poco más o menos, como de atrevidos que les vienen a revolver el vaso, de los que, en aquel instante tal vez, se juran a la redención de su alma ruin, al pie de un héroe que muere, a pocos pasos del panal y el vino, de las heridas que recibió por defender la patria. Esto es así: unos mueren, mueren en suprema agonía, por dar vergüenza al olvidadizo y caso propia a esos mendigos más o menos dorados, y otros, mirándose el oro, se ríen de los que mueren por ellos. ¡Es cosa, si no fuera por la piedad, de ensartarlos en un asador, y llevarlos, abanicándose el rostro indiferente, a morir de rodillas, al héroe de oro puro e imperecedero, que expira, resplandeciente de honra, por dar casa segura y mejilla limpia a los que se mofan de él, a los que compadrecan y parten el licor y la

mesa, con sus matadores, a los que se esconden la mano en el bolsillo, cuando pasa el hambre de su patria, y riegan de ella, entre zaetas y jotás, el oro del placer! Hay que ir adelante, para bien de los egoístas, a la luz del muerto. Hay que conquistar suelo propio y seguro.

De nuestras esperanzas, de nuestros métodos, de nuestros compromisos, de nuestros propósitos, de eso, como del plan de las batallas, se habla después de haberlas dado. De la penuria de las casas, del trastorno en que pone a mucho hogar nuestro la crisis del Norte, de eso se habla, en decoro fraternal, de mano a mano. De lo que ha de hablarse es de la necesidad de reemplazar con la vida propia en la patria libre esta existencia que dentro y fuera de Cuba llevamos los cubanos, y que, afuera a lo menos, sólo a puño de virtud extrema y poco fácil puede irse salvando de la dureza y avaricia que de una generación a otra, en la soledad del país extraño, mudan un pueblo de mártires sublimes en una perdigonada de ganapanes indiferentes. De lo que se ha de hablar es de la ineficacia e inestabilidad del esfuerzo por la vida en la tierra extranjera, y de la urgencia de tener país nuestro antes de que el hábito de la existencia meramente material en pueblos ajenos, prive al carácter criollo de las dotes de desinterés y hermandad con el hombre que hacen firme y amable la vida.

Si a la isla se mira, el dejarla ir, bajo el gobierno que la acaba, entre quiebras y suicidios, entre robos y cohechos, entre gabelas y solicitudes, cómodo espectáculo, a quien no sienta afligido su corazón por cuanto afee o envilezca a los que nacieron en el suelo donde abrió los ojos a los deberes y luz de la humanidad. Cuanto reduce al hombre, reduce a quien sea hombre. Y llega a los calcañales la amargura, y es náusea el universo, cuando vemos podrido en vida a un compatriota nuestro, cuando vemos, hombre por hombre, en peligro de podredumbre a nuestra patria. Aunque no ha de haber temor, que las entrañas de nuestra tierra saben de esto más de lo que se puede decir, y no es privilegio de los cubanos expatriados, sino poder de los cubanos todos, e ímpetu más vehemente que el de sus enemigos, este rubor de la sangre sana del país por todos los que en él se olvidan y humillan! Es la tierra en quiebra a la que se levanta; la tierra en que las ciudades se van cayendo una tras otra, como las hileras de barajas. Es la ofensa reprimida, y el bochorno ambiente, de que ya la tierra se ahoga. Faltaba el cauce al decoro impaciente del país; faltaba el empuje; faltaba la bandera; faltaba la fe necesaria en la previsión y fin conocido de la revolución: eso faltaba y nosotros lo dimos. Ahora, vamos a paso de gloria a la república. ¡Y a lo que estorbe, se le ase del cuello, como a un gato culpable y se le pone a un lado!

Y si vemos afuera, y en lo de afuera a este Norte a donde por fantasmagoría e imprudencia vinimos a vivir, y por el engaño de tomar a los pueblos por sus palabras, y a las realidades de una nación por lo que cuentan de ella sus sermones de domingo y sus libros de lectura; si vemos nuestra vida en este país erizado y ansioso, que al choque primero de sus intereses, como que no tiene más liga que ellos, enseña sin vergüenza sus grietas profundas –triste país donde no se calman u olvidan en el tesoro de los dolores comunes y en el abrazo de las largas raíces, las luchas descarnadas de los apetitos satisfechos con los que se quieren satisfacer, o de los intereses que ponen el privilegio de su localidad por sobre el equilibrio de la nación a cuya sombra nacieron, y el bien de una suma mayor de hombres; si nos vemos, después de un cuarto de siglo fatiga, estéril o inadecuada al fruto escaso de ella, no veremos de una parte más que los hogares donde la virtud doméstica lucha penosa, entre los hijos sin patria, contra la sordidez y animalidad ambientes, contra el mayor de todos los peligros para el hombre, que es el empleo total de la vida en el culto ciego y exclusivo de sí mismo; y de otra parte se ve cuán insegura, como nación fundada sobre lo que el ser humano tiene de más débil, es la tierra, para los miopes sólo deslumbrante, donde tras de tres siglos de democracia se puede, de un vaivén de la ley, caer en pedir que el gobierno tome ya a hombros la vida de las muchedumbres pobres; donde la suma de egoísmos alocados por el gozo del triunfo o el pavor de la miseria, crea, en vez de pueblo de trenza firme, un amasijo de entes sin sostén, que dividen, y huyen, en cuanto no los aprieta la comunidad del beneficio; donde se han trasladado, sin la entrañable comunión del suelo

que los suaviza, todos los problemas de odio del viejo continente humano. ¿Y a esta agitada jauría, de ricos contra pobres, de cristianos contra judíos, de blancos contra negros, de campesinos contra comerciantes, de occidentales y sudistas contra los del Este, de hombres voraces y destituidos contra todo lo que se niegue a su hambre, y a su sed, a este horno de iras, a estas fauces afiladas, a este cráter que ya humea, vendremos ya a traer, virgen y llena de frutos, la tierra de nuestro corazón? Ni nuestro carácter ni nuestra vida están seguros en la tierra extranjera. El hogar se afea o se deshace: y la tierra debajo de los pies se vuelve fuego o humo. ¡Allá, en el bullicio y tropiezos del acomodo, nacerá por un fin un pueblo de mucha tierra nueva, donde la cultura previa y vigilante no permita el imperio de la injusticia; allí generoso, en los instantes mismos en que más padece de la ambición y plétora de la ciudad; donde nos aguarda, en vez de la tibieza que afuera nos paralice y desfigure, la santa ansiedad y útil empleo del hombre interesado en el bien humano!

Cada cubano que cae, cae sobre nuestro corazón. La tierra propia es lo que nos hace falta. Con ella ¿qué hambre y qué sed? Con el gusto de hacerla buena y mejor, ¿qué pena que no se atenúe y cure? Porque no la tenemos, padecemos. Lo que nos espanta es que no la tenemos. Si la tuviésemos, ¿nos espantaríamos así? ¿Quién, en la tierra propia, con que despertamos aquí? A la raíz del hombre verdadero. Radical no es más que eso: el que va a las raíces. No se llame radical quien no vea las cosas en su fondo. Ni hombre, quien no ayude a la seguridad y dicha de los demás hombres.

\*Publicado en *Patria*, en 1893.

## Páginas Revisitadas

A cargo de Walter Espronceda Govantes

A las personas, a los pueblos y a las naciones se les recuerda por sus mejores cosas, por los hechos que trascienden lo ordinario. Para ello, la única metodología posible es saber distinguir entre el bien y el mal, o sea, entre la virtud y lo mal hecho. Martí conoce muy bien esa distinción tan enraizada en el ánimo cubana a partir, primeramente, de la impronta de Félix Varela y José de la Luz y Caballero, y más tarde por el conocimiento de la vida y la obra de los patricios del 68, sobre todo por la existencia virtuosa testimoniada por Ignacio Agramonte.

Los pecados sociales emergen ante el paso por la historia. Frente a ellos, lo único recomendable es encararlos no con la mirada torva sino altiva, y los sentidos bien puestos en la divulgación del bien como ejemplo justo de las actitudes enaltecidas de lo mejor de la naturaleza humana. El resultado de ese diagnóstico es lo que Martí dio en nombrar *el alma cubana*.

### El alma cubana

Por José Martí

Otros propagarán vicios, o los disimularán: a nosotros nos gusta propagar las virtudes. Por lo que se oye y se ve entra en el corazón la confianza o la desconfianza. Quien lee los diarios dominantes de La Habana, creerá que todo en la ciudad es pobre de alma, y reparto de robos, y ambición de café, y literatura celestina; pero es preciso leer, con los ojos sagaces, el diario que no se publica, el de la virtud que espera, el de la virtud oscura: las almas, como las tierras de invierno, necesitan que la nieve las cubra, con muerte aparente, para brotar después, a las voces del sol, más enérgicas y primaverales.

Quien vive entre hurtos y cohechos; quien no topa con codo que no manche o hieda; quien respira aterrado, con el silencio de la locura, o la exaltación del remordimiento, aquel aire de fórnice; quien no puede comer el pan tranquilo si no se presta a ganarlo con deshonor o empeña al amo su acción de hombre libre; quien ve a la gloria misma, la santa gloria de ayer, subiendo humilde y sonriente la escalera ensangrentada de palacio, acaso crea, en la cólera de la virtud, que toda Cuba es de almas alquiladas, que el cubano se viene al fango como los pollos al maíz, que al cubano le acomoda el freno y la espuela, que no hay gusto para el cubano como el de llevar a la espalda un capitán de Cáceres u Oviedo, que de cuando en cuando deja que el animal se le encabrite, para que vea el mundo la sencillez con que vuelve a meter en paso la montura. ¡Pero esa no es el alma cubana!

¿Quiere saberse cuál es el alma cubana? Hay allá, en un rincón de la Florida que en manos del Norte no pasó de villorrio, y en las de los cubanos se ha hecho una ciudad, una anciana de buena casa, y de lo más puro de las Villas, que perdió con la guerra su gente y su hogar. Un ápice le queda de su holgura de otros días. Su cuarto pulcro revela aún, con sus paredes blancas y su vaso de flores, la vida cómoda del tiempo pasado. Por la mañanita fría, con los primeros artesanos sale a las calles, arrebuja en su mantón, la anciana Carolina, camino de su taller, y sube la escalinata de la entrada, y se sienta, hasta que oscurece, a la mesa de su trabajo. Y cuando cobra la semana infeliz, porque poca labor pueden ya hacer manos de setenta años, ponen en un sobre unos pesos, para un cubano



que está enfermo en Ceuta, y otros en otro sobre, para el cubano a quien tienen en la cárcel de Cuba sin razón, y en el sobre que le queda pone dos pesos más, y se los manda al Club Cubanacán, porque le parece cubano muy bueno el presidente de ese club, y porque ese, Cubanacán, es el nombre que llevó ella cuando la guerra. Con ojos de centinela y entrañas de madre vigila la cubana de setenta años por la libertad; adivina a sus enemigos, sabe dónde están todos los cubanos que sufren, sale a trabajar para ellos, en la mañanita fría, arrebujada en su manta de lana. ¡Esa es el alma de Cuba!

Publicado en el periódico *Patria*, el 30 de abril de 1892.

## Páginas Revisitadas

A cargo de Walter Espronceda Govantes

En esta brevísima y relampagueante columna periodística, Martí entrega acaso un decálogo para el revolucionario. Cualquier preámbulo enrumbado desde la hermenéutica antes de la lectura de los dos párrafos en los cuales aparece definida la justeza de cada combate, más la legitimidad del combatiente, pudiera quedar reducido a puerilidad dilatoria. Baste únicamente apuntar que el texto salió publicado en el periódico *Patria* en 1892. Tal particularismo le confiere doble vigencia o credencial de encargo: la primera, para quienes sentían un compromiso con la misión del Partido Revolucionario Cubano; la segunda, para quienes en la actualidad aprecian la posibilidad de una nación cubana tan libre como próspera, encaminada siempre desde un socialismo sostenible y sustentable matizado por la creatividad.

### El arte de pelear

Por José Martí

Se pelea cuando se dice la verdad. Se pelea cuando se fuerza al enemigo, por el miedo del poder que ve venir encima, a los extremos y desembolsos que han de precipitar la acción que deseamos. Se pelea cuando se organizan las fuerzas para la victoria. Se pelea cuando se demora el pelear hasta que los ejércitos están en condición de aspirar a vencer. Se pelea cuando se atraen los ánimos hostiles por la demostración de la unidad donde sospechan el desorden, de la cordura donde sospechan la impaciencia, de la cordialidad donde sospechan la enemistad, de la virtud donde se propalaba que no había más vicio y crimen. Se pelea sobre todo, cuando los que han estado limpiando las armas y aprendiendo el paso en los ejercicios parciales e invisibles, en organizaciones aisladas y calladas, se ponen a la vez en pie, con un solo ánimo y un solo fin, cada uno con su estandarte y con su emblema, y todos, a la luz, en marcha que se sienta y que se vea, detrás de la bandera de la patria.

Se pierde una batalla con cada día que se pasa en la inacción. Se pierde una batalla cuando no se guía inmediatamente el ataque la fe que cuesta tanto levantar. Se pierde una batalla cuando los ejércitos, a la hora de concentrarse, se entretienen en el camino, y llegan tarde, y con las fuerzas desmayadas, al punto de concentración. Se pierde una batalla cuando en el momento que exige mano rápida y grandiosa en los jefes, y mucho brazo y mucho corazón para la arremetida, tarda en vérselos a los jefes la mano rápida y se da tiempo a que se desordenen los corazones. Se pierde una batalla cuando, a la hora del genio y de la centella, se monta a caballo en el taburete de cuero, y se abre la ocasión al enemigo.

Por Emilio Roig de Leuchsenring

---

### **Páginas Revisitadas**

A cargo de Walter Espronceda Govantes

Los pueblos y las naciones que para la emancipación social se han hallado en la imperiosa necesidad de apelar a la tradición revolucionaria no encuentran, ni encontrarán jamás, apoyo –ni tan siquiera estratégico– en la acción social de la fe institucionalizada, esto es, de la Iglesia. Las revoluciones, por vocación legítima, tienden a secularizar toda tradición anquilosada. Esa es la clave del aliento moderno, o sea, del laicismo, el cual tendrá siempre que mantenerse alerta ante la siguiente verdad probada por la historia: no existe institución que otrora haya detentado el poder absoluto, lo haya perdido con justeza por el avance de la historia en su condición de testigo de la evolución social, y luego no se haya propuesto recuperarlo al menos sobre la base de un reposicionamiento más o menos flexible, sabedora de que el poder absoluto jamás regresará. Así se considera la Iglesia: de modo idéntico a las ex-potencias coloniales, acreedoras de un sendero escudriñado para tratar de litigar participación en aquellas cuestiones nacionales que únicamente le conciernen a las ex- colonias desde hace rato erigidas en países independientes y soberanos dentro de los marcos del republicanismo.

Por consiguiente, el laicismo es el camino de Cuba, como nación que decidió, a partir del 10 de octubre de 1868, considerarse moderna como resultado de la constitucionalidad como testimonio del reforzamiento de la sociedad civil. En el artículo que sigue, publicado en la *Revista CTC*, Emilio Roig de Leuchsenring sustenta, desde una perspectiva holística en el plano de lo social, al tiempo que pletórica de identidad cubana, la necesidad imperiosa de preservar en todo instante la impronta del laicismo en la historia de nuestra nación. Para ello, Roig de Leuchsenring pone el acento ético en el encargo social de la educación en tiempos de republicanismo.

### **El laicismo en la historia de la República**

Por Emilio Roig de Leuchsenring

En reciente discurso por mí pronunciado con motivo de la inauguración del monumento a Benito Juárez, que la ciudad de México donó a la ciudad de La Habana, tuve oportunidad de hacer resaltar como Juárez, católico ferviente, seminarista, en sus primeros años, pero hombre de ideas profundas y sinceramente liberales, identificado con los dolores y las necesidades de su pueblo y enemigo de cuanto significara sometimiento y explotación de la mayoría en beneficio de una casta privilegiada, apenas dio los primeros pasos en la vida pública de su país, constató la urgencia que éste tenía de arrebatar a la iglesia, con el dominio de las conciencias, la preponderancia que ejercía en el gobierno y administración nacionales, separando de modo racial y definitivo el poder de la iglesia y el poder del Estado, a fin de libertar y robustecer este último y abrir el camino al progreso social, sin las trabas, cortapisas y obstáculos que en todo tiempo había puesto la iglesia al desarrollo de la educación y la cultura, a la transformación económica y social de México.

Al efecto, Juárez estuvo empeñado durante buena parte de la vida, hasta los días mismos de su muerte, en destruir, primero, la influencia perniciosa de la iglesia católica y en aniquilar, después, la resistencia con que la misma trató de anular, apelando inclusive al uso de la fuerza bruta, las leyes y disposiciones de la Reforma.

No pretendió Juárez atacar al catolicismo ni a otras sectas religiosas, sino tan sólo impedir que aquella, saliéndose de los normales límites señalados al ejercicio de los cultos, persistiera en sus propósitos de continuar sometiendo el Estado a su dominio en beneficio propio y en perjuicio de los intereses de la colectividad. En defensa de las leyes de la Reforma, tuvo que apelar a las armas, porque de las armas hizo la iglesia católica, y le fue necesario, como Martí expresó, “echar el cadáver de Maximiliano sobre la última conspiración clerical contra la libertad en el nuevo continente”.

De modo análogo, los demás pueblos de Hispanoamérica, en general, y Cuba, en particular, confrontaron en sus luchas independentistas y libertarias ese máximo obstáculo representado por la iglesia católica, enemiga, en todas nuestras tierras, y en Cuba de modo más agudo que en ninguna, de la libertad, del derecho y de la justicia, sin que pueda sostenerse, como se ha pretendido hacer ver no hace mucho en el mitin político-clerical-extranjerizante celebrado en el Teatro Nacional de La Habana, sólo con palabras altisonantes, que no con hechos, porque éstos demuestran todo lo contrario, que la iglesia católica se hubiera puesto al lado de la revolución cubana emancipadora, siendo lo cierto que siempre la combatió con saña y tesón dignos de mejor causa, y si es justo reconocer que existieron en nuestra patria sacerdotes cubanos simpatizadores y defensores de la revolución libertadora, todos fueron, sin excepción alguna, perseguidos por la iglesia católica, privados de las posiciones hasta entonces alcanzadas, denunciados a las autoridades políticas y militares, encarcelados o condenados al exilio.

Juárez, como Martí y todos los reformadores y libertadores de América, encontraron, sí, en las logias masónicas refugio, amparo, calor y ayuda para fraguar y desenvolver sus ideas y propósitos progresistas e independentistas, y lo mismo ocurrió en la propia España, donde hasta las sociedades económicas, que para mejoramiento del país fueron creadas en la segunda mitad del siglo XVIII, requirieron, según puso de relieve hace poco entre nosotros Fernando Ortiz, el impulso secreto de la masonería.

No dándose jamás por vencida, libra la iglesia católica actualmente en nuestra República, enarbolando ahora hipócritamente la bandera nacional y republicana que ayer pisoteó, y el nombre de la libertad que antaño repudiaba y maldecía, su última batalla por la reconquista de los privilegios perdidos, tratando de sojuzgar de nuevo las conciencias, y con ello dominar al propio Estado, a través de la enseñanza sectaria, no ya en las escuelas privadas, sino también en las públicas; torpe empeño que significaría triunfar, el retroceso a los tiempos coloniales, con inconcebible reniego de las prédicas y de la obra de los fundadores de la nacionalidad, cuyos claros pronunciamientos en tal sentido bastarían para poner coto y anular esa pretensa acción demoledora de los eternos enemigos de la libertad y del progreso, de los contumaces enemigos de Cuba. Baste citar aquellas sabias y admonitorias palabras de Martí: “Ni religión católica hay derecho a enseñar en las escuelas, ni religión anti-católica; o no es el honor virtud que cuenta entre las religiosas, o la educación será bastante religiosa con que sea honrada. Eso sí, implacablemente honrada”.

Tiene el laicismo tan vieja y fuerte tradición cubana, que bien puede afirmarse que entre nosotros laicismo es sinónimo de cubanismo.

Podrán haber existido durante nuestras guerras libertadoras actos aislados de accidental consorcio entre la iglesia católica y la revolución cubana, como por ejemplo el *Te Deum* celebrado en la iglesia mayor de Bayamo para festejar la toma de esa ciudad por Carlos Manuel de Céspedes, y al que éste asistió con la plana mayor de los demás jefes revolucionarios, pero éste y otros hechos similares sólo indican la simpatía e identificación personales de determinado sacerdote con la causa libertadora cubana y el acatamiento y homenaje de los mismos a ésta, no de ésta a la iglesia católica.

Nuestros dos grandes movimientos libertadores, de 1868 y 1895, descubren, tanto en los pronunciamientos de sus jefes, como en las constituciones, leyes y demás disposiciones votadas y proclamadas por sus organismos dirigentes, la firme determinación de los patriotas revolucionarios a defender y conseguir, con la independencia de Cuba, la instauración de una república absoluta y totalmente laica, libre de toda influencia, absorción y explotación eclesiástica o religiosa.

Estos principios que los fundadores de nuestra nacionalidad juzgaron básicos para el establecimiento y prosperidad de la República, aparecen consagrados en las constituciones revolucionarias de Guáimaro y La Yaya, en las cuales se establece la absoluta separación entre la iglesia y el Estado, la libertad de creencias y cultos, sin distinciones de ninguna clase, y el laicismo en la enseñanza. Tan laica es la revolución cubana emancipadora, lo mismo en el 68 que en el 95, que ni siquiera figura consignada en los preámbulos de aquellas tres constituciones, la invocación al favor de Dios por los asambleístas, como sí figuró en la Constitución republicana de 1901, pero es necesario tener en cuenta que ya en este momento y en esta Asamblea había logrado extender de nuevo sobre los cubanos, sus tentáculos malévolos el pulpo del reaccionarismo clerical, de la clericanallada.

Y no era posible que nuestros patriotas revolucionarios pensarán y actuarán de otra manera, porque de nada servía la separación material de la Metrópoli española, si en Cuba quedaban, como desgraciadamente quedaron, revestidas de la misma formidable pujanza que habían gozado en la época colonial, instituciones, como la iglesia católica, que fueron sostenes formidables del régimen español en esta Isla, con todo lo que el mismo significó de despotismo, de injusticia, de negación de derechos y libertades, de arbitrariedad y de explotación.

Es por eso que Martí, apóstol máximo de nuestras libertades, orientador y organizador de nuestra última guerra emancipadora, no admitió en la República la supervivencia colonial del influjo y dominio religiosos, ni católicos ni de otra secta alguna. Para él “las religiones todas son iguales: puestas una sobre otra, no se llevan un codo ni una punta: se necesita ser un ignorante cabal, como salen tantos de universidades y academias, para no reconocer la identidad del mundo”. Y agrega: “Las religiones todas han nacido de las mismas raíces, han adorado las mismas imágenes, han prosperado por las mismas virtudes y se han corrompido por los mismos vicios”.

Y a los niños, a esos niños, “esperanza del mañana”, a los que ahora se pretende les sean inculcadas en las escuelas ideas religiosas sectaristas, les descubre Martí, en la revista *La Edad de Oro*, que para los dioses y sacerdotes realmente significan y representan. “Son los hombres –les dice– los que inventan los dioses a su semejanza, y cada pueblo imagina un cielo diferente, con divinidades que viven y piensan lo mismo que el pueblo que las ha creado y las adora en los templos: porque el hombre se ve pequeño ante la naturaleza que lo crea en algo poderoso, y de rogarle, para que lo trate bien en el mundo, y para que no le quite la vida”. Y la complicidad de sacerdotes y reyes en engañar a los pueblos para mejor sojuzgarlos y explotarlos, Martí la explica a los niños de esta manera, tan sencilla y clara: “Como los hombres son soberbios y no quieren confesar que otro hombre sea más fuerte o más inteligente que ellos, cuando había un hombre fuerte e inteligente que se hacía rey por su poder decía que era hijo de los dioses. Y los reyes se alegraban que los pueblos creyesen esto; y los sacerdotes decían que era verdad, para que los reyes les estuvieran agradecido y los ayudaran. Y así mandaban juntos los sacerdotes y los reyes”.

Refiriéndose Martí directamente al catolicismo, lo condena y rechaza en estas palabras de su artículo *La Excomunión del P. Mc. Glynn*: “Al fin se está librando la batalla. La libertad está frente a la iglesia. No combaten la iglesia sus enemigos sino sus mejores hijos. ¿Se puede ser hombre y católico o para ser católico se ha de tener alma de lacayo? Si él solo no peca con lucir, ¿cómo he de pecar yo con pensar? ¿De dónde tienes tú escrita, arzobispo: Papá, dónde tienes tú escrita la credencial que da derecho a un alma? Ya no vestimos sayo de cutí, ya leemos historia, ya sabemos que los obispos

no vienen del cielo, ya sabemos por qué medios humanos, por qué conveniencias de mera administración, por qué ligas culpables con los príncipes, por qué contratos inmundos e indulgencias vergonzosas se ha ido levantando, todo de manos de hombres, todo como simple forma de gobierno, ese edificio impuro del Papado”.

Y proclama Martí en su trabajo sobre Walt Whitman que “la libertad es la religión definitiva. Y la poesía de la libertad el culto nuevo. Ella aquieta y hermosea lo presente, deduce e ilumina lo futuro, y explica el propósito inefable y seductora bondad del universo”.

Fieles a esta tradición cubana, patriótica y revolucionaria, de absoluto respeto y libertad para todas las creencias y cultos, de completa independencia del Estado en cuanto a las religiones se refiere y de total laicismo de la enseñanza, los que de buenos cubanos se precien tienen el derecho y están en el deber de demandar de la Asamblea Constituyente que en la nueva Constitución de la República sean incluidos los indispensables preceptos que garanticen de manera amplia, firme y permanente, dichos principios, fundamento y razón de existencia de nuestra nacionalidad.

## **Páginas Revisitadas**

A cargo de Walter Espronceda Govantes

No abundan los artículos y ensayos periodísticos agudos, eficaces y con vocación humanista especializados en economía, mediante los cuales se pueda apreciar un estado de la cuestión en uno u otro período de nuestra historia patria. Pocos meses antes de la investidura de Tomás Estrada Palma como primer presidente de la República, Rafael Gutiérrez Fernández realizó el siguiente paneo meticuloso por el panorama económico que imperaba al término de la primera intervención estadounidense en la Isla de Cuba. El gobierno de Leonard Wood dejaba un desafío político: la necesidad de elaborar y echar a andas políticas capaces de estimular un pensamiento económico autóctono: mediante el cual los cubanos se erigieran en impulsores de un desarrollo endógeno.

El nivel de análisis da cuenta además de la fuerza y el empuje editorial cubano de entonces, pues se trata de un artículo publicado en el diario local *La Tribuna*, de Guantánamo. Cuarenta y un años después, Raúl Soto Paz lo incluyó en la compilación *Grandes Periodistas Cubanos*, editada en La Habana.

### **El problema**

Por Rafael Gutiérrez

Es necesario para los futuros poderes que han de organizar el país en una República, con un gobierno libre y soberano, que afronten, de acuerdo con las Cámaras elegidas por una minoría de la patria, la manera de resolver el problema económico de Cuba, trayendo a las clases productoras días alegres de bienestar y prosperidad.

No es buscando, horizontes extraños, la manera única de resolver nuestros problemas complejos, que no acertarán a despejar la incógnita las mediocridades que van a representar los intereses del país, al seno del Parlamento y el Senado.

Acaso se pierda el tiempo, con lujo de elocuencia en kilométricos discursos huecos, pronunciados por los más ilustrados representantes; acaso resuene la palabra, para legislar en sentido a favorecer la permanencia de los empleados nacionalistas, expulsando a los que compusieron parte de las formidables huestes masoístas, que hubieran obtenido mayoría en los comicios, si no hubiera dominado, en el espíritu gubernamental, la coacción y la farsa.

Pero, en una u otra forma; si los representantes tienen buena voluntad y quieren borrar la acción interventora que ha sido funesta en sentido económico para la sociedad cubana, el momento oportuno se les presenta, captándose, con acertadas resoluciones los aplausos entusiastas de la opinión.

Con este proceder enunciado, borrarían del ánimo público la aversión que produjera en todos los corazones patriotas, el acto de ver asistir a los colegios electorales del 31 de diciembre, a las huestes nacionalistas, que a título de más y mejores cubanos, asumieron, burlando todo principio de moral política, la representación pública en los más altos organismos de la patria.

Basada la producción azucarera en Cuba, en un sistema esclavista; el régimen administrativo de las fincas, toca a los hacendados cubanos sacudirlo o subvertirlo por otro más productivo y de labor constante.

El hacendado no se ocupa más, que durante los meses destinados a la molienda, de su finca; y en el período llamado muerto la abandona, dejando lo más necesario para atender a la limpieza del fruto y al cultivo de nuevos campos.

Las maquinarias permanecen paralizadas, las potentes calderas de vapor, no están en ebullición constante para darles movimiento, aplicándolas a otras industrias o manufacturas, o nuevas producciones agrícolas. Fuera del azúcar, mieles y ron, todo el dinero allí invertido, el que se invierte y el que se ha de invertir está destinado a producir en cuatro meses de llamada zafra el capital y el interés.

¿Qué importa que el artesano, el obrero o el empleado sucumba de miseria, en ese tiempo denominado muerto, que es un azote para el país? Durante la esclavitud de los negros, con los antiguos aparatos de producción, el hacendado verificaba su zafra y marchaba a recrearse a Europa o a los EE.UU., y aquellos brazos esclavos, continuaban sus trabajos de siembra y resiembra de los campos y era necesario alimentarlos.

Hoy el hacendado no alimenta a nadie; paga los jornales más necesarios para el aumento de la producción y el sostenimiento de sus grandes campos, pero el noventa por ciento de los trabajadores tienen necesidad de abandonar la finca porque no encuentran en ella ocupación.

La máquina de rotación que se paraliza es un capital invertido que nada produce, es dinero abandonado a la impericia de los hombres.

Mientras tanto las máquinas potentes de extranjeras tierras se mueven; los grandes árboles se transforman en riquísimos y vistosos muebles, que arriban como producto extraño, matando de hambre al obrero del país, que ve embarcar sus grandes cedros y caobas y otras maderas de construcción, dando trabajo y vida a otras sociedades y a otros hombres.

Desde la semilla de arroz, que producen abundantes y buenos campos, entre espigas frondosas y doradas que brillan con los rayos del sol; hasta el calzado, cuyas pieles, curtidas en nuestras tenerías, compiten con algunas extranjeras, todo, todo absolutamente viene del extranjero.

Somos, desgraciadamente, por incuria, un pueblo consumidor y no productor.

Se impone, pues, la subversión del sistema.

En tejidos de algodón les hemos comprado, en el último año \$1.418,804.00 y en calzado \$1.226,691.00.

¿Hemos de continuar enviando nuestro dinero a otras playas y matando por inanición y miseria al obrero que vive y trabaja en el país?

¿Y cuánto azúcar, miel y productos alcohólicos nos ha consumido España, a cambio de los productos que le tomamos? ¡Pues la exigua cantidad de \$4,954.00! Aquel mercado tiene para nosotros cerradas sus puertas.

Pero si el hacendado invierte cantidades en aparatos nuevos, que tienen poco costo, para moverlos con sus máquinas potentes durante el período llamado muerto, y aun en el de zafra, abriendo las



puertas al nuevo mercado productor; y el papel, el calzado, la manteca, el arroz, la papa, la cebolla, el mueble, el almidón, el jabón, etc., etc., y las mil misceláneas de productos para el consumo y la exportación, salieran de nuestro suelo, el problema económico quedaría resuelto, y el país habría dado un paso de avance que le asegurara días grandes de paz y bienestar.

Hay que aprovechar el interés que el Gobernador General de la Isla se ha tomado por levantar nuestra producción azucarera, según sus propias declaraciones a un ilustrado corresponsal del “New York Herald”. He aquí sus declaraciones que conviene conocer: –Dice:– “Una reducción de 33.13 por ciento en los derechos del azúcar salvaría la situación, pues impediría que la miseria se enseñorease de la Isla; permitiría al hacendado realizar una pequeña ganancia sobre su zafra, de igual manera que al veguero sobre su cosecha de tabaco y sería un fuerte aliciente para todos los demás productores del país.

El promedio de la pérdida de los productores de azúcar fluctúa entre \$1.00 y \$1.20 por saco de 12 arrobas; el promedio del costo de producción es de \$5.80 a \$6.00 y el derecho en los EE.UU., \$5.04 por saco; el precio de venta (cuando el azúcar estaba a tres reales) era de \$4.80 por saco, al lado del buque. Una reducción de 33.13 por ciento equivale a \$1.68, los cuales, agregados al precio del azúcar, sumarían \$6.48, resultando una ganancia mínima de \$0.48 por saco.

Los ingenios que están bien situados, particularmente los que están cerca de la costa, donde son mayores y más baratos los medios de transporte, podrían realizar con la reducción de 33.13 por ciento por saco una ganancia de 68 centavos por saco, por cuya razón puede calcularse en 60 centavos por saco, el promedio de ganancia para la Isla entera que proporcionaría la referida reducción.

Participan de la opinión emitida por el General Wood muchos hacendados y vegueros de la Isla; pero algunos de los principales opinan que si bien una reducción de 33.13 por ciento en los derechos salvaría a Cuba de la ruina no sería suficiente para hacer que renaciera la prosperidad. El Secretario de Agricultura e Industria y el Gobernador Civil declaran que el General Wood está en lo cierto.”

Ahora bien; si nuestro futuro gobierno, para conjurar la situación, de acuerdo con las cámaras cubanas paga primas, no al azúcar ni al tabaco sino a los productores de arroz, de manteca y otras grasas, café, cacao y otros granos; a las industrias nuevas que se levanten y a las manufacturas que se establezcan, pronto se levantaría el país de la situación crítica que atraviesa.

Así nuestros productos todos, industriales y agrícolas podrían competir con los extranjeros, cerrándoles en parte nuestro mercado, que languidece por el favoritismo que se dispensa a los mercados extraños.

Es la única manera, a nuestro ver, que tenemos de resolver el problema.

Publicado en “La Tribuna”. Guantánamo, febrero 28 de 1902.

## Páginas Revisitadas

A cargo de Walter Espronceda Govantes

¿Qué diferencia de método distingue a la Guerra Necesaria de la Gesta del 10 de octubre? En este artículo Manuel de la Cruz analiza el carácter incluyente del propósito revolucionario de José Martí. Si la primera guerra de independencia contra España estuvo mediada por los actos de renuncia de cubanos pudientes que se alzaron como buenos, meritorios e impetuosos como Carlos Manuel de Céspedes, y virtuosos como Ignacio Agramonte, la segunda se constituyó en la apuesta libertaria de criollos educados en el ámbito del obrerismo y la modesta remuneración salarial por la dedicación al trabajo.

La condición martiana de la inclusión de todos los cubanos deseosos de vivir en una Cuba emancipada de España y constituida en nación independiente concretada en la institucionalidad que es el signo del ser moderno, es el punto de llegada del autor que nos ocupa. Manuel de la Cruz se muestra convencido de la voluntad y la fuerza congregantes del Partido Revolucionario Cubano y de la simiente apostólica de la prédica de José Martí. Esa capacidad martiana de la inclusión, a la postre recorrió las distancias de los pobres y los ricos dentro del panorama revolucionario en el Oriente cubano.

El presente artículo vio la luz inicialmente en el periódico *Patria*, en New York, el 17 de agosto de 1895, apenas tres meses después de la muerte de José Martí en el campo de batalla. 38 años más tarde, en 1943, el compilador Raúl Soto Paz lo incluyó en la antología *Grandes periodistas cubanos*, publicada en La Habana.

## Pobres y ricos

Por Manuel de la Cruz

Estamos ante una revolución esencial y profundamente popular. La guerra que socava y hace vacilar el poderío de España en Cuba la inició el obrero; el obrero, con su noción y con su robusto sentimiento de la concordia, la propagó y convirtió en ese drama trágico que se desarrolla en los campos tantas veces ensangrentados de nuestra patria.

Con desdén de aristocráticos egoísmos o con mentiras capciosas inventadas por el miedo y echadas a volar por la vileza del medro personal se dijo y todavía se repite por los que hacen coro a los déspotas y sus seides, que la revolución actual era un motín fraguado “por tabaqueros y ejecutado por una pandilla de negros”. La palabra de Martí, cuando iba de pueblo en pueblo y de tribuna en tribuna preparando las conciencias para el advenimiento de este período de heroísmo, de elevación moral y de virtudes magnánimas, de sacrificios admirables, sólo podía hallar eco en el corazón sano, en el ardor patriótico, en la devoción sincera del obrero doblado sobre la mesa de trabajo, soñando siempre en las fatigas de la diaria labor, en la patria distante y esclava. La palabra de apóstol de Martí hizo de la emigración obrera, dispersa y sin vínculos que los asociaran en una empresa fecunda, un partido compacto admirable por su decisión patriótica y su inquebrantable disciplina. La unión inteligente y el sacrificio sin tasa ni medida, sin vacilaciones ni arrepentimientos, hizo de la emigra-

ción obrera el núcleo de patriotas que había de servir de base y estímulo para que estallara la guerra y luego de su más firme apoyo para mantenerla enérgica y vigorosa, contrarrestando el último, el más titánico esfuerzo hecho por España en América. Al obrero que cede, por decirlo así, la mitad del pan de cada día, del pan de sus hijos, contento de su sacrificio, que anhela que cada gota de sudor que cae de su frente se convierta en un grano de oro para adquirir fusiles y cartuchos, responde en la magnífica hermandad del patriotismo, el soldado de nuestro ejército libertador, sin el estímulo de la paga, afrontando los rigores de la naturaleza, sufriendo privaciones, desafiando a diario la muerte en campo abierto y alta la cabeza, cayendo bañado en sangre con un canto de victoria por último gemido. A la distancia, el que cae en los campos al pie de nuestra bandera parece decir al obrero: “Prosigue, persevera en tu sacrificio, que mientras haya un trabajador que dé una parte de su salario, habrá otro hijo del pueblo que dé su sangre por el honor de la patria”. Pero esto no basta. La raza, el país que produce esos hombres abnegados, el obrero emigrado, el soldado de la revolución, debe sentirse orgulloso de sí mismo, de su fuerza moral, de su aptitud –con ellas plena y elocuentemente demostrada– para los empeños más altos de la vida social y política. Con eso se demuestra la razón y justicia del anhelo de que Cuba sea para los cubanos. Con eso se demuestra también que en todo tiempo pero sobre todo en nuestra época de incredulidad burlona, de desconfianza sabia, de holganza ya apatía del carácter, las grandes ideas, las más nobles, las más puras, las que, por ser más desinteresadas, hacen más honor al que las predica y al que las siente y hace suyas, arraigan de preferencia, con la fuerza del fanatismo, con la violencia que hace los héroes y crea los mártires, en el corazón sencillo y limpio del hombre del pueblo. Por eso halló Martí sus primeros devotos en el elemento obrero y los primeros ejecutores de sus planes en todo el pueblo de Cuba, blancos y de color, hombres de pueblo se prepararon para lanzarse a la guerra los que teniendo títulos sobrados para figurar con brillantez en esa clase que se llama la aristocracia del talento, habían conservado en sus almas, en toda su pureza, aquellas revoluciones que les impedía mancillar sus conciencias con la mentira su honor de hombres convencidos con la mancha de grasa de la adulación y el servilismo.

Hoy el pueblo revolucionario cubano, cada vez más satisfecho de su organización, de sus procedimientos, de su previsión, de su gigantesca labor, tiene en su seno representantes legítimos de todo lo que da carácter lustre, vitalidad civilizadora a la sociedad, al pueblo de Cuba. Pero esto, con ser tanto, no basta a la magna empresa en que eficazmente pudieran ayudarnos, mostrando por la causa de la independencia las más ardientes simpatías, llegando a hacer votos platónicos porque sea nuestra victoria última, la decisiva, esos, o brindan un óbolo que el obrero, que no tiene más caudal que sus brazos y su amor al trabajo, se sonrojaría de ofrecer, o se encastillan en las asperezas del egoísmo del avaro, que tiene la caja repleta de oro y se desvela cavilando en los horrores de la miseria.

Cuba –y tenemos el derecho privilegiado de hablar en su nombre– necesita, ahora más que nunca, el concurso de todos sus hijos, pero sobre todo, del concurso liberal de los ricos. ¡Qué mengua para ellos que la independencia se conquistase solamente con la bravura de nuestro ejército y el sudor de oro de nuestros obreros! Su situación entonces sería tan amarga y lastimosa como la de los autonomistas de la Junta Central, malqueridos por el pueblo y despreciados por el Gobierno de España, que se pone de espaldas para oír sus protestas de paz y de “esperanzas sin ocaso”.

Ni quiere ni ha pretendido jamás el partido revolucionario cubano hacerse prosélitos agitando la tea del odio ni esgrimiendo el puñal de las venganzas. Eso no puede entrar en nuestro proceder, porque todavía no ha nacido ni habrá de nacer en nuestras conciencias. Quiere el partido cuya representación llevamos como un timbre de honor que el rico que se proclama nuestro correligionario lo sea de veras, práctica y resueltamente.

El grupo de ayer es un organismo hoy. Hemos salido del período de la propaganda y entrado en el de la acción. Somos el representante, el apoderado de la revolución, que es una fuerza que es un poder. La revolución lo dijo por boca y proclama de su jefe civil y de su jefe militar: “El que de algún modo

nos hostilice con su acción o con su indiferencia no tardará en recoger el fruto de su conducta”. Esa es la ley del poder, y esa es también una condición para el triunfo. Hemos sabido aliar la discreción a la probidad, y de ahí el éxito de nuestros empeños; como la revolución ha sabido aunar la cordura y la humanidad a la energía y a las imperiosas necesidades de la fuerza, y de ahí su legítimo prestigio ante el mundo.

Publicado en “Patria”, New York, el 17 de agosto de 1895.

## **Páginas Revisitadas**

A cargo de Walter Espronceda Govantes

La obra, tan pausada como tenaz, de los docentes criollos en los colegios privados de la segunda enseñanza de la Cuba del último tercio del siglo XIX, fue fundamental para que colectivos sociales formados por jóvenes educados e inquietos culturalmente llegaran a profesar una profunda estimación hacia valores tales como “país”, “patria”, “nación”, “soberanía”, “constitucionalidad”...

La máxima anterior resalta con claridad en el entendimiento de Elías Entralgo, cuya vastedad patriótica y humanista en el campo de la docencia universitaria es de suma elocuencia. El presente discurso del Dr. Entralgo es parte de las alocuciones ofrecidas por un elenco de profesores y maestros en el evento nacional “Por la Escuela Cubana en Cuba libre”, convocado por el Dr. Emilio Roig de Leuchsenring, en 1941. Esta reunión sesionó en la Gran Logia Masónica de La Habana.

**Discurso pronunciado por el Dr. Elías Entralgo en el evento nacional “Por la Escuela cubana en Cuba libre”.**

La aparición y desarrollo de la nacionalidad cubana y su constitución en Estado soberano no han sido productos del azar ni del capricho, sino la obra lenta, sostenida y heroica de varias generaciones enderezadas hacia ese empeño creador. Sería vano alarde de innecesaria erudición e inútil retórica memorar ahora datos encaminados a probar cómo tan valiosa herencia histórica estuvo amasada con trabajo, dolor y sacrificio ingentes. No creo que ninguno de los aquí reunidos ignore eso. Pero el aislado conocimiento, en este caso, sin la asociación de otros factores, puede decaer en indiferencia o degenerar en destrucción. No debemos contemplar con la sola óptica del mero pasatiempo o de la simple curiosidad tan altos valores morales, como si no fueran más que páginas arqueológicas, papeles archivados o piezas de museo. Tenemos que nutrirnos de la convicción sólida y firme de que todo ese rico patrimonio forma parte esencial de nuestra vida con el imperativo de una necesidad, y no podemos, por lo tanto, derrocharlo desdeñosa o abandonadamente; sino que estamos obligados a acrecentarlo con nuestra atención vigilante y nuestra actividad denodada. Una actitud opuesta implicaría la negación de un pasado que condiciona la existencia de nuestra personalidad social y política en el presente y su subsistencia en el porvenir.

No nos hemos congregado, pues, para ocioso recreamiento ni para reducido interés. Hemos venido a plantear, con ánimo de resolución, problemas que afectan a la médula, al corazón y –¿por qué no decirlo?– al estómago de nuestro pueblo, a su más íntima razón de ser en el concierto internacional. El mantenimiento de su autarquía dependerá, en gran medida, de la orientación que adopte la docencia, simiente de otras instituciones. En este sentido, los convencionales de 1940, captando limpias corrientes de opinión popular, estatuyeron preceptos tendientes a robustecer en la enseñanza el alma de la cubanidad, atacada desde varios flancos extranjerizantes y disgregadores.

Un publicista cubano de talento tan verdadero como de tan poco afán en exhibirlo falsamente, el señor Fidel G. Pierra, consideraba que uno de los defectos principales en el carácter cubano era el de acletofobia, o sea, el horror a la verdad cuando no nos halaga. Una manifestación evidente de ese fenómeno es la carencia de estadísticas. Si le concediéramos a tal investigación la trascendencia que

tiene y la importancia que merece, llegaríamos a consecuencias muy desoladoras sobre los resultados permanentes de nuestra economía. Sabríamos entonces la enormes cantidades de dinero que de Cuba emigran para el extranjero, veríamos cómo el cubano trabaja no sólo para el inglés, sino para el norteamericano, el español, el francés, el canadiense, el hebreo, el chino, el polaco, el jamaicano, el haitiano y hasta el vaticanoense.

Así se ha ido disociando nuestro cuerpo, mientras en la escuela se pretende continuar destruyendo nuestro espíritu. Para tratar de impedirlo hemos comparecido en esta mañana luminosa a este acto constructivo, uno de los pocos integralmente edificadores que se han verificado en nuestra etapa republicana. Lo que deseamos y demandamos es algo tan elemental como el respeto a la ley, y no a una cualquiera de estas reglas y normas, sino a la que es matriz suprema de todas en el régimen que nos hemos dado: la Constitución.

Pero, además, esa defensa de sus bases nacionales no es un movimiento singular del pueblo cubano; sino que, con sus propias peculiaridades, lo han venido practicando todos los Estados soberanos del mundo. Acaso sea nuestro nacionalismo el más generoso y, por ende, el menos agresivo de cuantos existen. ¿Por qué las corporaciones extranjeras que a la instrucción se dedican entre nosotros no han de comprender también, con sólo mirar para sus respectivos países, la razón incontrastable que nos acompaña? A poco que piensen sobre ese extremo habrán de mostrarse comprensivas.

Conciudadanos: de la justicia de esta causa yo no tengo dudas. El amor que la conmueve aquí se proclama. Nos falta todavía un tercer sumando: la perseverancia en la empresa. He ahí la clave del posible y justificado éxito futuro. Y, por ello, mis palabras finales han de ser de exhortación a la constancia en el empeño.

Por Juan Gualberto Gómez

---

### **Páginas Revisitadas**

A cargo de Walter Espronceda Govantes

Este artículo de Juan Gualberto Gómez, publicado en el periódico *La Igualdad* (La Habana, 28 de enero de 1893), constituye una joya del ensayismo político dentro del periodismo cubano de todos los tiempos. Un análisis de la inclusión del negro en la esfera pública de la Isla exige del autor la identificación de los puntos álgidos dentro la articulación institucional de entonces tanto en Cuba como en los espacios de poder de la política metropolitana, pero procurando siempre atisbar desde el posicionamiento de los liberales como referentes de la Modernidad, aun cuando la postura del articulista sea de respeto absoluto a la diferencia.

Este artículo es al mismo tiempo una pieza maestra para cualquier empeño relacionado con la construcción histórica en un instante clave de la formación de la patria cubana.

### **Reflexiones políticas: los partidos de razas**

Por Juan Gualberto Gómez

La política cubana atraviesa en estos momentos por uno de esos períodos de crisis, que son decisivos en el porvenir de los pueblos, puesto que al salir de ellos, necesariamente, y sin que nadie pueda impedirlo, su porvenir se fija en un sentido determinado.

Dos notas características reviste la hora actual: la transformación de los partidos locales, y la entrada en la vida pública del elemento de color, que pide su parte de influencia y de representación en la vida de esos partidos. Sobre esos extremos vamos a discurrir, siquiera sea de un modo rápido y conciso.

Que nuestros partidos se transforman, no hay que dudarlo. Los conservadores dan un paso de avance en la senda liberal, creyendo que de ese modo conservarán su predominio en este país. El cálculo carece de originalidad.

Uno de los prohombres más importantes sostiene que la Unión Constitucional debe realizar todo el programa autonomista, menos la autonomía. La libertad política, la descentralización económica y administrativa, las reformas arancelarias, el presupuesto bajo, el desarrollo de la cultura intelectual, el fomento material del país; todas esas medidas simpáticas las debe reclamar y obtener la Unión Constitucional, sin abandonar el credo asimilista, de manera que al sentirse en posesión de esos bienes el país, no experimente la isla de Cuba la necesidad de que se implante el régimen autonómico. “Los pueblos –nos decía ese conservador– no pelean por formas sino por sustancias. Donde exista una monarquía liberal como la de Inglaterra, siempre habrá pocos republicanos. Si aquí vienen todas las libertades, y todos los intereses prosperan con la asimilación, no habrá poderosa corriente de opinión que reclame la autonomía”.

Partiendo de esa creencia, errónea o verdadera –que esto no lo discutimos ahora– los conservadores se muestran dispuestos a liberalizarse.

Por otra parte, los autonomistas, a juzgar por los discursos de los señores Fernández de Castro y Montoro, parecen inclinarse a una campaña de reivindicaciones enérgicas, pero con la firme intención de ganar la batalla o renunciar a la lucha en el terreno constitucional. Van a las Cortes a gestionar con denuedo las conclusiones de su programa; pero si las elecciones no se hacen con legalidad y si no tiene positivas ventajas de la acción, parlamentaria, no volverán a la abstracción ni al retraimiento sino se disolverán por completo. Aunque pudiera ser hábil no reclamar reformas parciales, puesto sus adversarios creen que con ellas se aplaza el triunfo de la autonomía, los liberales desdeñan esa habilidad. Tienen confianza en la virtualidad de sus ideas, y estiman que mientras más libertades, derechos y garantías se otorguen al país, mayor será el número de los que comprendan que el coronamiento indispensable de todas las medidas liberales que se dicten tiene que ser el régimen autonómico.

No hay duda de que es interesante el estudio de la situación en que respectivamente el estudio de la situación en que respectivamente se van colocando los dos partidos locales. Nos vamos alejando, de ese modo, de la vieja disputa de personas y de la mezquina lucha de intereses privados, para entrar en el terreno en que se mueven los grupos que alientan aspiraciones de índole general. Los conservadores, al cabo, se convencen de que hay que conquistar la voluntad del país con reformas y libertades; y los liberales se persuaden de que para que un partido pueda vivir dentro de la legalidad, es indispensable que esa legalidad imparcialmente distribuya su amparo a todos los que la acatan y reconocen. A los partidos coloniales, más que a otros ningunos, interesa especialmente el cumplimiento de esta condición; porque siendo los Poderes metropolitanos jueces de las reclamaciones de esos partidos, si uno de ellos tan sólo cuenta con el apoyo de aquellos Poderes, resulta que el pleito que se trata de fallar se lleva al conocimiento de quien es a la vez juez y parte en el asunto. Absurdo jurídico que nadie puede sostener como bueno en política.

Han de ser, por todo esto, muy instructivas las faenas de las futuras Cortes, en lo que afecta a la posición definitiva de los dos partidos que en la colonia se agitan. En ellas veremos hasta qué punto llega la firmeza de los neo-conservadores en materia de liberalismo y de descentralización; y veremos también qué grado de energía despliegan los liberales en la defensa del programa “autonomía o disolución” –pocas veces se habrán planteado aquí las cuestiones con mayor claridad. Hay que esperar, por todo ello, que entraremos en un terreno en que se obtengan resultados positivos, en un sentido u otro.

Pero si esta evidente modificación de la actitud de los partidos es digna de fijar la atención, no lo es menos la que ha adoptado la clase de color. Cuando hace dos o tres años se iniciaron los trabajos preliminares que han dado por resultado el movimiento actual, algunos creyeron, y hasta vociferaron –con buena fe o sin ella– que toda tentativa de concentración de los elementos procedentes de la raza negra, necesariamente tenía que provocar recelos y animosidades que, de un modo indefectible, habían de traer la guerra de razas –así como suena– la guerra de razas.

El razonamiento empleado para justificar esas suposiciones, entra en la categoría de los simples. “Se llama –se decía– a la raza de color, para que se agrupe separadamente alrededor de un programa: luego, en vez de unir, se separa; y al separar aquí las razas, se las lleva a la guerra de unas contra otras”.

Pero ese argumento simple pecaba por la base. No se llamaba un elemento ya unido a otro para constituirlo separadamente; sino que a un elemento ya separado desde hace siglos, y que era el que más sufría por esa separación, se le decía: “Vamos a trabajar porque desaparezcan los obstáculos que se oponen a la unión, y a robustecer nuestras aspiraciones con la mayor suma posible de concursos, para que reine la igualdad, y sobre ella se cimiente la concordia”.



Nadie predicaba con tesón y constancia las doctrinas de igualdad y unión. ¿Quiénes debían abogar por ellas? Indudablemente los que más necesitaban que imperasen, y estos eran, en el caso concreto de Cuba, los miembros de la clase de color.

Agrupáronse, pues, constituyeron una representación –la más autorizada que hasta ahora ha tenido esa clase, tanto por lo explícito de los que contribuyeron a formarla o se adhirieron a ella más tarde. Esa representación ha empezado a funcionar; y a despecho de todos los meros pasos no han podido ser más fecundos en buenos resultados. Los partidos que aquí se disputan la opinión han podido convencerse de que no se trata de constituir un partido más, basado en el hecho de la raza; sino por el contrario, se trabaja por la desaparición de desigualdades y preocupaciones que alejaban a los elementos negros de la órbita en que los partidos cubanos se mueven. Borradas esas desigualdades, amortiguadas esas preocupaciones, no tendrán ya los hombres de color aspiraciones particularistas que defender, y podrán ingresar más fácilmente en los diversos partidos cubanos, sin que al elegir entre ellos, tenga un hombre negro que obedecer a más razones que las mismas que determinan la elección de los hombres blancos cuando se deciden a entrar en una agrupación.

Desde el instante en que en la esfera pública y social no existan diferencias entre blancos y negros; desde el momento en que ciertas aspiraciones no sean especiales y privativas a los individuos de una sola raza, no habrá agrupación de raza posible, y el hombre de raza dejará de existir para dar nacimiento al hombre, sin adjetivo. En esa hora suprema, el más grave de los problemas cubanos se habrá resuelto satisfactoriamente, y en vez de un país como el que tenemos actualmente en el que se venía prescindiendo del concurso de la tercera parte de los habitantes, por ser éstos de raza negra, tendremos un país en el que todos los individuos gozarán de la parte de influencia que les corresponde, y en el que los individuos se agruparán por razón de sus ideas, de sus intereses, de sus tendencias, de sus necesidades y sus aspiraciones. Los que tengan ideas conservadoras; blancos y negros, irán al partido autonomista, si son autonómicas sus aspiraciones; en tanto que los que profesen el ideal de la independencia, irán al separatismo.

Lejos, pues, de llevar a la creación de un partido negro, la concentración que para realizar el programa igualitario se ha efectuado en el seno de la clase de color, lo que prepara es la fusión de las razas en lo que a la vida pública se refiere. Así lo han visto los jefes de los partidos, que todos han manifestado en recientes conferencias, que también alientan esa noble y patriótica aspiración, por estimar que es civilizadora y progresista.

Sería necesario estar cegado por la pasión para no conocer la importancia moral de ese resultado, y para negar trascendencia a la correcta actitud con que en el campo de la política patria realiza sus primeras evoluciones la clase de color. Gracias a esa corrección, a la mesura y prudencia, no exenta de firmeza, con que formula sus justas reclamaciones, la raza de color es hoy un factor al que se empieza a estimar y que cada día será más y más atendido.

Las circunstancias de que ha sabido armonizar sus necesidades con el bien común, ha contribuido también a ese resultado. Pero no hay que ocultar, de todos modos, que es un dato de mucho valor, para apreciar el movimiento político actual el que significa la entrada, como factor influyente en la vida de los partidos, de elementos que hasta ahora venían siendo postergados, y con los cuales no se contaba para la resolución de las graves cuestiones que nos ocupan y preocupan.

Mucho cabe esperar que ese suceso, que ha de trascender en la existencia de esta colectividad. La misma coincidencia del acceso de la clase de color en la vida pública, en los momentos en que nuestros partidos se transforman, no deja de ser significativa. Todos, lo mismo los de la derecha que los de la izquierda, lo mismo los que viven dentro que fuera de la legalidad, han de recibir rica savia con la participación del nuevo elemento. Y cabe la alentadora esperanza de que, disipados los recelos,

desterradas las prevenciones, la solución final del problema cubano se encuentre con más facilidad, desde el momento en que desaparezcan las diferencias que hacían de los negros y los blancos castas separadas, más dispuestas a repelerse que a respetarse y a amarse, como fracciones hermanas, como hijas que son de la misma patria.

Estas consideraciones, que un examen concienzudo de la situación actual nos hace formular, permiten que abriguemos grandes esperanzas en el porvenir de nuestras ideas, y que digamos a todos nuestros compatriotas y convecinos: “Adelante! La lucha por la igualdad, es la lucha por la libertad y por la ventura de nuestro país.”



La presente compilación es el resultado de más de dos años de incesantes búsquedas y hallazgos cuyo medidor ha sido la máxima de José de la Luz y Caballero que reza de la siguiente manera: “Todo es en mí fue, en mi patria será”. Así ha conseguido andar la sección Páginas Revisitadas, del “Laboratorio de Ideas *Cuba Posible*”: siempre sobre la base de no tomar distancia de prédica de tan majestuoso y revolucionario compromiso con la gracia que constituye la pertenencia a la Patria cubana y el consecuente enaltecimiento de la identidad nacional.

---

[www.cubapossible.com](http://www.cubapossible.com)